

Gran Angular

**Todos los puertos
se llaman Helena**

Joan Barril



Lectulandia

Guillem acaba de recibir como regalo por sus notas un módem para su ordenador, pero ésta no será la única sorpresa que le deparará el verano: Pier, el novio de su madre, tiene que transportar en su gabarra unos pianos antiguos y Guillem los acompañará en este viaje al corazón de Europa a través de sus ríos, desde Rotterdam hasta el mar Negro. El viaje incluye un recorrido por el nacimiento del amor, el remolino de los sentidos, el heroísmo, los afluentes de la sorpresa y el curso de la música, gran cohesionadora de todos los paisajes del alma.

Lectulandia

Joan Barril

**Todos los puertos se llaman
Helena**

Gran angular - 190

ePub r1.0

Titivillus 25.04.2019

Joan Barril, 1999

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Gracias y bienvenidos a bordo.

Esta historia no habría sido posible sin la contribución coral e insospechada de mis amigos Agustí Fancelli y Susanna Capdevila, patrón y patrona de la gabarra Maartje/Catharina, una magnífica obra maestra flotante de 16 metros de eslora que fue botada a principios de siglo en los canales de Amberes y que hoy se encuentra anclada en el Canal de la Robina, cerca de Narbona. Con el capitán Fancelli aprendí a domesticar el agua y a mirar el paisaje como si fuera él quien nos mirase a nosotros mientras descubríamos de la mano del barón de Riquet que los ríos podían tener peldaños.

Pero después del capitán fundador otras tripulaciones entrañables han dirigido los timones de la Mediterranean, la Challenger, una Penichette 1200 de la que no recuerdo el nombre y la Pont d'Ouche. Rocío Clarimón y Andreu Bosch, con quienes compartimos el descubrimiento del Sena, o Carlos Martín, que nos hizo subir a la torre de la catedral de Ulm, y Elisabeth Mestre, que iluminaba las noches de la Borgoña. Y toda la pequeña marinería que nos ha acompañado a lo largo de los años: Anna, Víctor y Marina Fancelli; María Bosch, Andrea Weyrather y Agnés Bosch; Carolina, Alberto y las gemelas Marta y Elisabeth Martín. Y Manuel Armengou y sus amigos, que ensayaron muchos chats para cumplir el precepto bíblico de enseñar al que no sabe.

Y, naturalmente, gracias a Claudio Magris, pues si él no hubiera abierto el grifo no tendríamos hoy Danubio de agua ni Danubio de papel.

Joan Barril

Primero ha sonado como un silbido que venía de la parte delantera del motor. Luego se han empezado a oír golpecitos cada vez más fuertes. Finalmente ha aparecido una nube blanca y húmeda, parecida a la respiración de las ballenas. Y entonces mi madre ha dicho que el coche no funcionaba y que tenía que detenerse. El coche y mamá hace tiempo que se conocen, y le debe de haber adivinado el pensamiento porque, de pronto, el motor ha callado, las lucecitas de delante del volante se han quedado a oscuras y, poco a poco y en silencio, nos hemos ido acercando a la cuneta. Mamá ha puesto el freno de mano y, durante unos minutos, lo único que se oía era el viento que entraba por las ventanas, el silbido cada vez más apagado de los caballos de vapor que relinchaban bajo el armazón y el goteo rítmico de un misterioso chorrillo líquido que fluía en busca de sus meandros por la cuesta asfaltada. Cuando por fin mamá ha abierto las puertas y hemos salido a contemplar la agonía mecánica, lo hemos hecho con una sonrisa. A mi madre no le cuesta sonreír. Y dice que sus sonrisas me ensanchan la cara. Nos hemos mirado y los dos, al mismo tiempo, hemos encogido los hombros. «¡Bisbís!», hemos dicho a la vez. Y venga a reír. Y hemos vuelto a mirarnos el uno al otro, también al mismo tiempo, buscando la mano donde siempre llevamos el reloj para saber si llegábamos tarde. Y ni ella ni yo llevábamos reloj. Y hemos vuelto a decir: «¡Bisbís!». Y tanto nos reíamos que hemos tenido que sujetarnos a una de las puertas del coche para no caer, Y, con el peso, la puerta se ha soltado de las bisagras y un estruendo de hierro y de risas ha hecho emprender el vuelo a una bandada de palomas posada en los árboles cercanos. Y así, como después de una jugarreta del destino, mamá y yo nos hemos quedado vacíos, con una alegría de arcilla, mirando a derecha y a izquierda en espera de que pasase alguien que nos llevase a casa. Hacía sol y sólo nos miraban unas cuantas vacas embobadas. Entonces he entendido que podíamos quedarnos allí todo el tiempo que hiciese falta, porque no teníamos prisa ni reloj ni frío ni obligaciones. Y eso significaba que acababa de empezar el verano, la época en que lo viejo desaparece y entra lo nuevo.

Mientras esperábamos a la grúa, mamá hacía planes. A mamá siempre le ha gustado hacer planes. Dice que el sábado es siempre mejor que el domingo, porque el sábado todo es esperanza y, al acabar el domingo, todo es nostalgia. Hace tiempo que mi madre tiene planes para mí, pero al final siempre acabamos haciendo lo que podemos. Hace cuatro años que vivimos en Bélgica. Llegamos aquí cuando yo tenía ocho años y, siempre que hay vacaciones, vuelvo a Barcelona, a casa de mis abuelos. Voy solo y en avión. Las azafatas me ponen una especie de babero con mi nombre y a veces me dejan ver la cabina del piloto y, si el día está despejado, vamos repasando el nombre de los ríos y las montañas y después me paseo mucho rato por encima de los mapas hasta que se acaba la llanura y los viajeros se pierden en el mundo que hay detrás del papel. Del avión me gusta todo, hasta la comida. Pero cada vez que subo me entra miedo. Y no es el miedo a volar que tienen algunos pasajeros. Lo que me da miedo es no poder bajar.

Entre el personal de las líneas aéreas circula la leyenda de un hombre que nació en un avión hace muchos años y todavía no ha podido llegar a tierra. Dicen que sus padres vivían en un país de África que había sido colonizado y administrado por una potencia europea. Las cosas no iban demasiado bien y la familia, ante el riesgo de revuelta y violencia, decidió instalarse en la metrópoli. El padre había tenido actitudes confusas, primero a favor de los rebeldes y después en contra. La madre estaba embarazada. Vendieron todo lo que pudieron y tomaron el último avión. Poco después los rebeldes entraron en el palacio presidencial e interrumpieron definitivamente las relaciones diplomáticas con los antiguos administradores. Ya se sabe: aquello de quemar banderas ante la multitud e ir a romper los cristales de las tiendas de los que habían sido sus amos durante tanto tiempo.

Por lo visto, apenas el avión emprendió el vuelo, la mujer empezó a sentir los dolores del parto y su hijo nació auxiliado por una comadrona de la Cruz Roja que también huía y por algún miembro de la tripulación con conocimientos en la materia. Pero las cosas no resultaron como esperaban. Al llegar al aeropuerto de destino, las autoridades consideraron a los pasajeros como ciudadanos de un país con el que acababan de entrar en conflicto. El pasado

del padre no era precisamente ejemplar. Y, además, el niño que acababa de nacer no era nadie. No estaba censado en la antigua colonia y tampoco podía considerarse ciudadano de pleno derecho de un país que manifestaba muchas reservas para acogerlos. Presas de una venganza burocrática irracional, las autoridades de inmigración prohibieron la entrada a la nueva familia y los obligaron a permanecer en el avión. A pesar de los esfuerzos que hizo el padre para que se reconociese la identidad y nacionalidad de su hijo, no hubo manera. Las dificultades eran enormes, porque el avión tenía que seguir volando y él sólo podía hacer las gestiones cuando, por casualidad, llegaba a un aeropuerto de la antigua potencia colonial. Así fueron pasando los meses. En uno de los aterrizajes, el padre salió a reclamar asistencia jurídica, pero ya no regresó. El niño y la madre seguían en su pequeña patria, que consistía en un par de asientos de clase turista que nunca abandonaban. Poco a poco el niño fue creciendo entre el afecto y la comprensión de la compañía aérea y su personal. Un día murió la madre y la desembarcaron en un aeropuerto desconocido. El niño de las nubes siguió solo mirando el mundo desde el agujero de su ventanilla. Y cuentan las azafatas que aún hoy sigue volando de ninguna parte a ninguna parte como si fuese una pieza más del armazón, un pasajero en tránsito permanente que sirve para que las líneas aéreas puedan contar su historia y distraer a los viajeros asustados por una tempestad o un posible secuestro.

De no ser por esta historia, la ilusión de ir a ver a mis abuelos sería absoluta. Porque entre los planes que iba haciendo mi madre mientras esperábamos a la grúa estaba la posibilidad de viajar conmigo al empezar las vacaciones y pasar unos días en Barcelona. Hacía tiempo que mamá no va a ver a los abuelos. Debe de ser porque siempre le dicen cómo tiene que vestirse y con quién tendría que vivir. A los abuelos nunca les gusta nada de lo que hace mamá y, mientras yo la veo como una señora, ellos la tratan como si fuera una niña, y eso que hace ya un año —entonces yo tenía once— hicimos una fiesta en la gabarra para celebrar sus cuarenta. O sea que, de niña, nada. Y cuando está al lado de Pier, parece todavía mayor y más señora, porque Pier es un tío con barba que se dedica al transporte fluvial, a lo mejor porque con aquella barba y su costumbre de fumar en pipa no podía hacer otra cosa. Pier es su marido, pero mi madre siempre dice que es su «compañero». Marido no puede ser, porque no han querido casarse. Pier estuvo casado hace tiempo, pero su mujer, Christine, murió joven, y él tardó bastante en fijarse en otra

mujer. Ésta fue mi madre, un verano en Ibiza. Pier la conoció y la llevó a las rocas para hablarle de barcos y horizontes. Se fue con él a Brujas y allí descubrió que el agua se podía domesticar, que los barcos podían ser de río y que los mejores horizontes también pueden encontrarse tierra adentro. Aquel septiembre vino a buscarme y empecé a vivir con ellos. Aún me acuerdo de la bronca de los abuelos mientras tomábamos el taxi para ir al aeropuerto. Le decían que estaba cometiendo un error y que, como en casa, nada. A mi madre no le gustan los gritos ni las peleas. Por eso precisamente se acabó la historia con mi padre, dice. Y por eso le gusta estar con Pier, supongo. Ahora mi madre es feliz. La armonía de las cosas siempre se nota con mayor intensidad después de desbarajustes y violencias. Así ha sido esta tarde, mientras esperábamos salir de la avería. Hemos visto caer la tarde en silencio y se han encendido las primeras luces en el pueblo del llano. He preguntado cómo se llamaba el pueblo y mi madre me ha dicho que «Waterloo». Me suena a guerra y, en cambio, parecía un espacio de dimensiones dulces y tranquilas. «Así es Europa», me ha dicho. Entonces ha llegado la grúa. Hemos subido al coche destartado y nos hemos dejado arrastrar, como siempre que pronunciamos la palabra Europa.

El primer día sin escuela es un día distinto. Cuando me he despertado, entraba mucha más luz por las ventanas y se oían ruidos de actividades que a la hora que me levanto normalmente todavía no han empezado. Cerca de mi casa hay un herrero que tiene una máquina que graba estrellas de fuego sobre el hierro. Se oye también el camión de la verdura que va llamando a las casas por si queremos algo. Y los patos del canal, que a primera hora de la mañana todavía no vuelan, y que ahora, apenas empezadas las vacaciones, puedo ver cómo se desplazan de tres en tres a pocos metros del agua. El primer día sin escuela es un día que sirve para que los vecinos te reconozcan. A media mañana, mi madre y yo hemos montado en las bicicletas para ir al mercado de las flores y las vecinas le decían cosas de mí y estaban muy contentas de que hubiera crecido tanto y del parecido evidente entre ella y yo. A pesar de vivir tan cerca unos de otros, el horario escolar te hace vivir en otro mundo que es más del tiempo que del espacio. Al terminar el paseo no sentía la cabeza de tantas manos como me habían acariciado el pelo, este gesto que hacen las personas mayores no sé si para tirar de mí e invitarme a crecer o para clavarme en el suelo y dejarme parado a la edad que más les conviene a ellos. Por eso ya he aprendido que, yendo con mi madre, tengo que prestar atención a los que se acercan. Si me tratan como a un niño pequeño, mejor no decepcionarlos. Demostrar que estamos creciendo es recordarles que envejecen. Y eso, a los mayores, no les gusta. Pero hoy también ha sido un día de sorpresas. Con las cestas de las bicis llenas de flores, mi madre ha querido tomar un café en una de las terrazas que instalan en el centro. Brujas es una ciudad con poco ruido, como si el agua de los canales fuese un algodón que envuelve las casas. En el café, mamá me ha dicho que estaba muy contenta y que se encontraba en uno de los momentos más bonitos de su vida. Eso mamá ya me lo ha dicho otras veces, y cuando lo dice no sé si me mira a mí o si se mira ella. El caso es que cuando mamá dice que está contenta, quiere decir que todos salimos ganando. Me ha dicho que había hablado con la directora de la escuela y que todos estaban muy satisfechos de lo que yo hacía. Supongo que le han dado un poco de coba y que esas cosas las suelen decir todos los maestros del mundo a todos los padres del mundo. Pero, por lo

visto, lo que más les impresionaba era la facilidad con que había conseguido hablar flamenco, francés e inglés. Ella les ha dicho que todos los catalanes somos bilingües de nacimiento, y que eso da oficio. La conversación debió de terminar con elogios compartidos y la sensación de que yo había nacido para comerme el mundo. La sorpresa ha llegado cuando mi madre ha decidido dejar las bicis aparcadas y entrar en «De oude Chip», la tienda de informática que lo tiene todo. No hay fin de curso sin premio, me ha dicho. Y el premio estaba allí dentro. De pronto nos hemos intercambiado los papeles y, del mismo modo que horas antes yo tenía que hacer de niño para las vecinas que todavía me veían como un niño, en la tienda de informática me he sentido muy importante y he podido enseñarle a mi madre la diferencia entre los Mac y los PC. He dudado mucho antes de llevarme el premio. Hacía tiempo que iba tras el «Commander, 2.0», que es un juego de estrategia con grandes efectos especiales. Pero a Pier no le gustan los juegos violentos y he pensado que siempre me podía bajar uno de Internet. Precisamente hablando de Internet con un dependiente —que sé que se llama Max porque lleva un cartel en la camisa donde pone «Max»— me ha venido la idea. Con mi portátil sólo puede jugar uno solo. ¿Por qué no equipar mi PC portátil con una tarjeta módem para teléfono móvil? Así me podría conectar desde cualquier parte sin tener que depender de la electricidad ni de línea telefónica alguna. Venga, mamá, va, porfa. Y mi madre haciéndome prometer que sería prudente en el uso de aquel teléfono, que los teléfonos también los carga el diablo y la penitencia llega en forma de factura monumental. Y yo que sí, que seguro, que sólo era para conectarme a la red cuando no estuviese en casa y que en verano nunca sabía dónde estaba y que, si iba a casa de los abuelos, ya me enchufaría a su línea y pagarían ellos. Este argumento ha parecido convencerla y ello me ha confirmado que, una vez más, pasaría el verano en casa de mis abuelos y así mi madre y Pier se quedarían de novios en Brujas. Pero he dejado de pensar en el futuro en cuanto he tenido en mis manos el programa, la pieza y el teléfono móvil. Los maestros habían dicho que me comería el mundo, pero, con aquel premio en el bolsillo, yo sabía que el mundo ya era mío y que me podría comunicar con todos mis amigos de pantalla sentado tranquilamente a orillas del canal mientras esperase que una carpa o una anguila tirasen de la caña de pescar.

Han pasado 53 minutos, lo recuerdo bien. Pier ha llegado justo cuando empezaban las noticias de la tele, es decir, a las siete. Cuando me ha pedido que le llevase un destornillador eran las 7 y 53 minutos. La palabra destornillador es la primera que ha dicho después del «hola» de bienvenida.

No es que Pier me ignore. Me lleva a pescar y es un tipo amable que se pasa el día haciéndole carantoñas a mi madre. Pero, lo que es hablar, habla muy poco. A veces es como si no existiéramos el uno para el otro y tengo la sensación de que cuando me mira no me ve porque para él soy transparente, como si fuera una mantilla de mi madre. Otras veces, en cambio, cuando he pescado un pez muy grande o he sacado buenas notas, le he oído hablar de mí con entusiasmo a sus amigos y se me ha puesto una cosa emocionante en la boca del estómago. Cuando nos sentamos a la mesa y mamá nos sirve los platos y habla de los «hombres de la casa», hace que nos miremos y nos sintamos extraños al saber que, para alguien, los dos formamos parte del mismo equipo. Al fin y al cabo, él es mucho más sabio. Él sabe lo que es bueno para el mundo y me hace creer que yo sólo sé lo que es bueno para mí. Cuando digo «árbol», él dice tejo, roble u olivo. Cuando digo que sopla viento, él dice que es mistral o *foehn*. Cuando digo que llego tarde, él dice que la Tierra se mueve empujada por el impulso de los pasos de los caminantes. Nunca le he dicho que le quiero, porque parece que entre los hombres estas cosas no se dicen. Pero sólo sé que, si Pier no estuviese, lo echaría de menos.

El verano sirve para que haya frutos en los árboles y para que descubramos el color de la piel de los brazos. Pero, sobre todo, el verano es para gastarlo. Y el verano no ha empezado igual que los demás años. Normalmente, a estas alturas, mi madre se ponía a amontonar parte de mi ropa, la marcaba con mi nombre y la metía en una mochila y una bolsa. Eso quería decir que mis abuelos de Barcelona ya debían de empezar a impacientarse y que se acercaba el momento del avión, el babero y la llegada a la ciudad ruidosa de los taxis amarillos y las noches largas.

Pero esta vez no hay nada de eso. Cuando le pregunto a mi madre, tampoco me da respuestas muy claras. Pier se compró hace meses una moto antigua, una Triumph bicilíndrica de los años cincuenta, y se pasa el día en el patio limpiándole las piezas mientras mi madre toca el piano delante de la ventana que da al canal. Así ha ido transcurriendo una semana en la que parecía que no había nada que esperar. Sólo el teléfono hacía el milagro de interrumpir todas las actividades. Hasta ahora, el teléfono era un incordio. Pier considera que las horas de casa son para los de casa y a menudo lo desconecta. Pero, esta semana, basta con que suene un *ring* para que cese la música de mi madre y la moto de Pier se quede huérfana. Corren los dos hacia el aparato. Se pone uno de ellos y a continuación se dejan reposar, como si no

fuese la llamada que esperaban. Saber que los demás saben y que no quieren decir lo que saben produce una doble sensación de tristeza e intriga. No deben de esperar una mala noticia, porque se quedan más bien decepcionados cuando el *ring* excepcional pasa a ser una llamada vulgar. Pero podrían decirme algo. Los días siempre empiezan a saborearse cuando todavía es de noche. Y a mí, entre teclados y carburadores, me tienen a oscuras.

Ha sucedido el domingo por la mañana. Me ha parecido oír el timbre. Después, unos pasos y un abrir y cerrar de armarios. Medio dormido he visto mi mochila ya llena y mi bolsa de todos los años. Estaba claro que no había variación y posiblemente aquel mismo día me llevarían al aeropuerto para seguir la ruta de las cigüeñas cuando se van hacia el sur. Desde la mesa de la cocina, resignado ante un cuenco de cereales, contemplaba las idas y venidas de mi madre y la serenidad tranquila de Pier descargando maletas. «Nos vamos de viaje», me ha dicho Pier sin siquiera mirarme. Se veía venir que les molestaría. Si realmente las vacaciones son la interrupción de los paisajes habituales, yo formo parte de su paisaje habitual y, por este motivo, me he ido preparando para el doble viaje del reencuentro con los abuelos y del alejamiento de mis pequeñas cosas cotidianas. El verano es una caja cerrada. A lo largo del año, las células se van poniendo en su sitio, pero cuando se crece de verdad es en verano. Mamá y Pier de viaje y yo al sótano, porque no caben tantas vidas en la pequeña vida de unas vacaciones. Mientras aclaraba la taza del desayuno, mi madre me ha abrazado por detrás y se ha puesto a decir nombres de ciudades: Rotterdam, Aquisgrán, Francfort, Núremberg, Regensburg, Viena, Bratislava, Budapest, Belgrado y Bucarest. «Es un viaje muy largo», le he dicho. Y ella me ha dicho que sí es largo. Que son dos meses: uno para ir y otro para volver. He pensado que dos meses se hacen largos cuando no hay movimiento y sólo hay espera. Me ha salido de muy adentro la pequeña crueldad de decirle a mi madre que de aquí a tres semanas cumpliré trece años y que ella no estaría para hacerme el pastel. «¿Por qué no voy a estar? ¿Es que Pier y tú habéis decidido que no os acompañe?». Y de pronto, una mezcla de vergüenza y de alegría y felicidad me ha encendido la cara y me he sentido cruzando la frontera invisible y cenagosa que separa el último momento del niño y el primer paso del chico.

@Guillem.

<Guillem> ¿Hay alguien ahí?

<Andreu> Hola, Guillem. ¿Has terminado el cole?

<Guillem> Mejor que eso. Tengo una tarjeta módem para móvil. Puedo llamar desde donde sea.

<Andreu> ¡Jo, qué guai! Yo también quiero uno, pero dicen que es muy caro.

<Guillem> Mi madre no ha puesto cara de caro.

<Gary> ¿Puedo entrar?

<Guillem> Gary, tío, ¿qué hora es en Quebec?

<Andreu> Hola, Gary.

<Gary> Ahora aquí son las tres de la tarde. Mi padre se ha ido a pescar y mi madre está haciendo meditación con unas amigas. Tengo la casa libre.

<Andreu> Mi madre no hace meditación, pero siempre está reunida.

<Guillem> La mía toca el piano.

<Gary> Las madres son raras.

El señor Leopold Talisker es el tercero con este nombre. Los dos primeros debieron de amasar la fortuna y ahora el tercero se la gasta. Es americano y nadie me sabe decir de qué lugar concreto de América, porque América es muy grande y la gente con dinero no es de ninguna parte. Leopold Talisker tercero debe de tener negocios de muchas cosas y, como todos los grandes hombres de negocios, también dispone de una pequeña fundación dedicada a hacer el bien y a tapar los males. Así se explica que la Fundación Talisker, tan amiga de las artes y de la cultura, haya pensado en repartir por diferentes orquestas de cámara de toda Europa un lote de pianos y teclados antiguos que la fundación había adquirido a lo largo del tiempo en distintas subastas norteamericanas. Pianos que un día zarparon hacia el Nuevo Mundo en la bodega de algún barco vuelven ahora a ser distribuidos por las ciudades musicales de Europa. Puede que la música sea el último territorio invisible en que los territorios de Europa se hacen visibles. Antes de la música lo eran las piedras. Recuerdo que hace un par de años mis abuelos me llevaron una semana al Pirineo y allí, en el valle de Bohí, me enseñaron iglesias y pinturas románicas que no eran muy diferentes de las que venían de Lombardía o las que se encontraban en el Camino de Santiago. O sea, que Europa se peleaba, pero cuando llegaba el momento de construir y sentir temor de Dios, utilizaban el mismo lenguaje de las bóvedas, las pinturas y los campanarios. Ahora nos queda la música, como pequeño bálsamo sobre las grandes heridas. Y mamá dice que a las grandes cajas de música se las llama pianos.

Llegarán al puerto de Rotterdam de aquí a una semana. Y allí mismo, justo al lado del gran barco que las traerá, se encontrará la gabarra de Pier. Y en la gabarra, con una camiseta a rayas, estaré yo controlando la subida a bordo de tanta y tan delicada carga.

Nunca he sabido del todo por qué la gabarra de Pier se llama como se llama. En la proa, y también detrás, en la media luna de la popa, Pier se entretiene todos los años pintando con letras doradas el nombre del barco: «*Katja et Margueritte*». Lo suele hacer en primavera, aprovechando que lleva el barco

al dique seco para repasar la quilla y los bajos. No se trata de un nombre que viniera con la gabarra. Este interés por repasar esos nombres femeninos es estrictamente personal. Por otro lado, el mundo está lleno de barcos bautizados con el nombre de las mujeres que se han quedado en tierra, quizás como un intento de explicación irracional que augure que, en un naufragio, el patrón no será el único en hundirse. Pero ¿quién era la tal Katja? ¿Y Margueritte? ¿Y de dónde ha salido este «et» tan francés en un barco matriculado en una ciudad de Flandes, acaso el único lugar del mundo donde quieren simular que no entienden el francés?

El hombre que dice querer a mi madre no es la primera vez que ama. Cuesta imaginar que se pueda querer tanto y tantas veces diferentes. También mi madre quiso a otros hombres antes que a Pier. Puede que mi padre, a quien yo no he podido amar ni siquiera en fotografía, mereciera en el primer momento de mi vida el amor discreto de mi madre. *Katja et Margueritte* podían ser dos hijas de Pier tan perdidas como yo, transportadas por el viento del desamor a los brazos de su madre. Pero eso se sabría. Lo sabría mi madre y me lo habría dicho. A lo mejor *Katja et Margueritte* son sólo nombres de mujer surgidos de la soledad de unas sábanas desesperadas, y eso no es tan fácil de decir. Los nombres de mujer, sí. La soledad, también. Pero la desesperación de los hombres resbala como un pez cuando quiere posarse sobre la cubierta.

El delegado de la Fundación Talisker ha alzado la copa de Oude Jevener y mi madre y Pier se han puesto en pie y han brindado por el éxito del viaje. ¡Qué gesto tan pequeño para una empresa tan grande! La especie humana siempre busca en lo pequeño la llave de la fortuna. Al fin y al cabo, ¿qué relación puede haber entre decir cuatro cosas, levantar una copa y beberse el contenido y la larga marcha a través del agua de los ríos y los canales? Si todo fuese tan fácil, el mundo se habría construido siguiendo los deseos de los hombres y el hombre habría sido Dios. ¡Un brindis y que se acaben las enfermedades! Y no se habría producido ni la peste negra, ni la viruela ni el sida. ¡Otro brindis y que ahora llueva y luego salga el sol!, y no habría sequías ni inundaciones. El delegado de la Fundación Talisker debe de ser un poco escéptico con el sortilegio de los brindis porque ha vuelto a llenar la copa y ha vuelto a brindar, aún otra vez más, y de nuevo ha expresado el deseo de que los pianos llegasen cada uno a su lugar. Quizás piensa que la fuerza del deseo es acumulable y que tendremos tanta más fortuna en el viaje cuantas más veces la pidamos. Eran ya las diez de la mañana y Pier ha dicho que empezaba a ser hora de partir. Tenemos ante nosotros una cinta enroscada de

cinco mil kilómetros de agua y, de pronto, nos ha embargado la ansiedad de los grandes expresos. No es que nos haya entrado prisa por zarpar, teníamos prisa por estar solos con todo un verano por delante. El delegado de la Fundación Talisker, haciendo eses por el exceso de brindis, ha acariciado uno a uno los diez pianos que durante un par de días hemos ido estibando en cubierta. Ha levantado la colcha que los cubría y ha pasado el dedo por las teclas y por la madera como si quisiera comprobar que permanecían ahí, o acaso sólo para sentir la vibración de un mueble inquieto, viajero y sabio que ha ido acumulando las esencias de la armonía pura en un continente que nunca ha dejado de chirriar.

A las 10.24 de la mañana, Pier ha puesto en marcha el motor. Una humareda azulada ha brotado de las turbias aguas del puerto. Mi madre ha separado la proa del muelle con la pértiga mientras yo aflojaba la amarra de popa. Ya navegábamos. Pier ha tocado la bocina y nos ha contestado el estrépito de la sirena del *Goldeti Bay II*, un *bulkcarrier* de cien metros de eslora con matrícula de Panamá y destino a Yokohama que lleva, entre bodegas y cubierta, quinientos contenedores de mercancía variada. La diferencia entre el océano Atlántico y el océano Europa es que para entrar en el segundo tiene que abrirse una puerta. Justo después de salir del puerto de Rotterdam, hemos parado los motores ante la caseta de Leerdamerdijk, primera esclusa de nuestro viaje. El agua dulce es realmente dulce cuando nos llama.

@Guillem.

<Guillem> Eh, colegas. ¿Estáis ahí?

<Gary> ¿Qué haces tan pronto en la máquina? Yo todavía no me he acostado.

<Guillem> Hola, Gary. Me alegro de que estés aquí. Acabamos de salir.

<Gary> ¿Salir? ¿Adónde vais? ¿Quiénes?

<Guillem> Jo, de vacaciones.

<Gary> De vacaciones, vale. Pero ¿qué quieres decir con «jo»?

<Andreu> Quiere decir que Guillem está como una moto. Hola, Guillem.

<Guillem> Hola, Andreu. Acabamos de zarpar del puerto de Rotterdam. Es increíble. Todos los grandes barcos van hacia el mar y nosotros vamos hacia dentro.

<Gary> ¿Qué quiere decir hacia dentro?

<Andreu> Quiere decir que en lugar de navegar hacia lo desconocido, navega hacia lo que debería conocer.

<Guillem> Jo, Andreu. Eres un poeta.

<Gary> No he entendido nada, pero buen viaje.

La descarga de la primera pieza, un pianoforte del XVIII fabricado por Giuseppe Mantegna en su taller de Verona, nos ha supuesto un primer retraso con el que no contábamos. Remontar la Meuse hasta Maastricht no ha representado problema alguno. El problema ha surgido al llegar a puerto y comprobar que nadie podía descargar nada por culpa de una huelga de empleados de la oficina del puerto. Hemos atracado la *Katja et Margueritte* al lado de otra gabarra que tampoco tocaba al muelle y Pier y yo hemos bajado a tierra después de saltar por tres o cuatro cubiertas ajenas.

Allí nos esperaba la brigada contratada por la Fundación Talisker: cuatro hombres fuertes y una musicóloga mínima, delicada y blanquísima, cuya misión era garantizar que la pieza de Mantegna no fuera tratada con el ímpetu viril de aquellos sacos de músculos.

Quedaba claro que todo estaba a punto para la descarga, excepto un pequeño detalle: los huelguistas sólo eran cinco personas. Pero de esas cinco, dos eran los encargados de abrir y cerrar el recinto portuario a los camiones. La huelga implicaba que la valla no se abriría y los transportistas fluviales no podrían entrar en contacto con los transportistas terrestres porque se lo impedía una madera horizontal frágil pero significativa pintada con rayas rojas y blancas.

Cosas pequeñas hacen chirriar las bisagras de las cosas enormes. Todo el mundo ha expresado su opinión. Los mozos de la Fundación estaban dispuestos a todo, pero la conservadora intentaba conservar el criterio. Si descargaban el pianoforte de Mantegna, nuestra barca podría volver a zarpar y seguir el viaje. Pero aquella pieza maestra de la armonía no había sobrevivido a incendios, guerras, emigraciones, idas y venidas para acabar a la intemperie a merced de gatos abandonados, vagabundos y huelguistas que podían considerar al Mantegna como prueba material del esquirolaje e incluso tal vez el objeto contra el que aplacarían sus iras. La conservadora se imaginaba ya una hoguera encendida en el centro histórico de Europa entre sonidos espeluznantes de cuerdas de metal rompiéndose y fundiéndose entre las

llamas. Al fin y al cabo, ¿cuántos años hace que Europa se defiende de ella misma? Pier, menos sensible a los razonamientos musicales que a los principios sociales, ha dicho que ninguna huelga era menor y que el derecho de los trabajadores a mejorar y ser escuchados es tan importante cuando afecta a cinco como cuando afecta a cinco mil. Ha quedado claro que Europa se ha construido con el arte, pero que a veces la destrucción del arte ha sido una manera de construir sociedades mejores. Cuando después, a la hora de la cena, Pier nos lo contaba, ha dicho: «Ahora reconstruimos las iglesias y los palacios porque ya no nos dan miedo y tenemos el estómago lleno. Pero cuando el hambre se instala entre la gente, los pueblos desarrollan unas ganas irresistibles de romperlo todo».

Así pues, nos hemos quedado en Maastricht. Es una ciudad que fue ombligo y ahora es aliviadero. Tres estados y tres lenguas conviven en ella, y no se sabe si esas lenguas llegan o se van. Fue sede de un imperio y ahora es el decorado donde los obispos de la religión europea celebran las grandes misas. Mientras Pier esperaba el resultado de las negociaciones con los huelguistas, mamá y yo hemos ido a la ciudad y hemos dejado pasar el tiempo en la plaza de la estación. Había mucha gente y hemos jugado a adivinar quién era quién. Se trata de un juego de espera en el que uno describe al otro características invisibles de la gente que pasa pero que encajan perfectamente. «Mira, por ahí viene un vendedor de coches BMW dispuesto a cerrar un buen negocio. Tuvo una infancia difícil porque estuvo interno en un colegio religioso y pensó en entrar en el seminario. Ahora está casado con una peluquera, pero está angustiado porque sospecha que, mientras él va vendiendo coches, ella se sube al primer coche que pasa». Con esta información, el jugador tiene que buscar a alguien elegido por el otro que pueda reunir todas esas características. Mamá y yo nos desternillamos de risa con este juego, sobre todo cuando, para mostrar a la víctima, uno de los dos se pone al lado del personaje elegido y hace muecas. Es un juego divertido, pero no puede prolongarse mucho, porque a medida que pasa el tiempo acabamos dándonos cuenta de que no somos tan diferentes unos de otros y que todos nos movemos por caminos bien sencillos: feliz o infeliz, satisfecho o amargado, viviendo del pasado o ilusionado por el futuro. «Ahora me toca a mí», ha dicho mi madre. «Se trata de un personaje que hace días que no come. Un personaje que está perdido pero nunca lo está. Trabaja con la lengua universal

y habla por los ojos. Espera a un amigo. No sabe cuándo vendrá ni cómo será, pero lo espera para acompañarlo».

De pronto la estación de Maastricht se ha convertido en el centro del mundo. El vendedor de BMW ha desaparecido. Atraviesan la plaza un trapecista caído del trapecio, un político con razonables sospechas de corrupción, una estrella del *rock* que vuelve de grabar su primer disco. Pero el amigo que busca amigo no está en ninguna parte. «Me rindo», le he dicho a mi madre. Entonces ha silbado y del otro lado de la plaza ha venido corriendo un manojito de pelo, de patas mullidas y aliento caliente y, al llegar, se ha puesto patas arriba y se ha dejado acariciar por todas partes. No tenía collar, pero ha aceptado la mitad del bocadillo de salchicha que mi madre conservaba en una bolsa. «No hay gabarra completa sin un buen perro europeo», ha dicho mi madre. He pensado en cuál sería la reacción de Pier, tan poco amante de salir de las rutinas. Pero mi madre lo ha arreglado de la manera más fácil. Una vez en la *Katja et Mar\$ueritte*, mamá ha hecho formar al perro en cubierta y le ha dicho a Pier que tenía un regalo para él. No sé si porque es incapaz de desairarla, porque el perro tiene buena pinta o porque en aquel momento la huelga del puerto había acabado y nos daban vía libre para descargar, pero lo cierto es que el perro se ha incorporado a nuestra pequeña tripulación. Como tiene una mancha negra alrededor de los ojos, le llamaremos «Spy»; al fin y al cabo vamos hacia el este de Europa, tierra tradicionalmente dedicada al cultivo de gimnastas, virtuosos del violín y espías de fortuna. Subido a un barco, el pelo caliente de un perro tiene tacto de sábana de seda, de carta de amigo, de mapamundi de los sentimientos.

Es bonito ver correr a Spy por el camino de sirga entre esclusa y esclusa. Siempre nos da la sensación de que no podrá resistirlo. Navegamos a diez kilómetros por hora. A veces, cuando se acerca la hora de cerrar las esclusas, Pier fuerza la máquina y levantamos unas olas que saltan por encima de los contrafuertes de metal que calzan las orillas del canal. Entonces Spy se pone a ladrar para decir que no puede más y que le dejemos subir otra vez a la gabarra. Pero Pier confía mucho en su perro, sin saber que en realidad ya no es su perro sino el mío y que, si ahora me cayese al agua opaca del canal, Spy se tiraría y me sujetaría con los dientes. Parece un pequeño caballo que galopa entre los ciclistas y que salta por encima de las cuerdas de las demás gabarras atracadas en los puertos. Después, mientras realizamos la maniobra de llenar y vaciar la esclusa, llega Spy y salta a la barca con un palmo de lengua fuera y yo lo abrazo y entiendo aquel dicho de las madres africanas cuando les preguntan a qué hijo quieren más y responden: «Quiero más al pequeño hasta que crece, quiero más al enfermo hasta que se recupera, quiero más al que está lejos hasta que regresa». Cada vez que Spv sube a la barca después de su cabalgada, es él a quien más quiero del mundo. Y juntos vamos a ver a Pier al timón y le hacemos muecas como si realmente la razón fuera de los pequeños y el perro hubiese vencido a la máquina.

Antes de entrar al Rin nos hemos parado en el pequeño puerto de Karlsbrücke. Pier ha desembarcado la Triumph y hemos ido al supermercado. Hubo un tiempo, quizás cuando Carlomagno dio nombre al puente que también da nombre a la población, en que los supermercados estaban a orillas del canal. Ahora los canales han quedado lejos de los centros comerciales y hay que tomar la moto. Me gusta ir en moto agarrado a su chaqueta de cuero que huele a viaje antiguo con velocidad contemporánea. También me gusta ver cómo Pier sujeta las cosas. En sus manos las patatas parecen minerales sacados de las entrañas de la tierra y las frutas son la primera tentación de la especie humana. En la pescadería mira a los pescados por los ojos como un notario certificando la herencia del mar y las últimas voluntades de la merluza y el bacalao. Elige la carne con aire de médico forense después del crimen y toma la leche con delicadeza de nodriza. De regreso a la gabarra, el viento se

me ha llevado la gorra y él se ha detenido, ha vuelto atrás, me la ha encasquetado en la cabeza y me ha dicho que, si no fuese porque la había bordado mi madre, no lo habría hecho. Para él, las manos de mi madre bordadora son más importantes que mi cabeza al descubierto.

De todos los electrodomésticos que puede haber en una casa ninguno es tan fascinante como la nevera. La nevera es la caja fuerte de la abundancia y el museo de nuestra inapetencia. En las casas donde no hay nadie, sólo la nevera, con su ruido metálico, te da la bienvenida, y nadie se resiste a abrirla y rendirle visita. He visto muchas neveras en las casas de mis amigos. Abrir la nevera es la garantía de que todas las expediciones son posibles. A veces la nevera está vacía. Y entonces vibra en ella el aire de la tundra. En las paredes relucen estrellas de nieve y en los rincones se acartonan pequeñas hojas de lechuga abandonadas. Otras veces, en cambio, la nevera es la apoteosis de lo que en clase de naturales llaman la biosfera. Así debería ser nuestra nevera de la gabarra, pero mamá la administra y no está contenta del todo. Siempre echa de menos algo que había dejado el día anterior para ser liberado en el día de hoy. Me mira a mí con aquella actitud híbrida, entre policía de los alimentos y abogada defensora de mi crecimiento. «¿Cuántos yogures te comiste ayer? ¿Cuántas lonchas de jamón? ¿Cuántos plátanos?». Decirle que voy bien servido de yogures, que el jamón llamado parisino no me gusta y que los plátanos me empalagan, no serviría de nada. He confesado todo lo que no he comido sólo para verle la cara de satisfacción de loba que lo único que quiere es que su carnada crezca. A lo mejor es la nevera la que se ha rebelado y, en lugar de ser un simple almacén, ha decidido ponerse a digerir todo lo que confiamos a sus frigoríficos. Si es así, de aquí a unos seis días, cuando según la ruta prevista lleguemos a Coblenza, volveré a subirme a la Triumph con Pier y buscaremos el mejor supermercado para alimentar a la nevera y que no desfallezca de frío inútil.

Cuando Pier se pone la gorra de capitán, seguro que hay bronca. Una gorra deja las caras sin frente y toda la energía se concentra en los ojos. Pier, en casa, es de más buena pasta. Pero dentro del barco, de su barco, se vuelve maniático y teatral. Ha señalado un par de mantas que había en un rincón de la cubierta de atrás y, sin palabras, me ha preguntado qué hacían allí. Yo no había sacado ninguna manta de los camarotes y mucho menos había ido a

dormir a cubierto aquella noche. «A lo mejor ha sido Spy», he dicho, como si los perros fuesen tan sensibles al frío que se pusieran a sacar mantas del armario para envolverse en ellas. Pier ha refunfuñado algo sobre el orden imprescindible que debe reinar en la gabarra y su responsabilidad de llevar a buen puerto aquella delicada carga. Pero la cosa no ha acabado aquí. Se ha puesto a abrir y cerrar puertas buscando sus galletas integrales. Para Pier, todo tiene que ser integral, todo tiene que ser sin aditivos, sin colorantes, sin prisas. Nunca me han gustado las galletas integrales de Pier, y a mi madre tampoco. Por eso no me ha dicho nada, pero mamá está convencida de que en el fondo empiezo a seguir las indicaciones de Pier y que las galletas son un primer paso para la progresiva concordia de los hombres de la casa. Si toda la felicidad del mundo dependiese de un paquete de galletas, Europa habría podido ser el país de las maravillas, aquel cuento en que un personaje mágico afirma la única verdad de todos los cuentos y todas las historias: «Lo que importa es saber quién manda», dice Humpty Dumpty. Y en la gabarra *Katja et Margueritte*, con matrícula de Brujas y un cargamento de pianos desde Rotterdam hasta el mar Negro, es evidente que quien manda es Pier.

Llevamos dos días navegando por el Rin y la marcha se ha vuelto más pesada. Los cuatro motores Husquarna van a todo rendimiento para vencer la corriente del río. La primavera ha sido más bien fría, con nevadas en las montañas, y los calores de junio han provocado un importante deshielo. Me he pasado la noche pegado a la pantalla y con el móvil funcionando. Como la autopista pasa cerca, no he tenido problemas de cobertura. Me ha extrañado el ruido que hay en este río. Mi madre quería tocar uno de los pianos más bonitos que llevamos. Por eso Pier ha decidido levantar la vela que los cubre y ella se ha sentado al teclado de un clavicémbalo de madera de cerezo del siglo XVII para tocar una pavana de Couperin, pero el ruido de los motores no nos dejaba oír nada. De vez en cuando, cuando nos cruzábamos con uno de los barcos hotel que van y vienen por el Rin, los turistas nos tomaban fotografías y mi madre saludaba como si lo hiciese desde el escenario de un auditorio. Por la noche, cerca de Bonn, ha empezado a nublarse y Pier ha decidido volver a cubrir la mercancía con la vela protectora para evitar que se mojase. Hoy todos estábamos contentos y, por la noche, hemos decidido no cenar en la gabarra y hemos celebrado una pequeña fiesta en un chiringuito lleno de transportistas fluviales. Pier se ha puesto a cantar con ellos e incluso ha dado algún paso de baile. Parecía un chaval y mi madre, sonriente, le ha

dicho que había bebido demasiado. Eso quería decir que en el camarote de mamá y Pier la noche sería movida, de aquellas noches con pequeños gemidos y respiraciones profundas. Y eso también quería decir que era mejor hacerme el dormido y dejar la sesión de Internet para el día siguiente, cuando todo volviese a su sitio y no hiciese falta mayor complicidad que la de la cortesía entre tripulantes.

Leí en alguna parte que los perros tienen un margen de sensibilidad auditiva cien veces más fino que el de los humanos. Quizás por eso Spy, cuando duerme conmigo en la barcaza, está moviendo constantemente las orejas. Desde nuestro camarote, el mío y el de Spy, oímos ruidos menores como el gotear del agua que entra por el eje de la hélice hasta la sentina, o ruidos que rompen la noche, como el paso de un tren por la vía que discurre paralela al río. Antes de irse a acostar, Spy, como buen perro fluvial, está unos diez minutos ladrando a la luna y a los perros de las granjas de alrededor. Después, mientras yo me conecto con Gary o Andreu, él va acurrucándose a los pies de mi cama y me mira. Tener un hermano pequeño y peludo siempre acaba dándote importancia.

Ha sido hacia las tres de la madrugada cuando he oído el ruido de algo pesado que caía al agua. He encendido la luz y Spy no estaba. La puerta que comunicaba la cocina con la cubierta se movía por una ligera brisa. Fuera hacía frío, pero había luna, y la luna enfría el aire pero hace más segura la noche. Los ejércitos antiguos no sabían qué hacer con la luna a la hora de atacar. Los oficiales decían a los soldados que seguramente las noches sin luna eran mejores para atacar, y que tenían una ventaja y un inconveniente. La ventaja era que en una noche sin luna el enemigo no podía verte. Y el inconveniente era que tú tampoco podías ver al enemigo.

En voz baja grité: «¡Spy!». Y me pareció oír que algo chirriaba por la amura de estribor. Tomé una linterna y recorrí el estrecho pasillo que quedaba entre los pianos y la pequeña barandilla que impide caídas. Una caída, sin embargo, no la había impedido. Spy se había caído al agua —de ahí el ruido que me había despertado— con tan mala fortuna que el collar se le había liado con un cabo. El pobre animal nadaba sin ir a ninguna parte y ya sólo luchaba para mantenerse a flote. Si algún día las bestias sonrían de agradecimiento sonreirán como lo hizo Spy cuando me vio llegar con la percha de pasar las

esclusas. Puso en ella las patas de delante y así pude desatarle la soga que él mismo se había enroscado al cuello. Una rápida nadada hasta la orilla, un par de sacudidas rápidas y un abrazo nocturno y apasionado fue toda la aventura que podía proporcionarnos aquella noche. Me llevé a Spy a la cabina y lo sequé con una toalla sucia mientras él me lamía la mano. Los hermanos pequeños pueden ser entrañables o molestos, pero los hermanos pequeños y peludos sólo tienen el inconveniente de que tienes que dormir con ellos cuando acaban de caer al río y todavía están mojados. He apagado la luz y he intentado volver a conectar con el sueño de antes, pero se me sumaban enemigos que no me veían y amigos que no eran vistos. Había encontrado a Spy medio ahogado gracias a la luz cenicienta de la luna. Por eso los espejos se llaman espejos y no autorretratos, porque los espejos enormes como la luna nos sirven para mirar más allá de lo que vemos, para salvar al amigo con el agua al cuello o para cambiar de sueño, que ya es hora. Así fue como me quedé definitivamente dormido. Pero la noche había empezado alborotada y todavía guardaba una carta en la manga.

La nevera chirría cuando se abre despacio. Para que las bisagras no chirrien, debe abrirse con un golpe seco. El chirriar de la nevera se parece al de la quilla del *Titanic* rozando contra el hielo o al de los trenes de mercancías que frenan en la vía cercana. En todo caso, el sueño se va fundiendo y sólo queda el chirriar de la nevera y el gruñido de Spv, con las orejas levantadas y olisqueando por debajo de la puerta. Había llegado la hora del valor. Alguien se movía en el comedor, y no era ni mamá ni Pier, porque conocía perfectamente la cadencia de su respiración que me llegaba a través del tabique de madera. Había llegado la hora de que el menor de todos se convirtiese en el mayor. La linterna era un arma insuficiente. Por eso tomé el libro que estaba leyendo —un cómic de Blake y Mortimer— con la esperanza de que el capitán Blake y el profesor Mortimer salieran en mi ayuda si se torcía el asunto. Abrir la puerta, tomar a Spy por el collar y apuntar al intruso con un haz de luz armado con un libro de tapas duras como escudo era la mejor estrategia para defender el patrimonio familiar.

Entonces la vi por primera vez. Era una chica de unos quince años, de piel y cabellera rubia, vestida con unos vaqueros de buen corte y una blusa camisera. La luz de la nevera abierta la hacía parecer más alta de lo que era.

En la mano derecha, un yogur de aquellos que mi madre siempre echaba de menos. En la mano izquierda, un paquete de galletas integrales. No eran armas alarmantes. Hasta Spy se acercó a ella, y ella lo acarició con ternura mientras decía su nombre. «¿Quién eres tú?». Y me dijo con un hilo de voz que se llamaba Helena y que hacía más de una semana que vivía y navegaba con nosotros hacia Bucarest. «¿Se lo dirás a alguien?», me preguntó medio asustada. Y yo le respondí que no y que si quería una cucharita para el yogur.

Helena ha salido de su pequeño agujero en proa, entre el último piano y la recámara donde se guarda el ancla de estribor, para encontrarse con la luna y el yogur. Pero Helena ha salido de otras recámaras de Europa y no siempre le ha ido tan bien. Esta noche ha sido momento de historias. Helena, nacida en algún lugar de Rumania, hija y nieta de artistas de circo y enrolada desde pequeña en el circo Gorodis, que actuaba preferentemente en Yugoslavia, Bulgaria, Hungría y, naturalmente, Rumania. El Gran Circo Gorodis no era tan grande como su nombre, pero tenía equilibristas que habían estudiado en la escuela de circo de Moscú y llevaban un rebaño de osos adiestrados de lo más simpático. Helena hablaba del circo con nostalgia y, para demostrar sus habilidades, se ha agarrado la cabeza con las manos y la ha sacado por debajo de las piernas. Los músculos de Helena son flexibles como el junco y, tendida en su lecho improvisado, parece una muñeca grande y desgarbada.

En 1991 las cosas se complicaron. El circo estaba plantado en la ciudad de Vukovar y allí empezó un grave enfrentamiento entre los croatas y los serbios. El personal del circo huyó y los padres de Helena no tenían gente suficiente para desmantelarlo e irse a otra parte. Decidieron quedarse a vigilar las instalaciones y evitar el pillaje o que, ante la escasez, a la población se le ocurriese sacrificar a los osos. Helena tenía entonces diez años y todavía recuerda cómo una madrugada un camión militar se detuvo delante de la caravana del circo Gorodis, entraron unos hombres armados y se llevaron a su padre y a su madre mientras ella se escondía entre los sacos de paja de los caballos. Oyó unos tiros y el grito de su madre. Pasó una semana en una bodega cercana hasta que la cosa se calmó, los aviones dejaron de volar y los ruidos de las bombas se alejaron. Unos soldados bajaron de un todoterreno blanco y le hablaron en francés. Amablemente la llevaron a un hospital donde le dieron de comer y, meses después, ingresó en un colegio para refugiados de

guerra cerca de La Haya. Helena no llora cuando cuenta estas cosas. Ha hablado mucho porque hacía tiempo que no hablaba con nadie. «¿Sabes que en vuestra barca hay ratones?», me ha dicho como para explicarme que lo importante de la vida no son los confidentes, sino poder hacer las confidencias.

Helena estuvo cuatro años interna. Los señores Van der Eycken estaban interesados en adoptarla y todos los fines de semana iban a buscarla y la llevaban a la que un día tendría que ser su casa. El señor Van der Eycken era un antiguo diplomático. Había empezado la acogida de Helena por motivos humanitarios, pero tanto a él como a su mujer les había reavivado la vocación paternal. Eran buena gente. Le habían enseñado a comportarse como una joven dama europea y la rusticidad de la vida del circo estaba oculta en su disco duro hasta que había vuelto a surgir huyendo de casa y escondiéndose en un barco. «No un barco cualquiera. Me dijeron que llevabais pianos por toda Europa y que ibais a Bucarest. Yo quiero ir a Rumania y ver a mis abuelos. Los Van der Eycken nunca me lo habrían permitido y, si me escapaba haciendo autostop, habrían puesto controles. El barco es lento, pero seguro. ¿Puedo comer una de esas galletas integrales? Me encantan».

Tenía que haber sido un viaje y ahora era una aventura. Vivir con un polizón a bordo daba una extraña fuerza a los días. Tener un secreto es como vivir dos veces y la presencia de Helena debía ser secreta. Si Pier se enteraba, la desembarcaría en el primer puerto. El viaje era largo, pero disponía de las noches para estirar las piernas y, ahora, Helena contaba con un ayuda de cámara, alguien que le ahorraría el riesgo de ser descubierta y algo más importante: con el ordenador y el teléfono móvil podía avanzar mucho trabajo. En lugar de preguntar tonterías sobre Star Trek o Lara Croft, ahora usaría la red para algo útil. Preguntaría al mundo qué había sido del circo Gorodis. ¿Dónde han ido a parar las personas desplazadas en la batalla de Vukovar? Helena sólo tenía dos ojos, pero ahora tendríamos miles. Y la vida aparentemente plácida de los ríos y los canales, la música suave y las noches tranquilas tomaban ahora una nueva dimensión. «Gracias», le he dicho cuando me iba de nuevo a la cabina. «¿Gracias, dices? Soy yo la que tengo que darte las gracias». Pero yo sé por qué lo he dicho.

<Guillem> Atención, colegas. Tengo un problema.

<Gary> Todos tenemos problemas. ¿Qué problema tienes?

<Guillem> Tengo el problema de que no te puedo decir qué problema tengo.

<Gary> Yo también tengo un problema parecido.
<Guillem> ¿Qué problema?
<Gary> Que lo tengo y tampoco puedo decirlo. A lo mejor tenemos el mismo problema.
<Guillem> No, Gary, no es un problema de los que puedas tener tú. Necesito que me ayudéis a buscar un circo.
<Gary> ¿No era tan divertido eso de ir en barco?
<Andreu> Hola a todos. ¿Dice Guillem que tenemos que buscar un circo?
<Guillem> Anotadlo bien. Gran Circo Gorodis. Estaba en Vukovar, Yugoslavia, en noviembre de 1991. La pregunta es: ¿quién sabe algo de él?
<Andreu> ¿Cuántas entradas de pista te pido?
<Guillem> Buscad, entrad en todos los chats del área, id a los buscadores.
<Andreu> ¿Algún nombre propio asociado a «Gorodis», «Circo», «Yugoslavia»?
<Guillem> Sí. «Dimitrescu». Eran los propietarios.
<Gary> ¿«Dimitrescu»? ¿Añado «Rumania»?
<Guillem> Muy bien, Gary.
<Andreu> Realmente, Guillem, debe de ser muy aburrido eso de ir en barco.
<Guillem> No tienes ni idea, chaval. Tú trabaja que ya te contaré.
<Andreu> ¿Y cuándo me lo contarás?
<Guillem> Cuando haya conseguido explicármelo yo mismo.
<Andreu> Cuando quieres ser misterioso eres adorable. ¿Nos ponemos a ello, verdad, Gary?
<Gary> Anda que... Estando en Canadá nos ponemos a buscar un circo perdido... Es para salir en los periódicos.

No acabo de hacerme a la idea de tener un secreto. Me despierto por la noche y voy a llamar a la portilla donde está Helena. Me levanto el primero como en aquellas mañanas del primer día de vacaciones. En la barriga de la barca hay alguien que está vivo y confía en mí. Yo, en cambio, no puedo confiar este secreto ni a mamá ni a Pier. De pronto parece como si los días estuviesen llenos de horas y las horas llenas de minutos. He empezado a conectarme con el ordenador y eso me tiene un poco entretenido. Pero espero que llegue la noche para aprovechar la oscuridad y sacar a Helena del agujero y, con el pretexto de ir a pasear a Spy, verla, sentirla, escuchar su vida cuando me la da a pedacitos.

@Andreu.

<Andreu> Poca cosa. Por lo que he podido saber, Gorodis fue el nombre artístico de un funambulista rumano que consiguió cierta fama en el norte de Italia a finales del siglo pasado. Extendió una maroma que cruzaba de lado a lado el Gran Canal de Venecia, delante del puente de Rialto. Dicen que en los ensayos iba siempre de un extremo a otro sin problemas, pero el día del estreno se cayó a mitad de camino y todo el mundo se rió.

<Gary> Gorodis, el perdedor.

<Andreu> No te pongas en plan americano, Gary. Gorodis se hizo famoso porque entendió que la gente iba a verlo no porque llegase al otro lado sino porque hacía como si perdiera el equilibrio. A la gente nunca le ha gustado ir a ver a los invencibles. Un Gorodis enfadado chapoteando en el agua del canal hacía que la gente se sintiera más importante que el artista. Y de esta manera pagaban más y mejor.

<Guillem> Gracias, Andreu, por el interés. Pero ¿qué hay del circo?

<Andreu> Ostras, Guillem. ¿Te parece poco circo lo que te he contado?

<Guillem> ¿Y tú, Gary?

<Gary> Te sirve para hacer crucigramas.

Gorodis: ¿Te vale «pequeño municipio de la isla de Kithira, en Grecia»? En el *National Geographic* también he encontrado un pueblo que se llama Gordis, 300 millas al este de Albuquerque, en Nuevo México. Pero, al parecer, le cambiaron el nombre en 1950 y ahora se llama Mac Arthur City.

<Guillem> Vale. Me voy, pero volveré.

Hoy a primera hora hemos dejado el Rin para entrar en el Main. En el Main se encuentra la fuerza antigua de las fábricas, los molinos de grano o de papel. Parece incluso que el agua del Main no es tan fría como la del Rin. Estoy seguro de que si una falsa maniobra me tirase al Main, no me hundiría, mientras que si cayese al Rin, mi cuerpo terminaría deshecho por un agua dura y cortante. Hemos navegado muy deprisa y, cuando oscurecía, hemos llegado a Francfort, que es donde nos esperaban para descargar un piano original de Sebastien Érard que, según dice mamá, es muy importante por el mecanismo de doble escape. A veces las cosas bonitas, como la música de piano, acaban sosteniéndose en conceptos tan precisos como el doble escape. Habría podido preguntarle a mamá el significado de aquel mecanismo. Pero puede que no siempre haga falta saber las cosas. Un día quise saber cómo eran los Reyes y, cuando asomé la cabeza por la puerta de la sala, descubrí a mi madre envolviendo los regalos. Maldije mi curiosidad, porque a veces el placer del misterio es infinitamente mayor que la certidumbre de cómo son las cosas. Pero la tentación de saber la verdad siempre es demasiado grande. Crecer es no negarse a buscar. Si no hubiese buscado el origen del ruido de la nevera, no habría conocido a Helena, y si no hubiese conocido a Helena quizás ahora no conocería la sensación desconocida del miedo a que Pier o mi madre la descubran algún día a lo largo de este viaje. Buscar, a veces, es encontrar cosas inencontrables. Por primera vez en la vida tengo a alguien que me espera y depende de mí. Alguien a quien tengo que llenar de comida y de seguridad mientras ella me llena los ojos de mundos nuevos, de giros insospechados y de lenguajes adultos. Crecer debe de querer decir explorar y aceptar la vida como la vamos descubriendo, haciéndole preguntas con la misma naturalidad con que la vida nos da respuestas.

Mi madre, Pier y la delegada de la Fundación que nos esperaba en Francfort han ido a un concierto y a cenar. Se trata de un concierto en memoria de Georg Philipp Telemann, quien, a principios del XVIII, fue director del famoso Collegium Musicum de Francfort. He tenido que inventar muchas excusas para no tener que ir con ellos. A mamá y a Pier no les hace ninguna gracia que me quede solo en la gabarra. Tampoco se trataba de una cena con autoridades y discursos, ni el concierto era de aquellos a los que es tan importante ir como haber ido. Han insistido en que el viaje no es sólo paisaje y que conocer gente es algo que tendré que hacer durante el resto de mi vida. Una vez más les he tenido que ocultar que la gente que yo quería

conocer se encontraba en aquel instante escondida bajo cubierta. Ésa era la razón por la que resulta que me había entrado mucho sueño y quería leer un rato y no tenía ganas de cenar y además me apetecía concentrarme con mis amigos de la pantalla. «Las personas que conozcas por Internet no tienen que privarte de conocer personas de verdad», me ha dicho Pier mientras me guiñaba el ojo antes de irse con mi madre. No me puedo quejar de mi capitán. Manda como si no mandase, y me da la seguridad justa para que me equivoque solo, sin decirme aquello tan desagradable de los mayores que, cuanto te ven en el suelo, te dicen: «¿Lo ves? Te lo había dicho». Eso, Pier, nunca.

Helena sale de su escondite como si fuese el muñeco de una caja de sorpresas. Me ha propuesto que fuésemos a un bar a comer un bocadillo caliente, porque el cuerpo se lo pide. Por el guiño de Pier hemos calculado que la euforia les durará hasta medianoche, que es cuando volverán a la gabarra. Hemos encontrado un bar junto al río con mesas largas fuera. «Me encantan las salchichas», ha dicho. Y hemos pedido dos salchichas de aquellas que, por lo que yo sé, llevan el nombre de la ciudad que nos acoge. Para beber, ella ha querido una cerveza y yo, agua. Se ha reído de mi agua y ha pedido una cerveza también para mí. La he probado y no me ha gustado mucho. He pensado en mi madre, advirtiéndome constantemente del mal rollo del alcohol. Pero también he pensado en Pier y en la cara de bondad que se le pone y las ganas de hablar que le entran después de sus cervezas. He pensado, finalmente, que las prohibiciones son para no respetarlas. Y que, puestos a hacer cosas que no debían hacerse, una más no importaba. Y que beber una cosa prohibida endulza la cerveza más amarga. Helena me ha contado que la cerveza no es una bebida del cuerpo, como la leche o el agua. Me ha dicho que es una bebida del espíritu y que se encuentra en casi todas las culturas. He tomado un sorbo y otro y he empezado a sentirme como echado sobre un banco de algodón y, cuando me pellizcaba, no sabía si me pellizcaba la piel o el trazo tembloroso de un dibujo animado. Hemos hablado mucho rato y ahora no me acuerdo de qué. En realidad, no hace falta.

Con Helena hemos hecho lo que los mayores llaman sobremesa. Una vez alimentados los cuerpos, nos hemos alimentado el corazón con las historias que nos hemos contado. ¡Qué poco importante me parecía mi vida al lado de

la agitada vida de Helena! Y en cambio, ¡qué poco la envidio cuando me cuenta sus pesares como si hablase de otra persona! He ido entendiendo que, a menudo, las grandes decisiones de la Historia se habrán tomado alrededor de una mesa y que, para nuestra civilización, las mesas son algo más que un mueble de cuatro patas. Cuando se lleva una mesa nueva a cualquier casa tendría que hacerse una ceremonia pública, porque de algún modo una mesa también es un parlamento, bodega de la conversación y madera fértil. «Tú crees que hablas todo el día con todo el mundo por medio de tu pantalla. Pero es en las sobremesas donde crece la conversación por el placer de la conversación, el entendimiento por la necesidad de entendernos. La electrónica nos excita la curiosidad, pero es en la sobremesa donde la curiosidad queda satisfecha. Los enemigos que han comido juntos y se han fundido en la madera de la mesa ya no pueden ser enemigos». Helena me ha dicho todo eso con mucha seriedad. Así la he querido ver yo en mi primera sobremesa. Sé que a partir de ahora, en casa, no me levantaré de la mesa hasta que no lo decida todo el mundo. Sé que intentaré hablar con mamá o con Pier de cualquier cosa. De la cerveza, por ejemplo. Y cuando mi madre me diga que el alcohol es malo, yo le diré que quizás, pero que he visto por el mundo cómo las copas vacías llenaban las noches de palabras y ternura.

Las calles de Francfort deben de ser duras durante el día, pero esta noche han sido un prado de musgo. Cuando estoy con Helena me siento mayor y ando de una manera diferente, como hacen los actores de películas de acción después de la acción. Seguramente no me explica su vida del todo, pero me explica la vida. Podría descubrírsele a mi madre y me quitaría mucha angustia de encima. No lo haré. Inquieto durante el día, de noche Helena me calma. La *Katja et Margueritte* lleva a Helena por ríos y canales, que no es poco, y come nuestra comida y bebe nuestra agua mientras yo viajo a resguardo de todo lo que ella sabe. Ella, cubierta por mi silencio. Yo, cubierto por su sabiduría. Polizones ambos, solidarios en nuestros respectivos secretos.

¿Por qué hablo de sabiduría cuando hablo de Helena? Al fin y al cabo, una chica de quince años que confiesa hablar con los ratones de la bodega de un barco no es un modelo de lo que podríamos llamar sabiduría acumulada. Pero Helena me hace sentir bien. Me lleva de la mano por el lado del mundo del que mamá, precisamente también tomándome la mano, me intenta proteger. Helena es sabia, como lo es Pier. Lo que ocurre es que Pier ya ha cambiado la comezón de correr por las calles por el placer de pasear por los caminos.

Mientras que para Helena la vida es un juego de atrevimientos y azares como el parchís o las cartas, para Pier la vida es la artesanía de un jarro de porcelana o el cálculo de una partida de ajedrez. Son ritmos diferentes. Con Helena sentimos juntos la emoción de la noche que se vive de prisa. Con Pier siento la misma felicidad cuando esperamos con paciencia, a orillas del canal de delante de casa, que un pez distraído tire de una de nuestras cañas de pescar. Hay un tiempo para correr y un tiempo para sentarse. Helena me ha hecho ver que mis años tienen tanta prisa como los suyos. Pero mis años también se fascinan ante humanidades sensibles como las de mi madre o Pier, que fueron yo hace mucho tiempo, del mismo modo que yo seré ellos antes de lo que me pueda imaginar.

Hemos vuelto a la gabarra cinco minutos antes que mamá y Pier. Helena me ha dado un beso de buenas noches y se ha metido de nuevo en su escondite. Ha sido un beso suave como los de mi madre, pero de pronto me he sentido propietario de mi vida. Por primera vez alguien me ha dado un beso porque ha querido, no porque fuese mi tía o mi madre o mi abuela. Después, cuando todos dormían, he salido a cubierta. Me he echado sobre la madera y he sentido como si a cada inhalación de aire me entrase el cielo entero en los pulmones. No pensaba en nada, ni siquiera en Helena, y tampoco en el frío que hacía. He tenido la sensación, tumbado y solo, mientras la gente del río columpia sus sueños, de estar tratando al universo de tú a tú. Ahora mismo me gustaría enseñarle a Helena el nombre de las constelaciones que conozco a cambio de todo lo que ella me enseña. Estrellas de fiesta mayor que juegan al escondite entre las nubes. Una fiesta mayor sin banda de músicos ni gritos de feriantes, donde todo es silencio porque hoy la fiesta soy yo.

Ir a contracorriente es lo que ha hecho grandes a los pueblos. Se nota en el temblor de la *Katja et Margueritte* cuando remonta el Main. Pier, junto al timón, tiene una copa de Calvados, un aguardiente de manzana de Normandía que da sentido a la aburrida vida de los escluseros de las novelas de Simenon y al inspector Maigret, el gran investigador. Pier bebe un sorbo de Calvados de vez en cuando, pero la vibración de la gabarra va deslizándose la copa lentamente hasta el borde del estante donde están los indicadores de la presión del aceite y de las revoluciones de los motores. Alguna vez la copa de Calvados cae al suelo, y eso provoca un malhumor de unos minutos. ¿Son los dioses del río o el deshielo de los Alpes los que dificultan la marcha ascendente de nuestra barca? De madrugada lloviznaba, pero durante todo el día ha lucido un sol bonito y pegajoso y mi madre ha sacado las variaciones Goldberg de la carpeta y se ha pasado un buen rato atemperando un clavecín fabricado en Poitiers a finales del XVII y con un magnífico chapado de cerezo. Entre las terrazas de viñas emparradas de Riesling brotaban cabezas de campesinos rubios y morenos que olían el aire para averiguar el origen de aquella música frenética. He admirado una vez más a mi madre, tan lejos de todo lo que está empezando a pasar y tan lejos de lo que está ocurriendo en esta nación de naciones que es Europa. Luego he pensado en Helena, recluida en su recámara oscura haciendo marrullerías con los ratoncitos o a lo mejor hablando con Spy. Como buen espía leal, nuestro perro no se ha movido en todo el día de encima del escotillón que Helena utiliza para salir y entrar en su escondite. Ni siquiera ha ladrado. Simplemente, está allí para protegerla y para darle a entender que sólo conocemos su presencia los que somos dignos de su secreto. De vez en cuando, desde el puente de mando, veo que Spy mueve la cola sin motivo aparente y pienso que Helena le está diciendo cosas dulces entre la madera de cubierta. Así es la vida a bordo, pienso. Perros racionales, fugitivos pasionales de guerras irracionales y yo, hablando con una pantalla y recogiendo la copa de Calvados que los dioses del río tiran al suelo y que permite a mi llamémosle padre acercársela a los labios como si fuera el Santo Grial.

Era casi de noche cuando he oído que Pier se duchaba. Un aroma de café con leche y los bostezos de Spy me han terminado de despertar. Pier quería madrugar para entrar en las primeras esclusas del canal Europa que nos tiene que llevar hasta el Danubio. En una hora dejaremos el Main y entraremos otra vez en las aguas encalmadas de un canal. Eso quiere decir que los kilómetros que recorreremos cada día ya no dependerán de nuestra velocidad ni de las corrientes, sino del horario de los empleados de las esclusas y del tiempo de espera si tenemos que guardar cola detrás de otras gabarras. Pier me ha dado los buenos días y eso ha bastado para que yo supiera lo que tenía que hacer: subir la Triumph hasta la cubierta de popa, recoger la pasarela y soltar las amarras, primero la de proa y luego la de popa, y empujar la nave con el bichero bien clavado en la orilla para evitar que las hélices choquen con alguna piedra caída del margen. Con las luces de posición todavía encendidas, he visto recortarse el sol entre los campanarios de Würzburg. Pier ha puesto la velocidad máxima y, al cortar las aguas del Main, la bañera de proa se ha ido llenando de agua. He pensado que Helena, acurrucada entre las cuerdas del ancla, debía de estar mojándose. Pero el agua es la señal de que su viaje —y con el suyo el mío— continúa.

Hemos franqueado la primera esclusa del Main-Donau Kanal antes que nadie. La noticia de nuestra carga de pianos había llegado hasta aquí y, a pesar del sueño, los empleados de la esclusa han querido que retirásemos la vela para admirar los instrumentos. Mientras, mamá se había levantado y, a petición del respetable, ha interpretado el *Claro de luna* de Beethoven, porque en la parte más oscura de poniente había todavía una media luna pálida. Entre ranas azules y el olor de brasas matutinas de una barbacoa encendida por unos operarios turcos, una mujer vestida con bata de casa y un grupo de trabajadores del alba han callado para escuchar una música que venía del fondo del agua y de la sombra antiquísima de los robles. Aquella música y aquel instrumento, concebidos para el terciopelo y para las molduras doradas de la nobleza del dinero y el linaje, se ofrecían ahora a la gran sala de conciertos del día que empezaba. Han sido momentos de bisagra, de esos momentos en que las únicas banderas del mundo tienen los colores de las sábanas todavía calientes o de los pañuelos que enfrían las despedidas. Con nuestro mínimo alemán, los mayores han compartido una copa de *schnapps* y a mí me han saludado como si fuera un almirante mientras la esclusa se abría para llevarnos hacia la espalda de Europa.

Hacía días que Pier escuchaba el motor con una atención especial. No es que él escuchase el motor: es que, cuando hay confianza, son las máquinas las que piden ayuda a los que saben entenderlas. Faltaban pocos kilómetros para dejar el canal e introducirnos en las aguas imparables del Danubio cuando Pier ha decidido atracar en el pequeño muelle de Kelheim. Le hemos oído hurgar y revolver en la recámara del motor hasta que finalmente ha salido de allí una mano negra de grasa con una pequeña pieza metálica. «Hay que cambiarla», ha dicho con aire trascendente. «Es posible que más adelante no encontremos recambios y necesitaremos toda la fuerza de los cuatro motores para remontar el río a la vuelta». Pier ha desembarcado la moto y mi madre ha querido acompañarle hasta Ingolstadt, 140 kilómetros ida y vuelta. Eso significaba un día entero con Helena fuera de su escondite. Adiós, y pórtate bien. No tengáis prisa. ¿Qué es la prisa en un barco fluvial? Lanzamos una botella a la corriente y la botella siempre nos acaba ganando la carrera. La prisa, en lo alto de un barco, es renunciar al conocimiento. Adiós, mamá. Hola, Helena.

Cada vez que Helena sale de su escondite, estira los músculos y da unos cuantos pasos rápidos como si corriese sin moverse del sitio. No dice nada, ni buenos días ni buenas noches, hasta al cabo de un buen rato. Sacarla del armario es atribuirle una extraña condición de muñeca inanimada. Poco a poco, cuando el alma regresa, le brillan los ojos y apunta la primera sonrisa. Es entonces cuando Helena ha llegado y se convierte en la reina de las aguas. Con todo el día por delante, hemos jugado a ser mayores, hemos desayunado juntos bajo el toldo de la cubierta de popa, hemos regado los geranios de la barandilla y hemos lavado los platos de la cena de anoche. Lo hemos hecho en silencio y me he sentido bastante bien en este silencio compartido. Eso debe de ser el nacimiento de la amistad: la posibilidad de compartir silencios confortables con gente a la que no nos une más que el momento.

Hemos cerrado la *Katja et Margueritte* y nos hemos dejado llevar por las calles vacías de Kelheim. Todavía resonaba por las esquinas la algarabía de las campanas del ángelus. La católica Baviera quiere que su catolicidad llegue hasta Roma y para eso usa la telegrafía sin hilos de los campanarios. Hemos subido hasta una colina donde una extraña construcción circular presidía la confluencia del Danubio con el Altmühl. Las aguas eran de diferente color: azul como un vals la del Danubio, verde y opaca la del Altmühl. Durante un par de kilómetros las aguas se vigilan cual vinagre y aceite, y hasta los pescadores de las dos orillas deben de pescar peces diferentes con anzuelos diferentes. El agua es la destilación de los territorios. En la clase de iniciación a la filosofía ya aprendimos que nunca nos podemos bañar en el mismo río, pero ahora comprobamos que hay muchos ríos en un río y que entre las arcillas auríferas de los torrentes y las aguas fecales de las alcantarillas hay el mismo misterio que rige las relaciones del hombre sobre la tierra. La construcción circular de lo alto de la colina es un monumento erigido por Luis I de Baviera para conmemorar la victoria sobre Napoleón de un ejército formado por soldados y civiles, granjeros y nobles, en la ciudad de Leipzig. «La palabra “ejército” es una palabra con máscara». Así habla Helena mientras me traduce las frases esculpidas sobre el mármol. «La palabra “ejército” infunde tranquilidad a los poderosos y mucho miedo a los débiles. Dentro de cada ejército hay millares de vidas que juegan con las leyes de la estadística. Los ejércitos se hacen para aplacar a la muerte incontrolada. La muerte necesita alimentarse y no le duelen prendas a la hora de caer sobre los hombres. Los ejércitos son una manera de domesticar a la muerte: en lugar de ir por las casas a por poco, se le proporciona la gran comilona de una guerra y la muerte se sacia». Mi abuela siempre me lo había dicho, y no lo entendía: «Abuela, ¿para qué sirven las guerras?». Y ella, con la rectitud de los contables, decía: «Cuando hay demasiada gente se organiza una guerra y así vuelve a haber más sitio para todos».

«Nosotros estamos aquí gracias al hecho de que alguna guerra nos garantizó el lugar que ocupamos hoy. En este tipo de monumentos creemos honrar a los muertos, pero en realidad lo que hacemos es compartir la exaltación de sentirnos ganadores de la posteridad». Es el rey Luis I el que pasa a la historia, no los soldados muertos en la batalla. Son los peatones que llevan la

baguette bajo el brazo los que pasan junto a los pequeños monumentos conmemorativos delante de todas las iglesias de Francia. Detrás de cada uno de los nombres esculpidos en el mármol hay más de una vida truncada. «Si pusiésemos una lente de aumento sobre cada una de las siluetas de los cuadros o fotografías de las grandes batallas europeas veríamos vidas parecidas, lenguas húmedas, hígados idénticos, pieles del mismo color, besos olvidados, hijos desconocidos y una misma sangre dolorida. Todo eso se convierte en arte y arquitectura, en antigüedad y tarjeta postal como si nunca hubiese de repetirse». Helena piensa en la guerra que se ha llevado a los suyos. Helena llora. La acompaño a una fuente para que se lave la cara. Y, cuando me toca el turno de beber a mí, ella tira una piedra a la pila y me moja por completo. Empezamos una pelea de agua que nos deja empapados y contentos. Las campanas católicas indican a los habitantes de Kelheim que ya pueden volver a abrir las tiendas. Nos tumbamos a tomar el sol sobre cubierta y Helena canta una antigua canción rumana. Oigo que el portátil me llama. Alguien debe de haber encontrado algo sobre el circo Gorodis. Que espere. Los acentos son más importantes que las informaciones, los matices más importantes que las certidumbres, la compañía más importante que la sociedad.

La gente ha ido olvidando los puentes. Desde que navegamos por el Danubio hemos pasado por debajo de los puentes de la autopista 3 y de la autopista 39 y no hemos visto la silueta humana asomada a las barandillas. El tráfico de los coches no se detiene a pensar que en aquellos segundos breves de puente se condensan muchos siglos de frontera, de aislamiento y desconocimiento. Pier hoy está contento porque el motor ya canta como debe. Y, cuando Pier está contento, quiere decir que habla más: «En Europa nos creemos que los ríos son importantes por la unión de las dos orillas y por todo lo que hay más allá del agua. Pero en los grandes ríos de África y América, en el Congo y el Nilo, en el Amazonas o el Paraná, donde los puentes no son más largos que un tronco atravesado en el lecho, los ríos son importantes precisamente por el agua. Las naciones de los ríos son lineales como su curso. Las naciones de los llanos ignoran a los ríos y sólo los usan como abrevadero. En África, los ríos son la fuente de la vida y la seguridad. En Europa, a los ríos se les llama “accidentes geográficos”. En Europa, los ríos casi sólo sirven para inspirar a los pintores de paisajes». Y, con la mano, Pier ha señalado a un pintor apuntalado sobre un pequeño muelle de madera que intentaba reflejar la silueta de dos grandes campanarios sobre el agua ondulante del Danubio. Hora de atracar. Lo hemos hecho a estribor, en el muelle que hay después de un puente de piedra imponente. Pier ha invertido los motores y la *Katja et Margueritte* parecía andar sobre el agua como de puntillas. Al pasar por debajo de los arcos, el estrépito del motor resonaba con extraña armonía. Los ingenieros visten de estatuas y faroles la parte superior de los puentes, pero, para apreciar realmente la verdadera belleza del ingenio humano, los puentes se han de mirar por debajo.

Regensburg nos espera. La llegada de nuestra gabarra ha merecido el interés de la prensa local. Desembarcaremos aquí una de las piezas nobles de la colección Talisker: un *hammerklavier* adaptado y mejorado por el gran innovador del instrumento Gottfried Silbermann. El piano se instalará en el salón de honor del ayuntamiento de la ciudad, motivo por el cual han hecho

acto de presencia en el puerto dos o tres fotografías y algunos concejales. Pier y mi madre han ido a arreglarse porque los han invitado a una pequeña recepción municipal para celebrar la llegada del instrumento. «¿Quieres venir?», me ha dicho mi madre sin convencimiento. Y le he dicho que no, quizás con un convencimiento excesivo. Tengo que aprender a controlarme. Los secretos acaban descubriéndose por la ilusión que nos produce el hecho de conservarlos.

Helena es como una ola. A veces es limpia y juguetona como una cascada. Otras veces es mansa y tierna como el mar de las playas nocturnas. Hay momentos, en cambio, en que adopta un color oscuro y parece como si ululase en una tempestad interior en la que ella misma naufraga. La vida del polizón fluvial no es muy estimulante y todas las noches, cuando voy a abrir el escotillón del pañol de las anclas, no sé si estoy delante de la caja de Pandora que esparce todos los males del mundo o de una caja de bombones que se me fundirán en la boca. Hoy Helena tiene ganas de andar. De entrada, las informaciones propias del caso: ¿Dónde estamos? ¿Cuántos kilómetros faltan para llegar a Bucarest? ¿Sabemos algo del circo y de mis abuelos? ¿Cuál es la siguiente etapa? Le digo que mi madre me ha dado algunos marcos y que podíamos ir a cenar. Hemos andado arriba y abajo del puente de piedra. De vez en cuando pasaba un ciclista o un hombre con chándal que venía de ninguna parte y no iba a parte alguna sólo por el placer del bufido y del cansancio. Bajo la luz de la tarde hemos visto al otro lado del río un templo griego fuera de Grecia. Los indicadores turísticos lo llaman Walhalla y es una especie de altar de las glorias germánicas. Hemos sido los últimos en entrar antes de que cerrasen y de pronto nos hemos encontrado solos en medio de columnas y rostros de facciones graves y ojos sin pupilas. De la misma manera que los aviones tienen la caja negra donde queda registrado todo lo que los ha conducido al desastre, hay países que gustan de hacer la síntesis de lo que les hace mejor que los demás. «Da miedo tanta sabiduría concentrada», le he dicho a Helena. «No es sabiduría: es un espejo deformador. Todas las naciones, cuando se miran a ellas mismas, se deforman. Como el gato que se hincha para parecer más grande cuando lo ataca un perro. Como el oso o la serpiente que se yerguen antes de embestir. Como la cola del pavo real que quiere impresionarnos para que no lleguemos a la conclusión de que, en realidad, no es más que una gallina disfrazada». Helena me ha dicho que fuese a preguntarle cualquier cosa al guardia, que me lo llevase lejos de aquel

rincón, que ella tenía algo que hacer. Los deseos de Helena son indiscutibles. Con mi alemán precario y su inglés envarado, el hombre me ha ido mostrando algunas de las egregias figuras humanas que en aquel ámbito alcanzaban connotaciones religiosas. Es agradable encontrar un guardia que guarda realmente las cosas porque las quiere y que conoce la vida de las estatuas como la hostelera conoce lo que piensan sus huéspedes. Me ha dicho que nos apurásemos porque empezaba a ser hora de cerrar. He buscado a Helena entre las columnas y las miradas cada vez más amenazadoras de Durero, Lutero, Kant. «¡Helena!», he levantado la voz. Y ella ha salido de detrás de una vitrina con una sonrisa traviesa en la boca y un rotulador grueso de color rojo en la mano derecha. En el busto blanquísimo de Goethe había aparecido un bigote emperejilado bajo una nariz de *clown*. Para acabarlo de arreglar, unas pupilas estrábicas le daban aspecto de necio. «Pero ¿qué has hecho?», le he dicho mientras me entraba la angustia del delincuente poco antes de su detención. «Tranquilo. Lo único que he hecho ha sido humanizarlo». Y venga a reír. En la puerta, bajo la mirada paternal del guardia, colgaba, como dándonos la razón, el famoso cartel de Albert Einstein sacando la lengua al fotógrafo. Hemos bajado del Walhalla saltando los escalones de cuatro en cuatro como si nos persiguiesen las estatuas humilladas de músicos, filósofos, militares y escritores, no se sabe si con ganas de venganza o de maquillaje. Al cruzar el Danubio, Helena ha tirado el rotulador al agua como quien se deshace del arma del crimen y un rastro de sangre venial ha ido irisando las olas y manchando de rojo las plumas de los cisnes. Ignoro todavía si el color rojo del río era debido a la tinta del rotulador o al sol poniente que se filtraba entre las legendarias cien torres de Regensburgo. Habíamos visto a los dioses y ahora asistíamos a su crepúsculo. «La cultura es lo que queda después de haber aprendido un poco de todo y de habernos reído de todo un poco». Cuando Helena dice estas cosas no sé cómo contestarle, sólo sé que ando con más seguridad, con el paso más largo y una mirada de héroe de película que obliga a agachar la cabeza a la gente que pasa, todos con cara de sabios de mármol en un mundo de ideas líquidas.

Hemos ido a la plaza del Ayuntamiento para saber a qué hora acababa la recepción en honor del piano de Silberman. Había para rato, nos ha dicho el policía de la puerta. Todavía faltaban algunos discursos y la interpretación de un cuarteto. ¡Qué extraña emoción nos comunican los objetos! La sábana santa, el becerro de oro, las piedras del muro de Berlín, la oreja de Van Gogh, el piano de Silbermann. Cualquier cosa es un pretexto para que la humanidad duerma tranquila. Cuando era pequeño era un osito de peluche, el diente caído y puesto bajo la almohada, el cuaderno de otoño, la máscara de carnaval. El mundo de los adultos no es muy distinto del mundo de los niños. El primer acto de hacerse mayores no es elegir una cosa, sino saber abandonarla para elegir otra mejor. «¿Me invitas a una cerveza?». Hace unas horas, mientras huíamos de nuestra propia sombra después de la travesura, Helena llevaba el pelo recogido en una coleta. Ahora, por las calles nocturnas de Regensburg, ciudad afortunada que no oyó el infausto pitido de las bombas, la misma Helena me miraba con su pelo largo y enredado. «Necesito una ducha. Si llegamos pronto al barco, tú y Spy podéis vigilar. Si vienen tus padres, me avisas y los entretienes para que pueda volver a esconderme». Por el rebosadero de la barcaza salía un chorrito de agua perfumada y jabonosa que corría río abajo. En un folleto que nos habían dado en el Ayuntamiento se contaba la historia de Agnes Bernauer, bella, joven y con una melena larga como la de Helena, hija del barbero de Augsburgo, que se casó con el hijo del duque de Baviera. Fue en el año 1435 cuando su suegro, temeroso de que una boda tan desigual pudiese poner en peligro la estabilidad social de su ducado, la acusó de brujería y mandó ahogarla públicamente en el Danubio atándole los cabellos a una percha que los verdugos sumergieron en el agua hasta cerciorarse de su muerte. Aquella agua jabonosa que se llevaba los sudores de la aventura de Helena, ¿no era acaso salsa de bruja? Me he imaginado a Pier, con su barba medieval, descubriendo a la intrusa y arrastrándola por el agua del río hasta que dejaba de flotar. Los conflictos del corazón se resolvían deprisa en el tiempo de la barbarie. ¿Cómo se resolverían hoy? ¿Qué grado de heroísmo estaba dispuesto a aceptar para salvar a Helena de la justicia de los mayores? Cada día que pasaba encubriéndola me hacía más cómplice de una

desconocida y menos solidario con mis padres. ¿De dónde venía aquella necesidad de sentirme caballero como los de antes? Cualquiera día Pier podía decidir ir a tirar el ancla a estribor y entonces tendría que salir yo en defensa de Helena y pedir que sobre todo no la tirase al río como hizo el duque de Baviera con la hija del barbero de Augsburgo. Hacerse mayor debe de ser esta necesidad de cambiar la lealtad que te toca por la lealtad que eliges.

Una mano como de ave aprendiz se ha puesto sobre mi hombro. Estaba todavía húmeda de la ducha: «Venga, va. Llévame a mi camarote y hazme compañía desde cubierta, que aún nos pillarán». Cuando Helena habla en plural me siento más singular que nunca.

Nunca he estado en Venecia, pero a lo mejor no me hará falta. El mundo está lleno de ciudades que quieren ser Venecia. Un día fuimos con mi madre a Amsterdam y todo el mundo decía que era la Venecia del norte. Pero hace un par de meses que entré en una web de Suecia y allí también decían que la Venecia del norte es Estocolmo. Gary me ha hablado de una ciudad del Canadá, Vancouver, que también aspira a ser Venecia. Y Bangkok. Y, cerca de México, un sitio que se llama Xochimilco. Para hacer una Venecia basta con poner un poco de agua entre las casas y que los ciudadanos que viven en ella no quieran correr más que las barcas.

Passau es una de estas Venecias de tierra adentro que vive permanentemente con el sonido de los ríos resonando en las ventanas. El supuesto color azul del Danubio que da nombre al famoso vals debe de venirle dado por el agua del Inn, agua recién domesticada pero que conserva todavía el rastro salvaje de las truchas y la espuma de los torrentes alpinos. Hoy mi madre estaba un poco abatida. Por una rendija de la puerta he visto que Pier le tomaba el pulso y le daba un beso en la frente. Mi madre es diabética y de vez en cuando tiene que ponerse una inyección de insulina. Nunca se queja ni pone cara de pasarlo muy mal. Sólo tiene que controlar, y siempre lleva un pequeño neceser de color rojo donde guarda las jeringas y las dosis. Pier quería detenerse lo mínimo posible en Passau. Dice que llevamos tres días de retraso. Algo grave le debe de haber dicho mi madre porque he visto cómo desembarcaba la Triumph y me decía que lo acompañase al supermercado y a la farmacia. He pensado un momento en Helena, cautiva en su escondite. A lo mejor hoy no tendría excusa para darle un momento de libertad. Pero Pier estaba allí delante, con la moto en marcha, esperándome. He simulado que me ataba el zapato cerca de donde estaba escondida Helena y he dicho en voz alta para que ella me oyese: «¿A qué hora volveremos? ¿Un par de horas, dices? ¿Seguro que quieres que mamá se quede sola?». Una vez proporcionada la información necesaria a la polizón, Pier y yo hemos navegado por la tierra de

una Venecia barroca y pequeña con la vibración de cuatro cilindros entre las piernas.

Mamá está alicaída y eso me hace pensar en ella una vez más. Hasta ahora dependía exclusivamente de los demás y ahora empiezo a intuir que crecer equivale al hecho de que haya gente que empiece a depender de ti. Mi madre depende de las inyecciones que ahora voy a buscarle. Pier depende de la alegría de la madre que yo le proporciono. Spy depende del plato que le lleno y ahora Helena, acurrucada bajo cubierta, depende de mi secreto y del hecho de que mis colegas de la pantalla encuentren la dirección de unos abuelos imposibles. Hace unos quince días yo no era más que un paquete montado en una barca y ahora, mientras el cuero de la chaqueta de Pier me llena el olfato y bordamos con la moto las calles de Passau, me siento un paquete lleno de paquetes. Se hace tarde. A Pier, de pronto, le han entrado prisas por desatracar y marcharnos río abajo. Tenemos que atravesar la frontera austríaca y en la aduana siempre perdemos un buen rato. «¡Ya estamos aquí!», he gritado al llegar a puerto. Mamá y Spy han salido a recibirnos. Hemos cargado la Triumph y en diez minutos ya navegábamos de nuevo lentamente mientras los grandes cruceros de pasajeros que tienen base en esta última ciudad de Baviera encendían las luces del comedor para ofrecer una cena espléndida *aux chandelles*. Mi madre se ha despedido de Passau tocando una pieza de Telemann. Me he acercado a escucharla y un poco más y me olvido de ir a hacer compañía a Helena y de pasarle un par de yogures de frambuesa. He dado tres golpes sobre el maderamen. No he tenido respuesta ni se ha abierto la escotilla. He vuelto a repetir la contraseña. He pensado que a lo mejor se había dormido. La he llamado con un hilo de voz justo en el momento que mi madre culminaba el acorde final. «¿Me decías algo?», me ha dicho mi madre. «No, nada, cantaba solo». Es difícil mentir a la propia madre de uno para ocultar a otra mujer. Una mezcla de vergüenza e inquietud me ha hecho quedarme quieto en proa esperando que ni Pier ni mamá mirasen hacia allí. Aprovechando un sorbo de Calvados, he abierto el pañol del ancla de estribor: unas mantas y el ancla, nada más. Helena había desaparecido.

La barriga es una parte del cuerpo que siempre relacionamos con el hambre o la comida, pero, desde el momento que he visto que Helena no estaba, todos los nervios, las angustias, las pesadillas se me han puesto en el vientre. Navegábamos río abajo a toda velocidad para poder pasar la frontera austríaca antes de que cerrasen. Íbamos tan rápido que Pier me ha obligado incluso a ponerme el chaleco salvavidas por si una ola o un remolino me echaban al agua. Mientras me abrochaba las cintas de velero del chaleco no hacía más que pensar en Helena, quizás perdida por las calles de Passau, aquella Venecia que se hundía detrás de nosotros. Tal vez, aprovechando que mi madre estaba distraída, Helena había abierto la trampilla y, dando un salto, se había mezclado con la gente del muelle. A lo mejor había visto cómo nos íbamos, pero la presencia de Pier en cubierta le había impedido volver a embarcar. De pronto el viaje tiraba de mí hacia ambos lados.

Seguir adelante no era lo mismo sin ella. Mirar atrás era imposible sin delatarla. Una vez más se encontraba perdida entre los surcos de una Europa en la que no hay lugar para la improvisación. Desde el barco veo carreteras y caminos, señales para el tráfico fluvial y para los automóviles, horarios de apertura y de clausura, numeraciones exactas y precisas de las calles, de los puentes, de los hitos kilométricos, de las torres de vigilancia entre los estados, de las sinfonías de Beethoven y del catálogo Kehel de Mozart, del calibre de la pasta de sopa e incluso de las guerras que han ido asolando el continente. En Europa todo es una ciencia exacta y Helena es una de estas piezas que ponen a prueba el sistema, un número desconocido que no se encuentra en ningún alfabeto o una fracción imposible de la gran división europea.

A la hora de cenar mi madre me ha puesto dos yogures de frambuesa delante y me ha dicho: «Toma, son los que te gustan». Ya no me gustan. Le gustaban a Helena y ahora son yogures sin destino. He pensado que tenía que decir algo, porque los padres siempre se preocupan cuando los hijos callamos y no nos comemos los yogures. Es un momento lamentable en el que se pone de relieve la gran diferencia entre lo que somos y lo que ellos creen que somos.

Nos preguntan cosas absurdas, supuestos dolores de tripa o mareos fluviales y, en cambio, son incapaces de ir al fondo de las cuestiones y preguntarnos directamente por las bases de la tristeza. Tampoco les diría nunca el motivo de la tristeza, pero me lo pondrían más difícil. Sólo yo sé que alguien que debía estar aquí ahora no está. A lo mejor tampoco estaría. Hace un par de horas, en la caseta aduanera de Felsengütt, han subido a la *Katja et Margueritte* un par de funcionarios de las aduanas fluviales austríacas. Han querido ver los pianos y se han mostrado cordiales y amables con nosotros. Incluso han querido hacerse una fotografía en cubierta con la extraña carga. Pero su cordialidad no ha impedido que hurgasen por todas partes. Como si fuesen de visita, iban dando golpecitos para saber si transportábamos algo. Al llegar al escotillón del ancla de estribor, justo donde debía haber estado Helena, lo han abierto y uno de ellos ha revuelto las mantas con displicencia. Sólo pensar en esta escena se me revuelve el estómago. Si se hubiese quedado en la barca, el viaje de Helena habría terminado allí mismo. Todos los secretos se habrían ido al agua. Pier y mamá habrían sacado lo peor de ellos mismos. Y yo, ¿qué habría hecho yo? ¿Habría negado mi conocimiento de la presencia de Helena y habría bajado los ojos cuando los policías austríacos se la hubiesen llevado para interrogarla? ¿O tal vez me habría interpuesto entre la ley y la hospitalidad y habría contado todo lo que sabía? A veces me pregunto si estoy preparado para decir que no a mi madre y mirarla a los ojos mientras insisto en decir que no. La tozudez no es un rasgo del carácter, sino la pequeña arma de los subordinados. La cobardía, en cambio, sí forma parte de mí. Ésta es una más de las diferencias entre Helena y yo. Ella es valiente y yo soy cobarde. Por eso ella está haciendo el viaje sola y yo no soy capaz de decir basta, ni mucho menos de decir la verdad de los motivos por los que no quiero comerme los dos yogures de frambuesa que me tocan. Helena es valiente porque tiene tanto miedo como yo pero, como dijo alguien en una ocasión, la valentía es tener miedo y a pesar de ello seguir haciendo lo que creemos que debemos hacer.

Me he encerrado en mi cabina y he conectado el ordenador. Tenía muchos *e-mails* hablándome del circo Gorodis y de la posible ruta de los señores Dimitrescu después de la matanza de Vukovar. No he querido leerlos. No dedicaré ni un minuto más a encontrar lo que ella ha perdido precisamente ahora que soy yo quien está perdido sin ella.

Esta mañana, mientras esperábamos que quedase libre la esclusa de Aschach, un marinero de uno de los grandes barcos hotel que van hasta Viena se entretenía jugando con Spy mientras iba juntando un ramo de flores silvestres de los márgenes del río. El marinero, un hombre de unos cincuenta años, me ha preguntado de dónde era, adonde íbamos y todas esas cosas que sirven para situarnos en el mundo. En la popa de la *Katja et Margueritte* hay dos banderas. Una es la belga, como corresponde a un barco matriculado en Brujas. La otra es la bandera catalana, una pequeña broma que Pier le hizo a mi madre y que a ella le encantó. En casa han adoptado la definición de patria de los indios americanos: «la patria es el lugar de donde comen mis hijos y el sitio donde tengo enterrados a mis padres». Mi madre, a veces, cuando dirige la mirada río abajo y se le pone cara de mediterránea, me recuerda que la patria no es más que el país de la infancia y que yo he tenido la suerte de vivir en muchas patrias, que es la manera de no tener otra patria que la de la humanidad. Pero también me dice que, tarde o temprano, la patria llama a la puerta y que entonces nos damos cuenta de que todos somos de alguna parte y que una bandera colgada en la popa de casa es una manera de recordarnos que lo importante del río de la vida no son las aguas quietas de delante sino las aguas turbias que vamos dejando atrás. «Así pues, esta bandera con las cuatro franjas rojas es la de tu madre, ¿verdad?». El marinero iba tirando una pelota de goma más allá del muelle y Spy corría a buscarla. «También es mi bandera», le he dicho en inglés. El marinero me ha dicho entonces que tenía suerte de poder hablar de mi bandera sin tener que avergonzarme, y que en Europa no era frecuente. «La tela más peligrosa es siempre la de las banderas. Tan bueno es tener una bandera en tiempos de paz como malo tenerla en tiempos de guerra». Le he dicho que a lo mejor sin banderas no habría guerras, pero entonces él ha sacado una fotografía de un hombre joven que habría podido ser Pier veinte años atrás y me ha dicho que era su hijo. Ya no me escuchaba, ni yo tenía nada que decirle. Hay fotografías de gente viva que en el papel ya se ve que están muertos por lo gastadas que tienen las esquinas y la cantidad de miradas que han tenido que encajar. «Antes yo vivía en Belgrado, la capital de Yugoslavia. Nos dijeron que los jóvenes tenían que

luchar por una Yugoslavia unida. Pero ¿de qué me servía a mí una Yugoslavia unida si moría mi hijo?». El marinero se ha levantado de pronto con su ramito de flores, como si el cielo fuese un pañuelo que le podía secar unas lágrimas demasiado domesticadas. «Que tengas suerte con tu bandera, chico. Que nunca tengas que cubrir con la bandera un cuerpo amado sólo para creer que aún está vivo». No me gustan las historias sin final. He recogido la pelota de goma de Spy y, en el muelle de la esclusa, he levantado la voz para preguntarle mientras se iba: «¿Su hijo murió?». Y él, sin girarse, ha contestado: «Murió en el sitio de Vukovar, mientras cruzaba el Danubio cerca de casa, ochocientos kilómetros río abajo. Todos los días recojo un ramo de flores y lo tiro a la corriente para que las vea pasar desde el fondo del agua».

Si fuese verdad, como dicen algunas canciones de los canales, que los ríos no nacen de las montañas sino de una misteriosa llave de paso que se abre por mano de dioses o diosas, haría falta un poco de fe para pedir a esos manipuladores de los grifos fluviales que un día decidiesen cerrarlas. Sería un gran día en el que la navegación quedaría interrumpida y la gente bajaría al lecho seco a encontrarse cara a cara con todos los fantasmas y todas las leyendas de los ríos y los lagos. Allí se vería que nunca hubo monstruo ni dragón que se alimentase de las doncellas sacrificadas al agua. Allí aparecerían los estandartes y las corazas de todos los ejércitos que consideraron a los ríos como una frontera. Allí se comprobaría que no todos los suicidas querían suicidarse y que no todas las ninfas eran bellas y atractivas. Al pasar por el gran meandro que dibuja el Danubio en Jochenstein hemos oído de lejos la narración de los guías de los grandes buques turísticos cantando las maravillas de Isa, una mujer de agua, hermana de Lorelei, la dueña del Rin. Isa, según los que siempre han oído hablar de ella pero nunca la han visto, ha llevado al naufragio a todos aquellos que se le han acercado. Abierta y generosa, Isa ha ensanchado los caminos de Jochenstein e incluso estuvo a punto de desviar el curso natural del Danubio, que no quería prescindir de ella ni mucho menos olvidarla. No hace falta pues buscar en la geología la explicación de la gran curva que forma el río pocos kilómetros más abajo, delante de Schlögen. Isa es la fuerza más sutil de la naturaleza porque sabe oponerse a la fuerza brutal de la inercia de las aguas. Los que la han querido ir a conocer han tenido que mojarse y aguantar la respiración hasta que les ha sido imposible resistir. A lo mejor Isa y su hermana Lorelei son las grandes administradoras de todo lo sobrenatural que tienen los ríos.

Por eso los marineros las temen y hacen sonar sus sirenas cuando pasan de puntillas por su reino. Prefieren vivir en la incertidumbre de quererlas que comprobar que, cuando ellas quieren, nos pueden dejar sin agua, sin mitos, sin silencios, sin la danza de las ranas, sin los ojos sabios de los puentes y sin el reflejo de Narciso, aquel personaje mitológico que, dicen en la escuela, murió al querer darse un beso de tan enamorado que estaba de su propia imagen reflejada en el espejo del agua. Si fuese verdad que Isa y su hermana Lorelei no existiesen, tendríamos que buscarlas en una mesa de pescadores guiando los barcos del Danubio o el Rin con un teléfono móvil desde donde murmuran a sus capitanes pequeñas guarradas que les hacen perder el timón.

A lo mejor Helena era la tercera ninfa de los grandes ríos europeos, un espejismo inspirado en aquella leyenda universal del conductor que, una noche de lluvia y niebla, recoge a una bella autoestopista que le pide que la lleve al pueblo próximo. Al llegar a un punto determinado del trayecto, la autoestopista aconseja al conductor que vaya despacio porque la curva es muy cerrada y el suelo resbala. Pasado el peligro, el conductor quiere agradecer el oportuno consejo sin el que probablemente habría caído al barranco, pero la chica ha desaparecido del asiento de atrás. Al llegar al pueblo, cuando intente denunciar la desaparición incomprensible de su pasajera, le informarán de que se trata del fantasma de una chica que hace muchos años murió en aquella curva y que ahora, en las noches de lluvia y niebla, se aparece a los automovilistas para evitar el accidente. Ésta es la historia que se cuenta en todas las carreteras del mundo. Y Helena sería la versión fluvial. Ni los yogures de frambuesas, ni los paseos por Francfort, ni el bigote rojo de Goethe habrían existido. Qué bien viviríamos los viajeros sin esas mujeres de agua, de muelle o de tierra que nos animan la cinta de la vida con apariciones repentinas y desapariciones incomprensibles. Pero vuelve a ser de noche y ya son dos desde que Helena huyó. Mi madre está en cubierta y toca un nocturno de Chopin mientras Pier y yo jugamos a las cartas. Pierdo todas las manos y no me importa mucho. Otra pérdida, la de mi primera amiga, empieza a crecer y me está vaciando el río, el proyecto y la memoria.

Las maniobras para atracar la *Katja et Margueritte* en el importante puerto de Linz han sido más complicadas que si se hubiese tratado de un puerto de mar. Es verdad que un puerto es una construcción para proteger las embarcaciones del agua. Pero los puertos marítimos tienen una atmósfera peligrosa, como si se tratase del último escalón antes del infinito. Los viajeros de un puerto fluvial nunca piensan que aquél será su último viaje. En los puertos de mar, la vida viaja en la maleta y el barco es otro universo. Cuando la gente saca el pañuelo para despedir a los que se van río abajo o río arriba, el pañuelo siempre vuelve seco al bolsillo. En los puertos de mar, el pañuelo suele humedecerse, y no por cuestión de clima.

Linz nos espera porque tenemos que depositar aquí un gran piano de 1856. En realidad, mamá me ha dicho que lo venimos a restituir porque durante muchos años formó parte del patrimonio de los Habsburgo, que poseían en Linz el castillo que preside el lado derecho de la ciudad. El piano, una vez descargado, será llevado a la Brucknerhaus, una especie de museo dedicado a la figura de Antón Bruckner, que fue organista de la catedral de Linz antes de empezar a triunfar con sus sinfonías románticas. Parece ser, pues, que tenemos un día de fiesta, porque las maniobras de estiba y desestiba del instrumento van a cargo de los mozos de cuerda de la ciudad y lo único que Pier y mi madre tienen que hacer es quedarse en la barca viendo cómo los demás trabajan. Tengo tiempo, pues, de pasear y tapar el agujero de la ausencia de Helena. En Linz hace sol y las fachadas de las casas tienen los colores pastel de todas las Disneylandias. Me he llevado una libreta para simular que escribía algo, pero me he quedado con las hojas llenas de dibujos sin sentido. Me he sentado en un banco delante de una encrucijada de calles bastante transitadas y he ido contando los segundos que duraba el verde y el rojo de los semáforos, los coches que pasaban cada vez, la cantidad de pitidos que podía dar un guardia urbano en un minuto. Después de tantos días navegando entre el silencio de las aguas, se echa de menos el ruido de las ciudades llevadas al límite.

De vez en cuando una camioneta con altavoz convocaba a la gente no se sabe a qué acto. La camioneta debía de seguir un itinerario preciso, porque cada cuarto de hora volvía a pasar por el mismo semáforo. Una de las veces que se ha detenido se me ha acercado un chico y me ha dado un pliego de hojas de propaganda. Indiana Jones y todas las películas de guerra me han enseñado el significado de la esvástica. He guardado la propaganda nazi y he vuelto a encontrarla impresa en un prospecto turístico de la ciudad. Desde el balcón del Ayuntamiento de Linz, el propio Hitler prometió por primera vez un Tercer Reich alemán que duraría mil años. Cuando se quiere decir que una cosa es importante, siempre se le auguran mil años de vida, pero la gente común, que sabe que los únicos años que cuentan son los que podrá vivir, acaba haciendo imposibles los sueños de eternidad. De los nazis, en Linz, sólo queda el puente sobre el Danubio, un puente que se llama precisamente «El puente de los Nibelungos». Y los nuevos nibelungos ahora van en camioneta y, en lugar de prometer mil años de no se sabe qué, se limitan a convocar una manifestación contra los trabajadores extranjeros. Me pregunto: ¿cómo llega uno a ser nazi? ¿Qué extraña fascinación por los uniformes hace que cada día sean más? ¿Cómo se puede vivir en la convicción de que los buenos son unos y los despreciables los demás?

Las ciudades ya no son de color pastel como las fachadas de Linz. Las ciudades se llenan de carteles de colores chillones, de pieles que vienen de lejos, de músicas que suenan cálidas como el sol de los pequeños sures y que se escuchan bajo la niebla helada de los grandes nortes. ¿Quién puede detener la confluencia de tantas cosas que están ya mezclándose a cada minuto en las pantallas? Lo dice Pier cuando habla de estos tiempos: «Es muy fácil convertir un acuario en una sopa de pescado. Lo difícil es convertir una sopa de pescado en un acuario». Cuando Pier se pone a hacer de profesor, callo, escucho y le quiero, y pienso que todos hemos tenido un poco de suerte de encontrarnos y gustarnos. Por esta suerte, mi madre, Pier y yo éramos peces diferentes del gran acuario del mundo y, poco a poco, hemos ido tomando el tacto, el sabor y el olor de una sopa reconfortante.

He vuelto a ver la camioneta del altavoz y de los nazis mal aparcada en una callejuela que lleva a la gran plaza del mercado. Más allá estaba la policía, pero no era una policía de aquella que ayuda a las viejecitas a cruzar la calle. En una ciudad de crema, los gritos suenan como un pinchazo en la oreja. Un grupo de hombres se ha puesto a cantar con el brazo en alto. Con los ojos

cerrados se podía apreciar una extraña armonía del cántico. Siempre me han dicho que los pueblos germánicos tienen una capacidad especial para el canto coral. Lo demuestran en los estadios de fútbol o en las fiestas de la cerveza, cuando las multitudes arrastradas por la pasión o el alcohol consiguen que todo suene razonablemente bien. Pero bastaba abrir los ojos para ver que la armonía de los cánticos contrastaba con la fealdad de las facciones y la ira del gesto. Pronto una electricidad antigua ha cubierto la plaza de Linz. Las manos de los policías empezaban a mover los dedos alrededor de las porras y entre los cánticos se oía el ruido de las puertas metálicas de las tiendas que cerraban para defender sus escaparates. El alma del tendero siempre se encuentra cristalizada en las lunas de sus escaparates y sabe que una piedra en ellas hace más daño que un voto equivocado. Uno de los nazis ha subido al pedestal de un monumento barroco dedicado a la Santísima Trinidad y se ha puesto a hablar a voz en grito. A mi lado una pareja de turistas iba traduciendo palabras aisladas de lo que salía del embudo del megáfono: Austria para los austríacos, expulsión inmediata de turcos, eslavos y otros extranjeros criminales, necesidad de un gobierno fuerte, del orgullo de la patria y de romper con una Unión Europea que se dejaba tomar el pelo. En un momento determinado, el líder se ha puesto a hablar de las nuevas generaciones y del futuro que les esperaba a los más jóvenes. Su mirada se ha cruzado con la mía y, de pronto, he notado que unas manos me agarraban por detrás y me subían al lado del orador. Media plaza estaba ya llena de simpatizantes y me he encontrado sirviendo de atril al hombre del megáfono. Ya no tenía quien me tradujese su exaltado discurso, pero era fácil imaginarlo. Yo era la marioneta que él necesitaba para argumentar la deseable Europa limpia y purísima que seguiría al cierre de las fronteras. Me ha entrado miedo al mirar una a una las caras de los que me aclamaban. Para sentirse algo necesitaban la certidumbre de la cuna, y ellos no sabían que yo estaba allí por error pero también por terror. Incapaz de saltar del escenario improvisado, he sentido en mi nuca la garra de un desconocido demasiado conocido. No sabía quién era, pero conocía la fuerza y la arbitrariedad de aquella mano cerrada, más destinada a aplastar que a encajar. Al terminar los últimos gritos me he visto deslumbrado por la luz del *flash* de los fotógrafos. Todos se han puesto a cantar otra vez y yo he tenido que simular que cantaba con ellos. He sentido asco cuando el líder me abrazaba entre los aplausos de sus compañeros. Luego ha ido todo muy deprisa. Siempre sujetado por el orador, hemos bajado del pedestal y hemos empezado a andar a paso ligero hacia el lado de la plaza que desemboca en el puente. Me ha parecido ver que había nazis armados con

palos. Algunos se ponían pañuelos en la cara, y en las aceras había gente que aplaudía y otros que silbaban. Delante de nosotros la policía había formado un cordón de protección que nos separaba de otro grupo de personas que nos abucheaba. Nos hemos detenido a un metro de los policías y allí, con el brazo en alto, hemos vuelto a cantar lo que parecía un himno de combate. Detrás de ellos se veía otro tipo de facciones: gente de pelo negro y rizado, de piel oscura, de vestidos multicolores, gente vestida con el mismo miedo con el que tuvieron que nacer, acurrucados bajo pancartas tan antiguas como la evidencia de la igualdad entre los hombres. La canción de los nazis se ha detenido de pronto y un silencio de niebla se ha instalado durante unos segundos en la plaza. Yo iba mirando al suelo en busca de una posibilidad de huir, pero el líder nazi me tenía todavía agarrado por la nuca y me usaba de escudo ante la posible carga policial. Yo ya no era yo, era simplemente cuerpo. Ni siquiera era cuerpo, era simplemente un saco de carne, pero de cañón.

Entonces la he visto. Y también he visto que ella me había visto. Estaba allí delante, del brazo de un negro altísimo y de una mujer asiática. Alguien ha dado un grito detrás de nosotros y un objeto brillante ha pasado volando por encima de las cabezas de los policías. Un estropicio y una llamarada, silbidos, gritos de dolor y sacudidas. La policía ha roto la hilera de los nazis y yo me he podido liberar de mi secuestrador. Un golpe de porra me ha lanzado al suelo. Me he vuelto a levantar. Volaban más botellas inflamables. Una silueta intentaba apagar el fuego que le había prendido la ropa y el pelo. Nadaba en una tempestad de cuerpos y me sentía como un naufrago gastando las últimas oportunidades de respirar. Había visto a Helena y ahora no la encontraba. Entre las llamas que se reflejaban en un coche policial, me ha parecido ver a uno de los nazis que estaba a mi lado durante el discurso persiguiendo a un grupo de inmigrantes con un bate de béisbol. Cuando los tenía arrinconados contra un muro dispuesto a descargar, me he puesto a su lado, me ha reconocido y, mientras con una mano le quitaba el bate, con el pie le he dado una patada en la entrepierna. Se ha doblado y he entregado el bate al negro que iba con Helena. «*Thank you*», me ha dicho. «*And the girl? Where is the girl?*», le he preguntado. Y el negro ha pasado de mí diciéndome que en esta batalla no importaba nadie en concreto sino la fuerza de todos. No era momento para discusiones filosóficas. El nazi de la patada se estaba recuperando y me señalaba desde lejos. Cuando he empezado a correr para huir hacia el puerto, he oído que alguien, desde el suelo, me tendía la mano y

decía: «¡Sácame de aquí! Me duele mucho la pierna». Helena herida y recuperada. Helena que había visto que yo estaba en su mismo bando. Helena que confiaba su vida a la mía. Helena que había sido el primer testigo de mi primer gesto de valor. «Ven conmigo. Volvamos al barco». El puente de los Nibelungos era la única vía de salida. Hemos corrido entre los coches parados por el atasco y nos parecía oír cada vez más cerca los gritos de los que nos perseguían. Venga, venga, Helena, no es momento de que te duela nada. Delante de nosotros, el río, tan amenazador, nos ofrecía el único camino para volver a casa. «¡Salta!», le he dicho señalándole uno de los bancos para enamorados que hay entre las barandillas de piedra. El más rápido de todos ya nos alcanzaba. «¡Salta de una vez!». Me he girado de pronto con el puño cerrado, he cerrado los ojos y he sentido en los cuatro dedos de la mano derecha el dolor y la satisfacción de unos dientes que se rompían. En el suelo, el nazi se tapaba la boca llena de sangre entre gritos de dolor. He subido a la barandilla donde todavía estaba Helena dudando: «¡Te he dicho que saltes! ¡Dame la mano y saltemos!». Mientras los nazis gritaban desde lo alto del puente y yo caía al río de la mano de Helena, he pensado que nunca más en la vida podría volver a volar tan alto.

Las aguas del Danubio son frías y sorbedoras. Los zapatos me pesaban, pero la mano de Helena tiraba de mí hacia la superficie. Nunca he sido un gran nadador y, mientras buscaba el aire que no acababa de llegar, he temido no poder resistir la fuerza de la corriente. Al fin y al cabo, los suicidas se lanzan a los ríos porque saben que un río caudaloso es una garantía de éxito para sus propósitos. No era el momento de morir. ¡Qué alegría da poder respirar mientras el agua nos aleja del peligro de los hombres y nos transmite tranquilidad sobre nuestro propio peligro! Los embarcaderos de Linz sobresalen de la orilla derecha y forman una pequeña sucesión de pequeños puentes por donde los viajeros suben a los barcos turísticos. Lentamente, ella y yo, como si fuésemos el barco más pequeño de la humanidad, hemos ido derivando hacia la orilla, primero a la velocidad de los troncos, luego a la velocidad de los cisnes, y finalmente hemos salido del agua con el paso pesado de las ranas. Entonces se ha puesto a llover y, mientras todo el mundo corría a guarecerse, Helena y yo, echados sobre la hierba, reíamos con la alegría de quien se sabe vivo e indestructible. Hemos estado así un buen rato mirando el cielo y contando las gotas que nos caían sobre la piel magullada por la batalla. Cuando por fin nos hemos levantado para volver a la paz de

nuestra casa flotante, me he dado cuenta de que hacía mucho rato que su mano estaba dentro de la mía.

Es bonito llegar a casa y encontrártelo todo exactamente como te gustaría encontrarlo. Lo único que quieren los mayores es orden y afecto. Yo hoy sólo quería encontrar el afecto en la ausencia. Una nota encima de la mesa del comedor de la *Katja et Margueritte* que dijese: «Guillem. Estamos en la Brucknerhaus porque la Fundación también ha organizado un cóctel para celebrar la llegada del piano. (¿Qué quieres que te diga? Empiezo a estar un poco harta de tanto cóctel). Llegaremos hacia las 10. Te he dejado unos *schnitzel* buenísimos por si te los quieres calentar en el microondas. Si no te los quieres calentar, da igual. Fríos también son muy buenos. Mamá». Pues ésta es la nota que había encima de la mesa, lo que nos ha permitido a Helena y a mí saludar a Spy con la alegría de los supervivientes, cambiarnos la ropa mojada por la seca, darnos una buena ducha e incluso recurrir al botiquín de primeros auxilios para comprobar que el morado de la pierna de Helena no es gran cosa, que mis heridas del puñetazo se curarán solas con unas gotas de mercromina y de heroísmo y que los *schnitzels* fríos son el mejor plato del mundo cuando el espíritu todavía está hirviendo.

Acurrucados en el escondite de proa hemos dejado que las cosas fuesen poniéndose de nuevo en su sitio: las mantas, los yogures de frambuesa, el sueño atrasado, las inquietudes por su ausencia, su ausencia. Había bajado en Passau porque intuía que habría problemas en la aduana fluvial. Me lo habría dicho, pero yo no estaba. Me lo habría hecho saber, pero embarcamos muy aprisa y ella nos había visto irnos desde lejos. No le costó mucho tomar el tren, vigilando en todo momento la presencia de los revisores. Una vez en Linz, había leído la fecha de la llegada del piano y tenía pensado reembarcar hoy. El enfrentamiento con los fachas no estaba previsto, pero ¿se puede asistir tranquilamente a la exaltación de los que sólo saben ser fuertes con los débiles pero a la hora de la verdad siempre se muestran débiles con los fuertes? Nos hemos dicho buenas noches demasiadas veces como para podernos dejar. He encontrado el pretexto telemático: «Hace días que no miro la pantalla. A estas alturas ya debe de haber mucha información sobre tus

abuelos y sobre el destino final dei Gorodis». Helena ha tomado mi mano herida y me ha dado un beso en cada uno de los nudillos. «Es la primera vez que alguien se pelea por mí». «Es la primera vez que me peleo», le he dicho. «Pues has elegido bien a tus primeros enemigos». Y yo he pensado que lo que había elegido bien no era tanto a mi primer enemigo como a mi primera y desconcertante amiga.

Hemos zarpado al alba. Tan pronto que el río casi parecía dormido. El motor de la *Katja et Margueritte* retumbaba por las orillas y los pájaros se iban elevando a nuestro paso. Los coches de los caminos todavía iban, como nosotros, con las luces encendidas. Con Pier no nos hemos dicho más que un buenos días más o menos cordial. No es hombre de grandes conversaciones, pero por la mañana la elocuencia de Pier se limita a unos cuantos bufidos y gruñidos que intentan ahuyentar el sueño. Mientras persistía el resplandor de las estrellas, me ha hecho ir a proa para hacer de vigía por si teníamos que esquivar algún tronco que flotase en el agua. Me he abrigado bien para resistir el viento y entonces he visto que, verdaderamente, Pier tenía prisa. Entre la corriente favorable y los motores, la barca debía de desplazarse a unos quince kilómetros por hora. Por fin, en una hora y media, con un sol tangente que apenas intentaba asomar la nariz por las montañas de Wachau, Pier ha reducido las revoluciones de los motores y, virando lentamente hacia la orilla izquierda, ha entrado en un pequeño puerto donde se balanceaban apenas media docena de barcos turísticos. Hemos amarrado en silencio y entonces he visto que mamá salía de la cabina vestida y arreglada, con el pelo recogido debajo de una boina y una chaqueta azul marino cruzada. Pier ha desembarcado poco después. Se había quitado el jersey de cuello alto y llevaba una americana rústica y una camisa que lo rejuvenecía. «¿Vienes, Guillem? Sólo estaremos una hora fuera, pero me gustaría que vinieses». Ni siquiera ha hecho falta que respondiera.

Donde sea obligado ir, mejor ir. Una pregunta inoportuna sobre el destino o los motivos puede parecer condicional y, si a mi madre le gustaba que fuese, seguro que sabría dónde y por qué, y no había necesidad de estropearlo. Los comercios del pueblo iban abriendo sus puertas como debían de haber hecho siempre. Casas con grandes piedras de granito traído seguramente de las canteras del monte cercano. Algún coche arrancaba, se oía el tintineo de las botellas del lechero, el aroma de cruasanes y *bretzels* todavía calientes, el primer piar de canarios y jilgueros. Pier y mi madre, callados, iban a buen

paso siguiendo las indicaciones de «KZ-Gedánkstátte» que nos llevaban hacia arriba de la montaña. Al llegar a la última casa, el cartel con el nombre del pueblo nos daba la espalda para informar a los automovilistas que entraban en dirección contraria a nuestra marcha. Al superarlo, me he girado para saber dónde estábamos. «Mauthausen», he leído. Y sólo entonces mi curiosidad ha podido más que la discreción. «¿Qué hemos venido a hacer aquí?», he dicho en voz alta. Y antes de que mi madre o Pier me contestasen, la herida de mi mano derecha me ha respondido con una punzada penetrante.

Entre 1938 y 1945, más de ciento veinte mil personas murieron en el campo de concentración nazi de Mauthausen. Una larga escalinata de bloques de granito y los barracones de madera son la huella real de uno de los primeros miedos que nos embarga con el uso de razón, que no es otro que la destrucción de la razón en manos de la violencia. Un abuelo de Pier murió en ese campo porque apareció su nombre en una lista de la Resistencia belga poco después de la invasión alemana. Si no hubiésemos pasado por aquí, es probable que nunca hubiera sabido nada de la familia de Pier. Le miro mientras piensa delante del monumento que preside el recinto. O puede que no sólo piense. Quizás está rezando, porque sólo en sitios como éste tiene sentido hablar con Dios para preguntarle los motivos por los que toleró tanto sufrimiento. Hoy he percibido el olor de la muerte amarga de la desesperanza. Es un olor que perdura más allá de los años y se mete en la nariz hasta instalarse en los lagrimales. No he hallado palabras para decir algo que fuese realmente más importante que lo que veíamos. Me ha parecido ver de lejos a Helena, guiándome como Beatriz a Dante por el infierno. Ella es la que me hace mirar todo lo que veo con ojos de adulto. Ahora se acerca sin decir nada a un monolito escrito en catalán. Muchos catalanes vinieron a morir aquí y mi madre y yo nos hemos detenido ante la piedra en la lengua común que nos une a unos desconocidos que conocieron el mismo paisaje que nosotros. Porque en este lugar no hay más parentesco que el de la gran familia humana ni dolor más penetrante que el de no tener la certidumbre de que tragedias como ésa no se repetirán jamás. Pier ha mirado el reloj para saber si era ya hora de irse, pero se le había parado. Sólo ha vuelto a funcionar cuando hemos subido otra vez a la gabarra para seguir el rastro de los honores y los horrores, de la civilización y la autodestrucción. He dado un par de golpes a la escotilla de Helena. Me ha contestado con tres golpes. Me he girado hacia

Pier y, desde proa, le he gritado: «¡Ya podemos zarpar, Pier!». Y él me ha mirado con una sonrisa de cómplice, como de capitán viejo a capitán joven.

Hemos ido desarrollando un sistema para que Helena pueda bajar de la gabarra sin tener que esperar a que mi madre y Pier se vayan. En su habitación hay un despertador que hace un ruido insoportable. Si se manipula el despertador, suelen ir los dos a ver qué pasa. A Helena le bastan cuatro segundos para salir y saltar al muelle. La entrada es un poco más difícil, pero basta con dejar caer una botella de agua en el pasillo para que Pier o mi madre me ayuden a fregar con la mirada bien concentrada en la bayeta y el cubo. Paso por ser un poco más patoso que habitualmente, pero mi madre dice que me están creciendo los brazos y las piernas y que todavía no sé qué hacer con ellos ni conozco todavía las medidas de mi propio cuerpo.

Nos hemos detenido en Melk a media tarde. Mi madre ha vuelto a decir que la nevera parecía ya tan sólo una nevera y que no sabía cómo salía de ella toda la comida que entraba. Ya tenían la Triumph en el muelle y se han ido al supermercado. Cinco minutos después, Helena y yo subíamos por un camino sombreado que nos ha llevado delante del puente que da acceso a la imponente fachada de la abadía benedictina de Melk, un edificio barroco enorme que al caer la noche adopta tonalidades anaranjadas y blancas entre sus dos torres. Casi todas las religiones necesitan subir unos metros más arriba, como si las creencias a ras del suelo no bastasen. Desde los monasterios budistas hasta las pirámides mayas o las basílicas cristianas, los administradores de Dios no quieren que su presencia sea evidenciada por el paisaje sino que debe condicionarse éste a la arquitectura para que los dioses, que a criterio de los sacerdotes deben de ser unos despistados, sepan dónde pueden ir a pasar la noche. «¿Tú crees en Dios?», me ha preguntado Helena. Y, de pronto, me he encontrado con una sensación contradictoria: estábamos entrando a un templo enorme a la hora de las vísperas. Desde el coro bajaban voces blancas que nos envolvían. El sol de la tarde se rompía en los mil colores de las vidrieras y convertía a los pocos visitantes en piezas de caleidoscopio. Era evidente que allí dentro no podía pasar nada malo y que una extraña felicidad interior iba arañando las reservas de la emoción. «No sé

si creo», le he dicho. «Pero me gusta estar aquí». Helena caminaba por el pasillo central e intentaba no pisar las juntas de los ladrillos de la gran nave. Se me ha acercado y me ha empujado para que nos sentásemos en uno de los bancos: «También nos gustan los sueños bonitos, y sería mejor no creer en ellos. Y nos gusta beber cerveza, pero al día siguiente queremos volver a beber agua. Se cree en Dios cuando ya no tenemos motivo para creer en nada más. Dios es una rueda de recambio para cuando no podemos seguir». He mirado a Helena otra vez bajo la luz celestial y la música benedictina y casi parecía una mujer piadosa en el trance de hacer examen de conciencia. Era el típico ambiente que le provocaba ganas de travesuras. Me la podía imaginar como unos días antes en lo alto del Walhalla, cambiando las imágenes de sitio, metiéndose dentro de los confesionarios o provocándose un llanto dolido e inquietante en plena ceremonia de una boda que en aquel momento tenía lugar en las capillas laterales. Pero ahora los músculos de Helena se habían reblandecido. Había dirigido la mirada más allá del gran retablo barroco que se elevaba bajo la cúpula y, dándome un par de palmadas en la pierna, me perdonaba: «Puedes creer lo que quieras. No tengo derecho a decirte lo que tienes que sentir. Si te gusta estar aquí, quedémonos».

Crecer también es irnos respondiendo el porqué de las cosas. ¿Por qué no había podido responder a una pregunta que siglos antes me habría llevado a la hoguera? Cuando voy a Barcelona, mi abuela me hace rezar. Ahora no, pero cuando era más pequeño me hablaba del cielo y de Adán y Eva, que habían sido expulsados del paraíso. Recuerdo que yo le preguntaba qué era el paraíso, y ella tampoco me sabía responder, quizás porque la gracia de los paraísos no es conocerlos sino imaginarlos. Seguramente para mucha gente aquella abadía de ventanas claras y jardines tranquilos había sido el paraíso. Pero, para otra gente, los paraísos debían de ser más pequeños y domésticos. «Los paraísos no tienen nada que ver con Dios. Los paraísos se los hace cada uno a su medida y con su propio esfuerzo». Cuando Helena toca el punto débil va hurgando en él hasta que tienes que decir basta. «Las pequeñas alegrías de cada día, sumadas, son el resultado de creer en uno mismo. ¿Por qué se ha de esperar toda una vida de renunciadas y angustias a cambio de un paraíso del que nadie ha regresado?». Las últimas palabras han resonado bajo los arcos barrocos de la abadía. La coral había interrumpido el canto de vísperas y a las pocas personas de Melk les había entrado esta pequeña prisa monacal formada por pasos que van de un sitio a otro con recorridos precisos

y movimientos exactos. Helena se iba. «Venga, pues. Quédate solo con tu Dios. Y, cuando estés solo, pregúntate si todavía te encuentras tan bien aquí». A veces Helena es incluso un poco cruel. Mientras oía cómo cerraba la inmensa puerta de la iglesia, he pensado en esta dificultad de las personas de alegrarnos por lo que alegra a los demás. Nunca me había planteado si dentro de una iglesia se está bien o mal, pero ella marca terreno como los perros y también ha querido decir que su reino no es de este mundo. Ella manda y yo todavía no sé ni poner en fila india todo lo que pienso, si es que realmente pienso algo. En pocos minutos, el resplandor de Melk se ha convertido en oscuridad. Se me ha acercado una sombra para decirme algo en voz baja que he interpretado como una indicación de que estaban a punto de cerrar. Fuera, Helena me esperaba contemplando el paso imponente del río. «¿Sabes? La gente que se tira al agua para morir no lo hace porque no se entienda con Dios. Los que se tiran al río lo hacen porque no se entienden con ellos mismos. No están desesperados porque hayan perdido el cielo. Están desesperados porque han perdido los pequeños cielos de cada día. Por cierto, ¿hay yogures de frambuesa en la nevera?». Le he preguntado si para ella el cielo de cada día es un yogur de frambuesa. «El cielo debe de ser aquello que cuando tienes mucho aún quieres más. En este caso, mi cielo es un yogur sin fondo». Hemos bajado de la abadía corriendo. Por todas las gárgolas del edificio goteaban las últimas campanadas de la tarde.

Mientras el Danubio pasa de largo, el canal que lleva a Viena se abre a estribor y las gabarras se mezclan al mismo nivel con los tranvías y los landós cargados de turistas. A la izquierda, la gran noria del Prater y, a la derecha, la aguja afiladísima de San Esteban. De todas las ciudades que hemos atravesado, la entrada a Viena es la más emocionante. Todo el mundo ha pasado por Viena, y yo no había estado nunca. Cuando atracamos, lo hago todo a la carrera. Tengo ganas de pisar ciudad, de poseer ciudad, de tomar la guía de Viena que Pier lleva en la maleta y subir a un tranvía que me dé vueltas por el *Ring*. De Viena conocemos más el aroma que la textura. Viena debe de ser la ciudad que huele a panecillo recién salido del horno. A lo mejor Viena es la capital del cruasán si tenemos que creer la historia que nos habla de que el cruasán fue concebido por los panaderos vieneses para celebrar la derrota definitiva del ejército turco que durante años se instaló a las puertas de la ciudad. La media luna de los estandartes turcos batiéndose en retirada habría inspirado la forma del cruasán y habría concedido a los vieneses no

sólo la satisfacción de haber vencido al enemigo sino, además, el simbolismo de comérselos mojándolos en el chocolate todas las mañanas. «Para mañana por la mañana quiero cruasanes», he dicho a mamá. Y la sonrisa de mi madre, contenta como todos de estar en Viena, parecía realmente un cruasán horizontal.

Hemos llegado unas horas antes de lo previsto y hasta mañana no descargaremos un clavicémbalo que la Fundación dona a los Wiener Singerknaben, es decir, a los famosísimos Pequeños Cantores de Viena. Mañana es domingo y, como todos los domingos, cantan en la Capilla Imperial. Al acabar, una delegación de los Cantores vendrá al muelle a llevarse el clavicémbalo para trasladarlo a su sede del Palacio de Augarten. Pier me dice que no habrá mucho bullicio. Un clavicémbalo, aunque sea muy antiguo, es poca cosa comparado con la enorme vitalidad musical de la ciudad. Precisamente en Viena, el concertista Paul Badura-Skoda conserva una de las colecciones de pianofortes más importantes del mundo. Pero la donación a los Pequeños Cantores es acaso más oportuna. He recordado que durante un tiempo, a raíz de una película que en España se titulaba *Casi ángeles*, sentía la humana sensación de la envidia por las aventuras de los niños de voces claras que poco a poco iban descubriendo que el cambio de voz los apartaba del grupo. Creemos que el cuerpo nos pertenece, pero en realidad va a su aire. Nos cambia la voz, nos sale pelo, sentimos extrañas vibraciones al tacto y la imaginación se va poblando de nuevos deseos. Mientras sólo somos niños nos gusta soñar con aventuras imposibles. Pero hacerse mayor empieza a ser una realidad cuando sabemos que, de todas las aventuras que imaginamos, hay algunas que ya no son completamente imposibles.

Pier y mamá ya me habían avisado de que, cuando estuviésemos en Viena, querían ir a cenar solos. Cosas de aniversarios privados que ellos deben de saber. La vida de dos personas está llena de aniversarios y de lugares que no coinciden con los aniversarios forzados de la biología. Ésta es la diferencia entre la historia y la memoria. La historia siempre es de dominio público. La memoria, en cambio, es un tesoro individual que, de vez en cuando, tiene que limpiarse con un trapo y darle lustre para sentirnos contentos de lo que recordamos. El hecho es que ellos se van y a mí me dejan en custodia de todo lo que se ve en la barca. Y también, afortunadamente, de todo lo que no se ve y que sólo yo sé. No hace falta que le abra la puerta para

que Helena sepa que estamos en Viena y que la tarde es larga. Mientras yo viajo rozando el agua, Helena viaja más allá de las nubes. Ella no había estado nunca en Viena, pero conoce la ciudad por las fotografías y los mapas que ha estudiado. Helena tiene planes: «Esta noche iremos a la ópera y a cenar». Sé que disponemos de poco dinero. Generalmente, mis padres me dejan algunos billetes, pero hoy, aturdidos por las prisas, no lo han hecho. «¿Dinero, dices?». Helena nunca habla de dinero. Parece como si para ella la vida fuese una excursión al Edén, aquel lugar donde según la Biblia bastaba con alargar el brazo para tomar una fruta o meter la mano en el río para pescar un pez.

Mis padres se han ido vestidos con camisa y vaqueros, y Helena me ha pedido que la acompañara al armario para buscar un traje especial que por lo visto hay que ponerse para ir por Viena. Lo de abrir el armario de la cabina de mi madre todavía no lo había hecho nunca. Estar allí con Helena me provoca un nerviosismo extraño, como si de un momento a otro una voz detrás de mí pudiese dejarme helado no por estar acompañado de una desconocida sino por estar hurgando en un armario que no me pertenecía. Es posible que en la vida tengamos que tender a conseguir que todo sea de todos, pero hay cosas que nos gusta tener sólo para nosotros. Por eso se han inventado los armarios y los cajones, que son las verdaderas cajas fuertes de las cosas que queremos. Ella ha elegido el vestido que mi madre se pone para asistir a las recepciones de la Fundación. Pier sólo se ha traído una americana y una corbata. No le gustan estas cosas, ni a mí tampoco. Pero ¿hay alguien que se pueda resistir a la determinación de Helena? La americana de Pier me cae grande por todas partes, pero ella dice que no se nota. Por las buenas o por las malas me ha hecho el nudo de la corbata y, cuando me he mirado al espejo, me ha parecido que iba disfrazado de sepulturero. Lo importante, sin embargo, no era cómo iba vestido yo, porque en los primeros pasos me he dado cuenta de que lo verdaderamente importante era ir al lado de Helena. ¿Para quién nos vestimos, al fin y al cabo? He recordado las noches que mamá se vestía para ir a cenar con Pier. Cuando venía a decirme adiós pensaba que tenía una madre nueva e irreal que no tenía nada que ver con mi madre cotidiana y soñaba que se arreglaba para salir conmigo y que seríamos la pareja de madre e hijo más elegante de la ciudad. Y hoy, mira por donde, es Helena la que se ha vestido para mí. Con ella a mi lado parezco mayor, la americana me va a

medida y la corbata no es un trapo colgado del cuello sino un punto de admiración sobre el pecho.

Hoy no hemos corrido. Hoy hemos andado lentamente y no hemos hablado de juegos malabares ni de circo ni de su infancia, sino de la ópera que supuestamente íbamos a ver. Ella me ha contado el argumento mientras en Viena se encendían las luces de las calles y los cristales de los escaparates reflejaban la imagen de una chica de extraña belleza y de un chaval con una americana demasiado ancha y las manos en los bolsillos. Precisamente al meterme las manos en los bolsillos he recordado que no teníamos dinero y que sin dinero no podíamos entrar en la ópera. Ella me ha dicho que un señor no habla nunca de dinero, y que una cosa es ir a la ópera y otra entrar. «La música siempre la tenemos al alcance, pero los teatros no son sitio para la música sino para la gente que ama la música. Ir a la ópera es un arte diferente al arte de la ópera». Helena me ha mostrado el edificio señorial de la Staatsoper y me ha dicho que me fijase bien en la gente, en los gestos de la gente, en miles de miradas imitadas, miradas que pasan a través de los cuerpos que no interesan y se depositan en los cuerpos realmente interesantes, en miles de besos que se dan sin que se acaben de dar y en miles de abrazos demasiado perfectos para poder ser reales. Hemos jugado un rato a hacer como los demás. Nos hemos separado para volvernos a encontrar entre la multitud y saludarnos efusivamente, hemos buscado con la nariz las nuca originarias de donde exhalaban los perfumes que más nos llamaban la atención, hemos tropezado expresamente con mucha gente sólo para poder excusarnos y oír la voz exculpatoria de los tropezados, hemos preguntado la hora a señores y damas simulando que la pareja con quien habíamos entrado a la sala se retrasaba, hemos gesticulado hacia la otra punta del vestíbulo como si acabásemos de ver a algún conocido, y así hemos podido contemplar la cara de tontos de tanta gente convencida de que los llamábamos a ellos. La vanidad es una selva divertida. En los vestíbulos de todos los teatros se representa la ópera sin música de la gran comedia humana. Han sonado los timbres que indicaban el comienzo del concierto. Helena, mientras la gente entraba en la sala, ha hablado: «Antes, para escuchar música era imprescindible ir a sitios como éste. Ahora sólo es imprescindible ir bien vestido para sentirse iguales entre iguales y al mismo tiempo diferentes de la mayoría». En el interior de la sala se ha empezado a escuchar la melodía de una obertura. «Vamos», ha dicho Helena. «Ya hemos estado en la ópera y nos

lo hemos pasado muy bien. En tiempos de tecnologías perfectas, la música se tiene que escuchar en disco, solo y en casa». Y ha añadido: «¿No es hora de ir a cenar?».

¡Cómo ríe Helena cuando se ríe! ¡Y cómo consigue que todas las ciudades sean nuestra ciudad! Me ha dejado en la calle pensando en las diferencias entre la fidelidad de un disco y la distinción de un palco y ella ha entrado en un café. He visto que rebuscaba en una guía de teléfonos, anotaba lo que probablemente era un número, pedía con la máxima educación una moneda para la llamada, marcaba y hablaba. Cuando ha salido del café, el cometa Helena volvía a acercarse a la tierra vienesa y yo me sentía cada vez más arrastrado por su cola. Me ha tomado de la mano y me ha dicho que teníamos mesa en el *Kaisershof*, «el restaurante de los emperadores», ahí es nada. «Aquí no será como en la ópera», me ha dicho. «Una cosa es escuchar música en la intimidad y otra pedir una *pizza* y comérsela también en la intimidad». Vaya, que a lo mejor es verdad que no hace falta entrar en la ópera. Pero a los restaurantes se ha de entrar. He vuelto a pensar en el pequeño problema del dinero que no teníamos y en cómo explicaríamos este pequeño problema a los emperadores del restaurante en el que Helena acababa de reservar una mesa para dos. Pero, como los señores no tenemos que hablar nunca de dinero, he pensado que los amos del restaurante probablemente serían unos grandes señores de verdad. Eso me ha parecido cuando nos han recibido en el *Kaisershof* y nos han llevado a nuestra mesa. En cuanto hemos llegado, me he sentado. «Primer error», me ha dicho Helena. «Tenías que haber esperado a que me sentase yo». Naturalmente, ha sido ella quien ha elegido los platos. He dejado que pidiese ella y a continuación he pedido lo mismo mientras pensaba en la manera en que hemos ido cambiando uno y otro desde aquella taberna de Francfort. El tacto del mantel era suave como los pétalos y el borde del vaso de cristal me hacía cosquillas en la punta de la lengua. Han llegado los primeros platos y de pronto he descubierto la fascinante formación militar que pueden adoptar todos los instrumentos de la mesa. No sabía por cuál empezar y Helena me ha dicho que era todo tan sencillo como empezar por los cubiertos de fuera y terminar con los de más adentro. Me ha caído una nueva advertencia cuando he intentado mojar pan en una salsa tal vez de mostaza. «No se debe mojar pan». «¿Y por qué no, si a mí me gusta?». La misma Helena que en la barca se comía el yogur sin cucharita, ahora establece las reglas de juego para que no me avergüence. «Muchas de las cosas que

hacemos no sirven para lo que nos gusta y en cambio sirven para que nos gustemos a nosotros mismos. Ir sucio no es peligroso para nuestra vida, pero nos lavamos para que los demás nos acepten. Comer con los dedos debe de ser cómodo, pero no nos sentamos a la mesa ni ponemos manteles bonitos sólo para comer. A veces en la mesa lo que menos importa es lo que comemos». Iba pensando en esta afirmación cuando Helena ha pedido la cuenta. Realmente, lo que más importaba en aquella mesa ya no era la comida sino lo que pasaría en los minutos siguientes. «Ve al baño y quédate cerca de la salida. Cuando te lo diga, echas a correr». Me temblaban las piernas y he empezado a sudar por debajo de la americana de Pier mientras simulaba que me entretenía en la contemplación de un cuadro antiguo. Una mujer bella de sonrisa enigmática y vestida como una reina que sólo podía ser la emperatriz Sissí. Mientras hablaba con Sissí para que nos sacase del atolladero, he visto que Helena se levantaba de la mesa y, con grandes muestras de cortesía, se acercaba a la mesa vecina donde una pareja de abuelos vieneses se aburría ante sus pasteles. Por los gestos parecía como si Helena quisiera recordar al hombre dónde se habían conocido y de qué. El mismo camarero que llevaba la cuenta la ha dejado sobre la mesa y ha acercado una silla a Helena para que se sentase a la mesa vecina. Desde lejos parecía todo tan natural que hasta el camarero, convencido de la coincidencia, se ha ido a atender otras mesas más alejadas. Ha sido entonces cuando Helena me ha mirado y ha hecho un gesto inequívoco: «¡Corre!». Yo he abierto la puerta y ella ha salido detrás de mí mientras oíamos a lo lejos los gritos y pasos cansinos de un portero viejo vestido de almirante que montaba guardia en la puerta del *Kaisershof*. «¡Corre más! ¡Ahora por el callejón de la derecha! ¡Crucemos el paso de peatones antes de que se ponga rojo! ¡Ahora mezclémonos con esta gente que sale del cine! Ahora no corramos más y tú quítate la corbata y dame la americana a mí». Cinco minutos después hemos llegado a un parque público y nos hemos echado sobre la hierba en un lugar apartado de las farolas. Helena se reía entre bufidos y yo me he tenido que levantar porque tenía un peso en la barriga y la cena me iba subiendo a saltos hasta la garganta. He oído que Helena cantaba una vieja canción rumana mientras yo, apoyándome en el tronco de un árbol, vomitaba la que había sido la cena más cara y más barata de mi vida.

Cuando era muy pequeño, las noches me daban miedo. Tenía pesadillas y, de madrugada, me despertaba pensando que el pasillo estaba lleno de monstruos, de caníbales y malas personas en general. Después, las noches se me volvieron amables y no encontraba la hora de irme a dormir y, antes de caer rendido a la evidencia del cansancio, imaginaba situaciones y conversaciones con personajes que me gustaban. Ahora ya no es exactamente así. Los personajes que me gustan se han reducido a un único personaje. Y no hace falta que haga ningún esfuerzo para imaginarme cosas. Mientras estoy enganchado a la pantalla hablando con mis amigos de lejos, ella se me pone en medio de los *e-mails*. Me gustaría poder decirles todo lo que me pasa, pero no sé cómo hacerlo ni es del todo prudente. La clandestinidad no es sólo esconder a las personas que no tiene que saberse quiénes son. La clandestinidad también es ocultar lo que estas personas nos hacen sentir, porque a veces un dibujo, una carta, un suspiro o una lágrima pueden ser el hilo por donde los demás lleguen al origen de los secretos. Esta noche, como tantas otras, he pensado en Helena después de dejarla bajo cubierta. He pensado en lo que me ha enseñado, en lo que hemos sufrido, en lo que hemos reído. Sobre todo en lo que hemos reído. Al fin y al cabo, la risa es el certificado de garantía de la felicidad. Reír es decir al mundo que estamos a favor. ¿A favor de qué? A favor de estar vivos, a favor de la gente que tenemos cerca y de la que conoceremos mañana. Cuando la gente ríe, la vida es más posible. Cuando alguien sabe reírse de sí mismo, señal de que podemos fiarnos, porque es alguien que no tiene miedo de sus propias carencias. Y cuando no hay miedo, tampoco hay motivos para hacer daño a los demás.

Pero es que, además de reírme con Helena, también me gusta la risa de Helena. Me gusta cómo me mira cuando se pone sabia y también cuando se pone traviesa. Esta noche, en el restaurante supercaro, la he contemplado mucho rato mientras separaba un trozo de pescado y se lo iba llevando a la boca. A veces ella también me mira y yo no puedo sostenerle la mirada. La

miro y mis ojos quisieran ser manos para abrazarla. Pero me da vergüenza abrazarla. Y cuando pienso en darle un beso de aquellos de cine, no sé qué dirá ni cómo acabará. Con Helena me lo paso muy bien jugando a hacer de mayores, pero no hace ni un mes que yo era pequeño y no sé qué hacer con las manos ni con los ojos ni con las palabras. Digámoslo todo. Todavía no sé qué hacer con todo lo que me está pasando ahí donde antes no me pasaba nada. Toda la tarde y toda la noche de hoy he estado lo que mis compañeros llaman empalmado y que en el lenguaje trascendente de los profesores de Naturales se llama tener una erección. Tanto prevenirnos contra la sexualidad y lo peor del sexo son los nombres que le ponen. ¡Qué extraños son los nombres que damos a nuestros órganos sexuales! ¡Qué extraños y groseros al mismo tiempo! Los maestros le llaman pene, un nombre ridículo que siempre me recuerda la palabra pena y que, como analogía, es más bien desesperanzadora y triste. Si salimos del pene profesoral vamos a dar a la polla coloquial, que no es precisamente una maravilla de palabra. Repetir unas cuantas veces la palabra vagina nos recuerda algún producto de limpieza, pero la palabra cono ya sólo es patrimonio de las interjecciones de deportistas nerviosos o maridos enfadados. Puede que no acabe de saber lo que me pasa porque no me gustan las palabras que debería usar para definirme. Tengo que decir, pues, que Viena ha sido para mí la ciudad de las erecciones. No siempre, porque Helena me obliga a hacer cosas que nunca había sospechado que llegaría a hacer jamás. Pero cuando no corremos ni sufrimos ni engañamos ni vivimos peligrosamente, entonces me sube una presión extraña por la entrepierna y me aturde.

Mis amigos hablan a menudo de masturbarse. De las pajas que se hacen, como dicen los más mayores. Que si dos y tres, y los más mentirosos dicen que cinco o seis. Empezar a ser hombre no debe de querer decir empezar a hacerse pajas sino empezar a exagerar sobre la propia condición de hombre.

Yo no sé cómo se hacen, las pajas. No me he hecho ninguna. Intentarlo en frío siempre me ha hecho sentirme idiota. Pero hoy algo me ha pinchado bajo las sábanas y me he bajado los pantalones del pijama. Mi digamos pene en las manos me producía una sensación nueva que no tiene nada que ver con la ausencia de sensación cuando voy al lavabo. Es un viejo instrumento que ahora quiere cambiar de utilidad. Lo he mirado con desconfianza y me he preguntado si era normal o más pequeño o acaso más grande que el de mis compañeros. Me he tocado. Arriba y abajo. Al cuerpo no se le piden más

manuales de instrucciones que los que quiere dar él mismo. Arriba y abajo y me ha ido invadiendo un extraño calor. No sabía qué me pasaría, pero todo era Helena dentro de mi retina, y su sonrisa y la fiesta de su escote. Helena, Helena, Helena. He oído un ruido en la pasarela y he pensado que por esta noche era suficiente, pero no podía. He seguido con el arriba y abajo y he ido sintiendo la necesidad de ir más deprisa, de apretar con más fuerza y, de pronto, una extraña espiral de placer o de dolor me ha recorrido el cuerpo y se ha ido hacia la noche en forma de espuma blanca. Me ha caído encima un gran abatimiento. No sé si estoy triste o estoy contento. Quiero creer que Helena ha estado conmigo este rato y que ella no lo sabe. De lejos llegan campanas de Viena y el pitido de los tranvías nocturnos. Son las cuatro de la madrugada y Pier mañana me despertará a las siete. Cuando eres joven y te haces pajas, el tiempo pasa volando.

@Andreu.

<Andreu> Guillem, ¿estás ahí?

<Gary> Hace días que lo llamo y no contesta.

<Andreu> Sé cosas del dichoso circo, pero siempre de antes de noviembre de 1991.

<Gary> Me he conectado con un tal Mircea (tirgumor@intel.rom) que recuerda el circo porque llevó a sus hijas en el 90. Dice que no era nada del otro mundo.

<Andreu> Tengo a una tal Eva que dice que vive en Praga y también te está buscando. Vaya, que tienes a todo el mundo trabajando para ti y tú desaparecido en un río. Seguiré conectado por si quieres decirme algo. Hoy estoy en casa de mis tíos ricos y ni notarán la factura.

Podríamos decir que cada barca es un mundo y que los mundos tienen momentos de preocupación y momentos de alegría. Desde que hemos salido de Viena, la *Katja et Margueritte* es un espacio para el bienestar. Todo el mundo está contento, o a lo mejor es que yo lo veo de manera distinta. Lo cierto es que incluso Pier, desde el timón, canta las canciones que suenan por la radio. Mamá ha salido esta mañana a cubierta muy repeinada y vestida con un conjunto de verano que ayer le compró Pier mientras paseaban. Está guapa mamá. ¿Lo está o lo es? Siempre me confunde el uso de estos verbos que, según los profes, distinguen la esencia y la existencia. El cielo es azul, decimos. Pero el cielo a veces está nublado. Decir «mi madre está guapa» presupone que sólo es un accidente de la belleza. Eso significaría que mi madre no es guapa, sino que lo está de forma casual y excepcional. Por eso nunca tenemos que acercarnos a una mujer, ni siquiera a nuestra madre, para decirle que está muy guapa. En todo caso le diremos que lo es, aunque para ello tengamos que mentir un poco. ¿Es que no podemos mentir por una madre? De vez en cuando mi madre se sienta al piano y lee las partituras como si quisiera ensayar una pieza concreta. Ni una nube. No hace calor ni tampoco frío. En la orilla derecha, Austria, país que pronto dejaremos. En la orilla izquierda, Eslovaquia, el país de los mil castillos. Dice mi madre que un tal príncipe de Metternich consideraba que donde se acababa la Rennweg, la famosa calle que atraviesa Viena, podía decirse que empezaba Asia. Es como si en el *hit parade* mental del príncipe de Metternich, Europa estuviese en primera división y Asia fuera una cultura de tercera regional. Pero a medida que nos acercamos a Bratislava, con su castillo —al que allí llaman *Hrad*— encaramado sobre el río, me imagino a Walt Disney paseando por estos parajes y copiando todas las torres, almenas, murallas y baluartes sobre los que basar sus historias de hadas y sus parques temáticos.

En Bratislava hemos batido el récord de rapidez en la descarga del piano, un J. A. Stein de cola entera con incrustaciones de plata labrada en los ángulos que destacaban sobre la madera de color granate oscuro. El puerto de

Bratislava es muy grande y está muy bien equipado para las gabarras de mercancías. Sin grandes ceremonias, ha subido a bordo una brigada de empleados municipales, han acercado la grúa y en un instante han izado la pieza sobre nuestras cabezas hasta depositarla sobre una plataforma con protecciones neumáticas. El tiempo de tomar un café y ya estábamos nuevamente en condiciones de zarpar. Mamá ha tenido una pequeña decepción. Había leído en los periódicos que el conservatorio de Bratislava, adonde va destinado el piano, organizaba hoy un concierto en memoria de Johann Nepomuk Hummel, un músico hijo de la ciudad que en 1828 publicó el *Anweisung zum Pianofortespiel*, un tratado básico para el estudio del piano que los pianistas conservan en la caja fuerte de su experiencia. Pues nada: el concierto se había postergado hasta el mes próximo. Pier le ha dicho a mi madre que, en el viaje de regreso, le debe un par de días en Bratislava. Golpe de motor, fuera amarras y, con el sol aún muy alto, nos hemos tomado una fotografía junto a la boya fronteriza que, en medio del Danubio, marca el límite de Austria, Hungría y Eslovaquia. Pier, que es un poco antiguo, ha puesto un disco de los Beatles y ha forzado la marcha río abajo. Si seguimos a esta velocidad, llegaremos a Budapest en un par de días. A Helena le quedan muchas horas de cárcel. Ya ha leído todos los libros que le he dado y ahora le he pasado un juego de naipes para que se entretenga haciendo solitarios. De vez en cuando, aprovechando que el ruido del motor es más fuerte cerca del timón, donde está Pier, que en la proa, me siento encima de su escondite y hablamos, yo de todo lo que veo, y ella de todo lo que siente. Siempre llevo conmigo a Spy y lo acaricio todo el rato para que, si me ven hablar solo, les pueda decir que hablo con el perro. Fuera de estos momentos, la vida es incluso plácida. Y el hecho de que sólo nos queden ya tres pianos por repartir nos hace creer que vamos más deprisa. «*We all live in a yellow submarine, yellow submarine, yellow submarine*» es la melodía que sale por los altavoces de Pier. Realmente, por suerte, hoy nuestro barco no es un submarino, pero es un barco de todos los colores que pueden verse con los ojos y también de unos ojos escondidos que sólo yo puedo ver.

Somos esclavos del río. Por eso nos gusta vencerlo. Y la única manera que tenemos de vencer a los ríos es pasear una y otra vez por encima de los puentes. Budapest es una ciudad que no existiría si no fuera por los puentes que unen Buda con Pest. La tarde ha pintado el mejor paisaje para nuestra llegada. Mientras pasábamos por debajo del puente de las cadenas, las agujas

de la cúpula del Parlamento se recortaban sobre un cielo rosado. Al otro lado del río, las casas de Pest brillaban con los últimos rayos de sol. Una vez atracados, he esperado a que de un momento a otro Pier bajase la Triumph. Yo ya tenía una excusa preparada para quedarme una vez más en la gabarra, liberar a Helena e ir a la conquista de Hungría. Pero ni mi madre ni Pier salían. Se habían encerrado en la cabina y estaba oscureciendo. ¿Por qué tardaban tanto precisamente hoy que tenía tantas ganas de que se fueran? De pronto se han apagado las luces de todo el barco y en la penumbra me ha parecido ver una silueta recortada sobre el reflejo del agua que se sentaba al piano. «¿Qué ha pasado?». Nadie me ha contestado y, mientras iba al castillo de popa, he oído cómo se abría la escotilla del escondite de Helena y unos pasos que se perdían en la oscuridad del muelle. Al menos ella ya estaba fuera, y me esperaría en cualquier rincón del puerto para recorrer juntos las calles de Budapest. Silencio total en el barco. He llamado a Pier y a mi madre, pero nada. Cuando iba a entrar al comedor, he oído que en uno de los pianos alguien tocaba una melodía conocida. Inmediatamente se ha abierto la puerta de la cabina de mis padres y ha salido Pier con un pastel iluminado con trece velas. Mi madre seguía cantando y tocando aquello de «cumpleaños feliz». Pier me ha dado un beso insólito y una palmada en el culo. «¿Es que no sabes qué día es?». Me han pasado tantas cosas que ni me había acordado de la fecha de mi aniversario. En medio de una enorme confusión he soplado las velas, las luces del barco se han vuelto a encender y me he sentido envuelto por los brazos apasionados de mamá. «Trece años son muchos. Ya eres todo un hombre». Y Pier, que se había pasado los últimos minutos enganchado al teléfono móvil, ha dicho que fuera a vestirme un poco bien porque salíamos a cenar juntos. Todas las excusas se me han caído al agua. Hoy era mi día y, en cambio, no era el día que esperaba. Se ha parado un taxi junto a la pasarela y, medio contento, medio secuestrado por mi propia biografía, he subido con ellos a descubrir Budapest sin Helena. Cuando el taxi se ha puesto en marcha, me he girado y la he visto allí, plantada y sola en el muelle. Me decía adiós con un pañuelo y hasta me ha parecido que me enviaba un beso de aquellos que se hacen en la palma de la mano y se soplan para que lleguen más lejos.

Ha sido fantástico. Las tiendas todavía estaban abiertas y Pier me ha comprado el Tomb Raider III, la aventura gráfica de Lara Croft, y he pensado que hacía días que tenía abandonada a la pobre Lara Croft. Helena era una heroína como Lara Croft, pero, en lugar de ser una muñeca virtual, Helena era

de verdad. De vez en cuando he creído verla entre la gente, pero la he olvidado pronto. Hemos visto una feria y Pier y yo hemos tirado con escopetas y nos ha tocado una pelota igual que las del Mundial. Después hemos jugado un partidito sobre un prado y, poco después de las ocho, Pier ha dicho que íbamos a cenar. Otro taxi nos ha llevado al hotel Gellert. Hemos visitado la famosa piscina interior llena de monstruos de piedra y bestias que escupen agua por la boca. Por un momento he pensado que Pier habría reservado mesa en el lujosísimo restaurante del hotel, pero es evidente que no podía ser. Pier desprecia el lujo. Le gusta gritar y hablar con las mesas de al lado. Un poco más allá hemos entrado en un lugar sencillo pero acogedor, con mucho humo y ruido y una orquestina que tocaba *czardas* con cara contenta. Mamá me ha dicho que la música siempre se ha de tocar con cara contenta y que la mirada es un instrumento especial que dignifica cualquier música. Pier ha estado de acuerdo y nos ha recordado que lo mejor de los músicos de *jazz* es precisamente la sonrisa del solista que no toca cuando sigue las improvisaciones que tocan los demás solistas. Hemos llegado a la mesa y, en lugar de sentarme el primero, he acercado la silla a mi madre y me he sentado inmediatamente después. En cuanto a los cubiertos, los he ido utilizando por orden de fuera hacia dentro y, mientras Pier mojaba pan en el *goulasch*, yo me he resistido y no he tocado nada con los dedos. Cuando he visto que la cerveza de Pier se estaba acabando, he llamado al camarero y le he pedido tres más. «¿Tres?», ha dicho mi madre. Y yo le he dicho: «Tres, naturalmente. ¿No me has dicho que ya era todo un hombre?». Todos nos hemos reído y hemos brindado por nosotros y Pier estaba cada vez más contento y el violín hacía rodar a toda la gente que nos rodeaba. Y cuando hemos salido a la calle nos hemos dejado llevar por la multitud de turistas que iba de un lado a otro de la plaza donde vendían de todo y donde había acróbatas y gente que hacía bailar a un oso y también estafadores de calle que jugaban con tres cubiletes y una bolita e invitaban a apostar a los que pasaban. Y entonces Pier ha dicho que a él no le engañaba nadie y que había jugado tanto al juego de los vasos y la bolita que siempre sabía dónde estaba. Y nos hemos acercado a uno de los corros más animados, donde un americano cargado de dólares intentaba adivinar dónde había quedado la bola después de las manipulaciones de unas finas manos jóvenes. El americano siempre perdía y en las manos del trilero o trilera se iban acumulando los billetes. En la última jugada, al americano se le ha terminado el dinero y se ha ido acompañado de algunos insultos y de un gran aplauso de la concurrencia. Entonces Pier ha dado un paso adelante y ha dicho: «Os aseguro que ganaré». De nada ha servido que mamá protestase y

preferiese ir a escuchar a un acordeonista solitario. La complicidad de los bebedores de cerveza ha hecho que me quedara con Pier para admirarlo. Se ha acercado a la mesa de los cubiletes y la bola y ha puesto encima un buen fajo de billetes. «Quiero jugar», ha dicho. Y entonces, las manos, que hasta aquel momento eran sólo manos, han tenido rostro, y era un rostro conocido. Helena había reconocido a Pier. Me buscaba con la mirada y me ha encontrado. Ella conocía a Pier, y Pier no sabía siquiera que hacía semanas que la tenía como pasajera. «Quiero jugar», ha vuelto a decir Pier. Y Helena, la inesperada trilera, se resistía. Decía en inglés que ya era muy tarde y quería descansar. Pero Pier, tozudo, insistía en que quería jugar y enseñaba su tentador fajo de billetes. Helena me miraba como preguntándome qué hacía, pero el público se impacientaba y no entendía las dudas de la jugadora que unos momentos antes había desplumado al turista. «Quiero jugar», ha vuelto a decir Pier. Y toda la plaza parecía decir: «¡Que juegue, que juegue!». Helena ha empezado a mover los cubiletes y la bola, pero ya no era tan rápida ni tan precisa como momentos antes. Pier ha adivinado la posición de la bola y se ha llevado una parte de los dólares del americano. Han vuelto a jugar y Helena ha vuelto a perder. La gente no entendía qué le pasaba a aquella chica. En la última partida, Helena ha perdido todo lo que había ganado, ha recogido sus cosas en un periquete, me ha dirigido una mirada de impotencia simpática y ha desaparecido en la noche. El público ha aplaudido a Pier y él ha cogido a mi madre y le ha dado un beso de aquellos que sólo saben dar los soldados de fortuna o los millonarios que no se saben seguros con sus millones. Una vez en la barca, Pier ha contado el dinero que había ganado y se sentía contento y poderoso. Me he acercado al escondite de Helena para saber si había llegado y he oído como dormía plácidamente bajo cubierta. Ella puede perder dinero, porque nunca se ha sentido ganadora. Hoy ha hecho feliz al capitán que la lleva río abajo y eso la ha dejado en paz con su conciencia de pequeña pirata de río. Esta noche, en la *Katja et Margueritte*, todo el mundo es un poco más rico, y no precisamente de dinero.

Una humareda lejana. Un camión partido que sobresale del agua. Es el paisaje de la guerra. De vez en cuando, se ven casas con las ventanas negras abiertas de par en par. He visto mujeres mayores que se pintan los ojos de negro para parecer más jóvenes, pero acaban dando miedo. Las casas que se ven a la orilla derecha del río parecen ojos de mujer a punto de morir. Quizás sean ojos de mujer muerta con el párpado pintado de negro. En otro tiempo, estas casas cercanas al río habrían provocado la nostalgia de los navegantes. Cuando hace muchos días que estás encima de una barca, sientes la envidia humanísima de la casa sólida, de las flores que crecen, de los árboles que dan sombra. Al atardecer, en esa hora entre perro y lobo, los navegantes imaginan que dentro de los rectángulos luminosos de las ventanas de las casas ribereñas hay sopas calientes, zapatillas confortables, besos a los niños que se van a acostar, el gesto cotidiano de poner la mesa y el agua conocida que gotea de los platos recién lavados. Las ventanas de las casas hablan de todo lo que la gente que está dentro quiere callar. Años de cortinas bordadas, infancias de calcomanías, suciedad pegada a los cristales de las casas de los borrachos, goteos de agua sucia en la cámaras de las viudas, flores abandonadas que han ido a buscar la humedad allí donde el agua de los chaparrones cae con mayor fuerza. Pero hace rato que pasamos cerca de casas con ventanas ciegas. Pier ha tenido que reducir la marcha para evitar chocar con los obstáculos que todavía hay en el fondo del río. Las autoridades croatas han balizado el río con boyas luminosas y una draga va hurgando en el agua en busca de todo lo que pueda ser peligroso para la navegación. Coches, camiones, tractores y un par de tanques siguen tirados en una playa como cocodrilos de hierro dormidos. «Allí está el puerto, poco antes de lo que parece un puente. Amarra primero de proa y dejaremos que la corriente nos ponga la popa a sitio. Tu madre te lanzará la amarra de popa». Pier tiene ganas de desembarcar. Ha dejado la *Katja et Margueritte* encarada hacia arriba y se ha metido en una casa pequeña y repintada para hablar con el responsable del pequeño puerto. En la pared de la casa, un cartel hecho con ladrillos donde se indica el hito kilométrico del río —1.310 kilómetros hasta el mar Negro— evoca una batalla tan antigua en formas como cercana en hechos. Estamos en Vukovar.

Pier y mamá se han ido a dormir pronto. Ha sido una cena silenciosa, en voz baja. La desolación de las orillas pesaba mucho más de lo que pudiera parecer. De vez en cuando se oía el ruido lejano de un motor de camión, que tardaba una eternidad hasta que llegaba a la carretera de la orilla. Mientras Pier y yo lavábamos los platos, mi madre se ha sentado ante uno de los dos pianos que todavía nos quedan por repartir. A fuerza de tiempo hemos ido poniendo nombres a los pianos y ahora sólo nos quedan el Azul y el Cojo. El primero lo descargaremos en la ciudad de Belgrado, y lo llamamos Azul porque el fieltro de los martinetes es de este color inusual. El Cojo tiene que llegar a Bucarest, y tendrá que ser izado a un transporte especial para que las sacudidas no lo alteren hasta la sala de conciertos, que está a bastantes kilómetros del puerto. Cuando lo estibamos, comprobamos que una de las dos patas de delante era tres o cuatro centímetros más corta y que, cuando se tocaban las teclas más graves, el mueble se decantaba. Por eso mi madre se ha sentado delante del Azul y ha querido animar la noche con un vals improvisado. Pero los vales tocados con desgana acaban produciendo una extraña melancolía. Aprovechando la actividad musical en cubierta, Helena ha salido de su agujero y la he visto correr por el talud dispuesta a esperarme cuando todo el mundo durmiese. El vals ha terminado de mala manera y con cuatro bostezos la barca se ha fundido en el silencio del río.

Los paisajes de la paz se pierden en un minuto, pero cuesta mucho borrar los paisajes de la guerra. Hemos andado por las calles de Vukovar buscando nuestras sombras finas y alargadas en los pocos canales que tenían las bombillas encendidas. Cuando la oscuridad era impenetrable, nos arimábamos a las casas y seguíamos con la mano el rastro de los muros. Ahora sé que a las ciudades en guerra les sale una viruela dolorosa en todas partes. Se conoce Vukovar por el tacto granuloso de los agujeros de las balas, por la hierba que ha ido sepultando el pavimento y por los árboles de las calles que fueron plantados hace un siglo para dar sombra y talados hace unos años para calentar las casas. Helena andaba por las calles de una ciudad sin gatos mientras yo la seguía. Iba callada y deprisa, como si supiese perfectamente adonde tenía que ir. De vez en cuando me señalaba un edificio o una casita con aire de guía turística de sus propios recuerdos. «Allí íbamos a comprar el pan». O: «Aquí había una pensión donde dormían mis abuelos. A mis abuelos nunca les gustó dormir en los carros del circo». De todo aquello

hacía ocho años y las señales de la reconstrucción no podían competir todavía con la destrucción. El césped de un campo de fútbol estaba lleno de agujeros de los obuses y el marcador indicaba un agónico empate a cero entre los visitantes y los locales. ¿Quiénes eran los unos y quiénes los otros? «En este campo es donde teníamos instalado el circo», ha dicho Helena, colocada en un imaginario centro de la pista. Los visitantes, pues, eran ellos, los artistas del circo Gorodis con sus osos, sus caballos, sus trapecios y su alegría que pasa. «Por aquí llegaron los soldados. En esta piedra estuvieron hablando con mis padres mucho rato. Yo los veía de lejos. Estaba con mis abuelos, e incluso parecían amigos de los militares. Vi cómo mi padre encendía un cigarrillo y cómo les mostraba con la mano el perímetro de la carpa». Hemos andado en círculos, como atraídos por la magia de los lugares santos. Helena ha dejado de hablar conmigo y me ha parecido que dictaba su historia al Gran Redactor del Mundo. «Entonces llegó otro coche militar. Se oyeron gritos y un soldado más alto que los demás sacó la pistola y disparó en la cabeza a mi padre y a mi madre. Mi abuela gritó desde el otro lado del campo. Y entonces ellos empezaron a disparar y nosotros a huir. Perdí de vista a mis abuelos. Yo me quedé escondida en una bodega durante dos días hasta que oí voces que no hablaban de la misma manera. Saqué la cabeza y vi un todoterreno de color blanco de las Naciones Unidas. Hablaban en francés y me dieron leche y ropa y una muñeca Barbie con zapatos de tacón y un vestido largo con un chai de gasa rosa. Cuando oía los bombardeos, sacaba a bailar a Barbie y así me creía que la pista de baile era la realidad y la muerte de mis padres era un sueño y que en cualquier momento me despertaría». Se ha encendido la luz de una ventana y se ha oído llorar a un niño. La paz es aquel estado de la sociedad que nos permite sonreír cuando oímos el llanto de un niño.

Hemos atravesado la ciudad y hemos llegado al cementerio. Las puertas, si pueden llamarse así, estaban abiertas. En la mayoría de los cementerios, la piedra es más importante que la silueta humana. La tierra ha ido haciendo suyos los ataúdes y una hierba hospitalaria acaba cubriendo el terreno con olas encalmadas. En el cementerio de Vukovar había todavía un tráfico excesivo. Huellas de neumáticos sobre los terrones húmedos, restos de barro y alguna lámpara encendida entre lápidas sin nombre. Es imposible encontrar a unos pocos muertos entre los muchos muertos. Helena ha venido hasta aquí para sentirse por primera vez cerca de unos padres interrumpidos. Ella sabe que puede ser que no estén aquí, que a lo mejor los tiraron al río o los

sepultaron en masa en cualquier fosa común que aparecerá algún día delatada por un corrimiento de tierras. Pero el orden humano es el que establece territorios para la vida y para la muerte. Los cementerios, pues, no son un almacén de cadáveres sino un paso fronterizo entre dos mundos. Y si se ha de ir a recordar a los muertos, no importa que sus huesos no sean los que buscamos, porque no buscamos huesos sino que nos buscamos a nosotros mismos. Le he dicho: «De los muertos no queremos sus cuerpos sino el rastro de sus caricias. Y éste no está en la tierra sino que queda en la memoria de la piel». Helena ha vuelto a llorar sin que le temblasen los músculos. Más que llorar, eran lágrimas que brotaban y se sumaban a la humedad de la noche y al goteo de las cañerías partidas. Mientras volvíamos a la barca he intentado distraerla haciendo puntería con piedrecitas que iba encontrando en el suelo. Una lata de gasolina vacía: ¡Bong! Una botella de cerveza: ¡Clic! Una bombilla intermitente que no iluminaba más que una valla solitaria. Iba a romperla de una pedrada cuando hemos visto, enganchados en la pared, los restos de un elefante risueño y de unos ojos maquillados de *clown*. Amarillento por el sol y por el humo de las batallas, un cartel publicitario anunciaba el pasado. Gracias a él, los ciudadanos de Vukovar aún podían recordar que, mucho antes del miedo y de la muerte, un circo llamado Gorodis pasó por la ciudad para ofrecer su última representación. Helena ha pasado la mano por las orejas enormes del elefante del cartel, ha olido su tinta y ha escrito con el dedo el nombre de sus padres. Antes de acostarnos, Helena me ha abrazado, ha soltado un pequeño sollozo y me ha dicho: «¿Sabes, Guillem? Soy la chica de quince años más vieja del mundo».

Hace tres días que navegamos a media velocidad. No sólo eso: nos paramos más a menudo en la orilla y a mí me toca clavar más piquetas que nunca. Pier maldice más que nunca y hace dos días que ni siquiera quiere oír hablar de la copa de Calvados. Ayer noche, en una curva a 20 kilómetros de Novi Sad, la ciudad que en otro tiempo era considerada la Atenas serbia, la hélice empezó a hacer un ruido alarmante, Pier apagó el motor y fuimos a la deriva un buen rato hasta que encontramos una pequeña playa a estribor. Allí, Pier, incapaz de encontrar la avería por la escotilla de la quilla que comunica directamente con la propulsión, tuvo que sumergirse en popa una, dos y hasta seis veces. El resultado fue una barra de hierro envuelta en trapos. «Cuando el Danubio azul entra en los Balcanes se nos vuelve gris», dijo mientras se duchaba él y duchaba el trofeo con la manguera de agua potable. La barra de hierro resultó ser de una ametralladora y el trapo, una bandera croata atada al cañón. «Las víctimas de la guerra nunca se acaban con el armisticio», dijo Pier. De los libros de historia recuerdo que también la verdadera Atenas tuvo que rendirse a las órdenes militares de las legiones romanas. Hoy, con la hélice liberada de los rastros de la guerra, hemos seguido por un paisaje inhóspito. Los campos de maíz no permiten ver qué hay más allá. Aquí el río está más lleno de basura que baja por la corriente, como si el país tuviese ganas de limpiarse y arrojar los problemas al mar. Hemos avanzado por la región de Vojvodina y el río se ha ido volviendo misterioso y áspero. A la hora de comer nos han caído encima todas las moscas. Un poco más tarde nos ha llegado la modorra de una deseable siesta. Hace calor y la brisa del río está parada. Se oyen cigarras y, con los ojos cerrados, sólo podemos situarnos en el mapa por la música más o menos oriental que sale de la radio de a bordo. Aprovechando que mi madre y Pier estaban adormecidos, he ido a abrir la escotilla de Helena, asada de calor bajo cubierta. Le he dado agua para beber y he pensado en el valor que damos al agua precisamente cuando estamos rodeados de ella. A partir de ahora, con un cordel y una lata de conserva vacía que pasa por el agujero del ancla, Helena podrá recoger agua del río y refrescarse siempre que estemos en movimiento, que es cuando Pier está al timón y no puede ver lo que ocurre bajo la proa.

Nos cansa más ir solos por un río ancho que aquellas colas de gabarras que se formaban ante las esclusas de los estrechos canales holandeses. Pier, que ha leído mucho sobre todos los ríos navegables, me explica que, cuando el Danubio era realmente una frontera, eran famosas entre los navegantes las *chuicas*, barcos armados pequeños y rápidos que recorrían el río hacia arriba y hacia abajo para controlar cualquier intento de los turcos de volver a recuperar el imperio austrohúngaro. Los *chaiquistas* han desaparecido del río, y ahora sólo se ven de vez en cuando pequeños grupos de militares ociosos. La guerra ha hecho que, en este tramo, el Danubio haya dejado de ser río para ser únicamente un valle húmedo y solitario. Es la primera vez que tenemos la convicción de estar navegando absolutamente solos. En el silencio de un río lechoso hemos ido acercándonos a una especie de puerto antiguo que se abre en la orilla izquierda. Aquí ya no hablan una lengua conocida para nosotros. El responsable del puerto, que también lo es de un pequeño chiringuito destartalado, nos ha dado a entender que podíamos atracar la *Katja et Margueritte* siempre que dejásemos cuarenta metros de muelle libres para un transporte que subía por el río y podía llegar en cualquier momento. Hemos parado los motores y el silencio nos ha brindado la sensación de felicidad de tarde de verano. Así hemos estado un buen rato hasta que el murmullo de un barco nos ha hecho levantar la cabeza. Subía por el río una gabarra moderna de dos quillas con una extraña carga difícil de distinguir en la distancia.

Todo es transportable porque todo puede cambiar de sitio. Pero a veces las cosas tienen vocación de no moverse nunca. Las pirámides de Egipto son de Egipto porque nadie se las ha podido llevar. La estatua de la Libertad difícilmente podrá arrancarse de su pedestal. Por eso nos ha extrañado ver aquella enorme escultura con piernas y brazos troceados y atada con cuerdas a la cubierta de la gran gabarra que se disponía a atracar junto a la nuestra. Pier, mi madre y yo, como pequeños ciudadanos de Lilibut, intentábamos descubrir la identidad del Gulliver tumbado en la gran barca: la efigie de mármol blanco de un hombre calvo, con bigote y perilla y una mirada alargada y panorámica. «¿Quién es?», he preguntado. Y mi madre me ha corregido: «No es, Guillem. Cuando alguien llega a la condición de estatua quiere decir que ya no es nadie, sino que algún día fue». Y Pier, que siempre tiene ganas de decir la última palabra, ha añadido: «Y cuando las estatuas se desmontan y se cambian de sitio quiere decir que lo que algún día fueron está empezando a

dejar de ser». Entonces el amo del chiringuito, parado con un par de cervezas en la mano, nos ha señalado la gran estatua desmontada y flotante que se acercaba a puerto y ha dicho: «Lenin». Y mamá y Pier han dicho que sí, que era verdad, que reconocían en aquella figura de mármol blanco a un hombre llamado Lenin. «¿Y quién era Lenin?», he insistido yo. Pero ya tengo experiencia en las respuestas a estas preguntas biográficas. Cuanto más importante es el personaje, menos se puede explicar de él. Los elefantes de la historia no son muy diferentes de los elefantes de verdad. Mi madre, cuando era pequeño, me contaba la historia de unos estudiantes de la India, ciegos de nacimiento, que iban a conocer al elefante. Uno se agarraba a la pata del elefante y decía: «El elefante es como un tronco de árbol». Otro acariciaba la trompa y consideraba que el elefante era una especie de serpiente cálida. Un tercero empuñaba el colmillo y se convencía de que el elefante era un arma parecida a la espada. Un cuarto se dejaba abanicar por las orejas del elefante y se imaginaba que estaba delante de un montón de tierra o de una mariposa sólida. «Os he preguntado quién era Lenin». Y de pronto la gran gabarra se ha convertido en la plataforma donde padece el elefante eterno de todas las memorias. La poca gente que había en el chiringuito se ha acercado a la escultura con curiosidad y respeto. Algunos alargaban el brazo desde el muelle para notar el frío de la estatua tumbada e incluso hablaban entre ellos en voz baja. El capitán del transporte nos ha lanzado las amarras y le hemos ayudado a atracar. Ha apagado los motores y, cuando ha bajado, ha saludado a Pier y nos ha invitado a cerveza, como corresponde a colegas de navegación en un río más bien desierto. Hemos hablado en el inglés más comprensible de todos, que es el de los que lo han aprendido en la vida y no en la cuna. «Me llamo Theo Angelopoulos, y llevo a Lenin de Bucarest a Rotterdam. Por lo visto, un multimillonario norteamericano quiere ponerlo en su jardín». El griego ha reído. Y todavía ha reído más cuando Pier le ha dicho que nosotros veníamos precisamente de Rotterdam y que íbamos a Bucarest con un par de pianos de cola. «En el mundo siempre ha habido gente que ha hecho historia y siempre ha habido transportistas que hemos cambiado de sitio la historia». Y venga a reír. Nos hemos sentado a la mesa, nos han traído una sopa de *goulasch*, unas salchichas asadas en las brasas de una hoguera encendida en medio del muelle y una botella de *slibovitza*, que es un licor de ciruela que dice Pier que te abre en canal cuando te lo tragas. Ha oscurecido y en el chiringuito no había luz eléctrica. El amo ha sacado unas velas y se ha sumado a nosotros. Después ha llegado una camioneta y han bajado un grupo de gitanos que estaban acampados un poco más abajo. El hombre del puerto

nos dice que los *romi* son sus amigos y que han venido a alegrarle la noche porque saben que suele estar solo, y él les enciende un fuego y les da copas y cantan mientras la niebla del río va subiendo. Alguien ha sacado una balalaica, un violín y una guitarra y se han puesto a cantar. En la penumbra he visto la silueta de Helena escondiéndose por la cubierta, bajando a tierra y sentándose bajo la sombra nocturna de unos chopos. A su lado, las orejas blancas de Spy indicaban que no estaba sola. O que todos estábamos un poco solos a nuestra manera mientras íbamos de un lado a otro de Europa cambiando los muebles de país, llevándonos y devolviéndoles sus recuerdos mientras la música de guitarra y de violín nos obligaba a callar y convertía a aquella pequeña mesa en la patria de los apátridas.

Me he escabullido hacia la oscuridad y he ido a sentarme al lado de Helena y de Spy. «Ya falta poco», le he dicho. «Precisamente esta barcaza de la estatua viene de Bucarest». Helena no tiene ganas de hablar. Está demasiado tiempo sola y amenaza con descubrirse. «¿Por qué tengo que estar aún tantos días escondida? Si tus padres me ven, ya no me devolverán a Holanda. ¿Quién me querría en este rincón de mundo?». He oído la voz de Pier y de mi madre sumándose a las extrañas melodías de los zingaros. En el vértice de la noche, todas las tierras se funden en la tierra. «Este rincón del mundo es ahora mismo el centro del mundo», le he dicho mientras le tomaba la mano. «El pasado y el futuro se han encontrado aquí y tú estás viva con un perro que te quiere y una música tranquila bajo las estrellas». Le he puesto el brazo sobre los hombros y ella ha apoyado la cabeza sobre mi pecho. De lejos he visto que mi madre se levantaba de la mesa, ponía una vela sobre el piano Azul y tocaba una canción de cuna, y todo el mundo se ponía a mirar hacia dentro: los *romi*, el griego, el del chiringuito, Pier. La música del piano nos transportaba a un mundo de sábanas bordadas y de manos de madre y el mármol de la estatua se iba haciendo de espuma e incluso parecía que los ojos de Lenin iban cerrándose, acaso soñando con volver a jugar con los pájaros y las ardillas del jardín de una gran mansión de Long Island. Cuando la niebla ha cubierto de algodón las últimas velas, Helena ha aprovechado para volver a su sitio. Los zingaros han dicho que ellos se quedaban junto al fuego para vigilar que no vinieran ladrones a robarnos nada. Mientras me dormía pensaba en una hipotética banda de ladrones de pianos fluviales enfrentada a una no menos fantástica banda de ladrones de Lenins, y estoy seguro de que durante toda la noche se me ha quedado una sonrisa en los labios.

Hemos tenido que dejar el Danubio para remontar durante unos metros el río Sava. Estas son las instrucciones que había recibido Pier para descargar el piano Azul en la ciudad de Belgrado. Hemos visto la grúa y el trispasto para levantar el piano gracias a las banderas yugoslavas que flanqueaban la plataforma de descarga. En la ciudad de Belgrado brotan banderas por todas partes. Cuanto más pequeña se hace Yugoslavia, más banderas flamean. El encargado de venir a buscar el piano era un militar. Nos ha mostrado un documento de la Fundación Talisker y, con eso, se supone que es bastante para dejar la pieza en sus manos. Mi madre y Pier han aprovechado el rato lento y desordenado de izar el instrumento para ir en moto al centro de Belgrado. En cuanto se han ido, Helena ha salido a la luz del sol. He cogido los marcos alemanes que todavía conservaba en la mesilla de noche y hemos aprovechado la ocasión para andar por una de las ciudades más destruidas y reconstruidas de Europa. Las casas de esta ciudad siempre tienen la huella de otra ciudad. Todo el mundo que se ha instalado en Belgrado ha llegado de otra parte, como si el río hubiese dado garantías a sus ciudadanos de que nunca más tendrían que huir perseguidos por los imperios. En las calles de Belgrado, la ciudad no es tan bella como proclama su nombre. La guerra ha dejado rastro en cuerpos y almas. Mutilados, lisiados, tuertos ocupan los bancos públicos. Pero, en cambio, todo el mundo tiene ganas de gustar, porque saben que sus gobernantes los han colocado en el lado desagradable de la historia. Nos hemos sentado en la terraza de una especie de restaurante donde un conjunto tocaba melodías de verano que todo el mundo conocía. Parecía una fiesta sin novios ni alegrías, una de aquellas fiestas que tienen que celebrarse porque lo dice el calendario y no porque lo pide el cuerpo. Una mujer nos ha traído las cervezas y, al pagar con marcos alemanes, ha querido saber de dónde éramos. Helena se ha puesto a hablar en su lengua. Helena conoce todas las lenguas de los Balcanes y sabe refranes y frases hechas, que son lo que libera a las lenguas de las cadenas de la gramática. Y tiene esa mirada de armario abierto que da confianza a todas las personas con las que habla. No había más clientes que nosotros y la mujer del bar ha acabado sentándose al lado de Helena. Yo estaba allí como un estorbo: me hubiera

gustado que se me considerara la pareja de Helena, pero en este momento social sólo era, en el mejor de los casos, el hermano pequeño que la hermana mayor ha sacado a pasear. ¿De qué sirve decirnos cosas y sentir ternura si después no pueden mostrarse a los demás? En la mesa de al lado había dos chicos de veinte años. Sin guerra habrían podido ser jugadores de baloncesto, pero ahora me los imaginaba con los dedos todavía temblorosos después de apretar el gatillo de las ametralladoras y me daban miedo. Uno de los chicos ha llamado a la mujer para pedirle más cerveza y el otro ha venido para decirle no sé qué a Helena. Le hablaba con la ausencia de maña de quien liga rutinariamente, y ella ni lo miraba. «Si te molesta, nos vamos», le he dicho. Pero me ha dicho que no, que esperaba que volviese la camarera, que le gustaba hablar de cosas conocidas en lenguas antiguas. El chico seguía insistiendo ante la indiferencia de ella y, en un momento dado, le ha puesto el dedo en la barbilla. Entonces me he levantado de un salto y le he dicho en inglés que hiciese el favor de no tocarla y de irse a su sitio. El jugador de baloncesto me pasaba dos palmos, pero ha sonreído. He gritado un poco más cargando la frase con algunas palabrotas aprendidas en las películas de Tarantino. Esperaba que de un momento a otro me hiciese volver a la silla de un empujón y, en cambio, he entendido que me preguntaba si éramos americanos. Le he dicho que sí, y todavía no sé por qué. Cuando estaba a punto de huir, ha venido la mujer con las cervezas y le ha dicho cuatro cosas en el mismo tono que usan las campesinas cuando entran al gallinero a buscar los huevos. El chico me ha dado un golpecito amable en la espalda y ha ido a sentarse con su compañero. Helena me ha dado la mano y me la ha apretado muy fuerte. «Realmente, eres mi ángel de la guarda», me ha dicho. «¿Qué quieres decir con eso?». Y ella se ha reafirmado diciendo: «Pues quiero decir que los tienes bien puestos, Guillem».

En el disco duro de los hombres —y yo, naturalmente, soy un hombre— no hay muchos elogios que superen lo que significa que una mujer te diga que los tienes bien puestos. He pasado los siguientes minutos bebiendo a pequeños sorbos la cerveza de Helena. Al fin y al cabo, después de un gesto como el que acababa de hacer, no tenía sentido seguir con la naranjada. He lanzado la mirada por encima de la espuma blanca del vaso apuntando al intruso de la otra mesa. De vez en cuando él también me enviaba una sonrisa de colega y levantaba el vaso como si quisiera decirme: «Tranquilo, tío, que no ha pasado nada». O acaso lo que me quería decir era: «Si no fueses

americano y no tuvieses los aviones cargados de bombas para aplastar a Serbia, te habría dado una lección». Una gran vergüenza íntima me ha sonrojado. Me había preguntado si era americano y yo le había dicho que sí. No sentía escrúpulos por no haber dicho de dónde era realmente. Al fin y al cabo, tampoco sé de dónde soy. Pero lo que sí sé es que no soy americano y, en cambio, he dejado que mi enemigo lo creyese porque como europeo no era digno de su respeto. En las guerras grandes o en las pequeñas violencias de Europa hay el mismo manual de instrucciones. Nunca lo hemos leído, pero nos sale de forma innata, como la alegría ante la nodriza o el miedo ante el ladrido del perro. La verdad última de los europeos se basa en la mentira de hacer creer que somos americanos. Una vez más, Helena me ha enseñado el mundo sin siquiera pretenderlo.

Se ha ido haciendo tarde y la mujer del bar y Helena han empezado a despedirse. Se tocaban mutuamente la cara como si se buscasen. Acababan de conocerse, pero parecía como si cada una hubiese encontrado en la otra un recuerdo doloroso y la esperanza de poder vencerlo. Cuando nos íbamos, la mujer lloraba y Helena se ha quedado un buen rato en silencio. «¿De qué hablabais?», le he preguntado a Helena cuando volvíamos. «De todo y nada, de las personas y la política, de las ganas de hablar y la imposibilidad de hacerlo, de los chicos que ya nunca serán chicos y de las madres que ya no podrán ser madres. ¡Corre, venga! ¡A ver quién llega primero a la barandilla del río!». Cuando tiene que limpiarse la cabeza de ideas, Helena siempre aprovecha el viento de las carreras. Es imposible dejar de correr si es ella la que da la señal de salida. He ganado yo por muy poco, y entonces ella ha dicho que se había dejado ganar. No le gusta ser segunda en nada, pero al mismo tiempo le entristece ser la primera en descubrir lo que se oculta debajo de la gente. Mientras jadeábamos por el esfuerzo, Helena, tan fina, tan bien educada en el taller social de los que tenían que ser sus padres adoptivos, ha escupido al suelo y se ha limpiado el sudor con una de las banderas yugoslavas que ondeaban en el mirador. «La mujer del bar tenía un hijo de veinte años. Murió en el cerco de Sarajevo poco antes de que los serbios se retirasen. Era compañero de estudios de los chicos de la mesa de al lado, que todas las tardes van a sentarse allí para recordarlo. Su patria también se ha vuelto pequeña. Antes era un país y ahora sólo son los dos metros cuadrados de la tumba de su hijo». Acababa de cerrar la escotilla del camarote de Helena cuando he oído el motor de la Triumph que bajaba hasta el puerto. De lejos

hemos visto cómo un piquete de militares arrastraba lentamente un armón de artillería con ruedas neumáticas sobre el que brillaba un gran piano de agua negra.

Cuando pasamos por debajo del puente semiderruido de Pancevo, una placa en una de las pilastras nos indica que estamos en el kilómetro 1.168. Aún quedan más de mil kilómetros de río antes de que el Danubio se funda en las aguas del mar Negro. Lo importante, sin embargo, es el tramo que nos toca navegar ahora entre los acantilados que llevan a las Puertas de Hierro, donde el río se convierte en frontera entre Serbia y Rumania y donde los generales romanos se detenían días y días antes de remontar el río no se sabe si para someter o para civilizar. Dice Pier, sujetado al timón, que aquél era el tramo más peligroso del Danubio. La corriente era impetuosa y las montañas caían a plomo sobre el agua sin ofrecer refugio a ninguna barca que quisiera detenerse. En las Puertas de Hierro, los romanos imaginaban monstruos y serpientes, y estos monstruos y serpientes y remolinos mantuvieron su vigencia durante casi dos milenios, hasta que se construyó la central eléctrica de Djerdap y las aguas se detuvieron, la corriente fue domesticada y los remolinos y vorágines perdieron fuerza. Quedan, sin embargo, las altas murallas de piedra que forman el desfiladero.

Las ruinas del castillo de Golubac son la línea de salida de un tramo oscuro y aislado, apenas animado por el aeróstato turístico semivacío que sale de Belgrado y vuela por encima del agua dejando tras de sí una estela de fotografías admirables. Pier sabe que en los próximos doscientos kilómetros el río será la superficie más amable a la que podremos aspirar. La proximidad de nuestro destino nos ha empezado a provocar cierto nerviosismo. Sobre todo a mi madre. Durante todo el día no ha salido a cubierta. Alguna vez que he entrado a la cocina, la he visto buscando entre los armarios y cajones. «¿Qué buscas?», le he preguntado. Y ella, naturalmente, ha dicho que nada. Las madres siempre nos dicen que tenemos que ser ordenados, pero cuando ellas no encuentran algo son incapaces de reconocer que buscan algo. Tan cansada estaba mi madre que me ha tocado calentar algo para comer y hemos almorzado por separado, porque Pier dice que tiene prisa y no quiere parar. Por otro lado, tampoco se ve en la orilla derecha ni izquierda ningún puerto o embarcadero para pararnos. El mapa fluvial que llevamos de esta zona de nuestro itinerario es un mapa viejo, anterior a la construcción de la central de

Djerdap. Pier, eso, no se lo perdona, y se maldice a sí mismo por este error de principiante. Es evidente que consultar el mapa no nos sirve de nada. Ni las orillas son tan estrechas ni el calado del río tiene nada que ver con la realidad. En el mapa figura todavía la isla de Ada Kaleh, habitada hace apenas treinta años por turcos, con su mezquita y su café, pero ahora, en lugar de atracar en ella, pasaremos por encima.

En el desfiladero oscurece más pronto. Vemos las nubes iluminadas por el sol de poniente, pero al hilo del agua la sombra es espesa. Y la situación no mejora. El motor retumba entre las altas paredes y siempre nos parece que sube otro barco, pero poco después comprobamos que el único ruido que hay en este río fiero y profundo es el que hacemos nosotros. Pier ha encendido las luces de posición y me ha pedido que me pusiese en proa con una luz auxiliar para iluminar la orilla y buscar el más mínimo cobijo donde poder atracar provisionalmente. Aparentemente, no se veía nada. En este tramo la roca cae a plomo y se sumerge en el agua. A veces la vegetación llega junto a la corriente, pero son árboles extraños que no respetan la verticalidad de los demás árboles. Salen de las paredes, y las ramas van a buscar el centro del río paralelas al agua. Íbamos tan arrimados a la pared por miedo a eventuales colisiones, que las ramas nos pasaban rozando y acababan chocando con el castillo de popa entre las maldiciones de Pier. En la medida que podía, le he ido avisando de las ramas, pero la noche era cada vez más densa y sólo se veía el haz de luz que salía de mis manos y, al llegar a la orilla, parecía como si diese vida a caras de bestias petrificadas o de árboles vivientes que se reían de nosotros. Hemos ido a parar al vértice entre tres mundos inhabitables. Entre el agua, la roca y la oscuridad, nuestra barca es demasiado frágil. Tenemos que pararnos y no sabemos dónde. Me he girado un momento porque, por primera vez en toda la tarde, he oído la voz de mi madre que preguntaba algo a Pier desde cubierta. Eso me ha distraído, y mi distracción ha sido fatal. Una rama demasiado baja me ha envuelto y me ha arrastrado hasta la bañera de la carga. Las patas del único piano me han parado, pero la barca seguía avanzando a cinco o seis nudos y no he tenido tiempo de gritar a mi madre que se agachase. En plena oscuridad, la rama le ha envuelto la cintura, he oído que se rompía un cristal y que caía un cuerpo al agua. La voz de Pier ha resonado por todo el desfiladero. Nunca en su larga vida de marinero se había visto obligado a gritar «¡hombre al agua!». Ahora lo había dicho, pero sólo se lo decía a sí mismo, y no era un hombre sino su mujer la

que chapoteaba en medio de un agua oscura. Mientras me levantaba a toda prisa he oído el estrépito de los cuatro motores invirtiendo el sentido de las hélices y un golpe muy fuerte en proa me ha vuelto a tirar al suelo. Es evidente que Pier prefería chocar con la roca para interrumpir la marcha y no alejarse demasiado del sitio donde había caído mi madre. Nos hemos encontrado los dos en popa. «¡Rápido! ¡Primero ata la amarra a cualquiera de estos árboles de la montaña y vigila que no se nos lleve la corriente!». Mientras, él buscaba con la linterna una señal de vida en aquellas aguas muertas. Lo importante era que mi madre gritase para indicarnos su posición. Si el golpe la había dejado inconsciente, corríamos el peligro de que el cuerpo se deslizase hacia el centro del río y la corriente se la llevase por babor sin que la viésemos. ¿Cuántos metros habíamos avanzado desde la caída? ¿Cien? ¿Ciento cincuenta, quizás? En el agua no se puede frenar como con un coche. Pier y yo llamábamos a mi madre y nadie nos respondía. El árbol al que estábamos atados iba crujiendo con más insistencia. Las veinte toneladas de la *Katja et Margueritte* no podían calzarse con un tronco de madera casi hervida por la humedad de tantos años. Consciente del peligro, Pier ha querido buscar una nueva manera de amarrarse a la pared, tal vez en una roca que sobresaliese. Los chirridos de la piedra bajo la quilla eran cada vez más inquietantes. Mientras tanto, ninguna señal de mamá nos llegaba de la oscuridad. Con el corazón palpitante he ayudado a Pier a subirse al tejado del castillo para llegar a una roca puntiaguda. Ya estaba a punto de pasarle la lazada cuando el árbol ha dado un último chasquido y la gabarra ha vuelto a deslizarse sin rumbo corriente abajo rozando con todas las rocas del fondo. Pier había ido a parar a la cubierta inferior y, desde allí, me gritaba: «¡Sujeta el timón y apártate de las paredes!». Y yo allí, navegando a tientas, alejándome de mi madre, que a lo mejor nos había visto y se acercaba nadando y ahora debía de ver con desesperación que volvíamos a alejarnos. De pronto, cuando Pier volvía a ocuparse del timón, nos ha parecido ver una sombra enorme en proa. Los motores han vuelto a ponerse en marcha con las hélices invertidas para vencer la corriente e ir hacia atrás, pero no había remedio. El impacto de proa ha sido brutal. Una pared de roca perpendicular al río formaba una especie de pequeña bahía y la corriente nos iba aplacando contra la montaña hasta dejarnos entre el río que venía por babor y la pared que nos detenía en longitud. Ya no había peligro de seguir hacia abajo. Allí nos quedábamos, pero quizás fuera para siempre. El impacto de proa había sido demasiado fuerte. «¡Enciende todas las luces para que tu madre nos vea y conecta esta bomba de agua!». Y en voz más baja ha añadido: «Si el casco se

ha agujereado, nos hundiremos por la proa». Hasta entonces no he pensado que allí, en la proa, en la recámara del ancla de estribor, estaba Helena.

Cuando nos parece que las cosas pasan muy deprisa, todavía pueden ir más deprisa. No podíamos hacer nada para salvar a mi madre, pero todavía podíamos hacer algo para salvar la gabarra. He llegado a la recámara del ancla: «¡Ábrela!», me ha gritado Pier. Pero no se abría: el impacto había aplastado las juntas y la escotilla estaba encallada. Entre los dos hemos pasado el amarre por la argolla y hemos tirado con todas nuestras fuerzas. Era evidente que la *Katja et Margueritte* empezaba a escorarse por proa. Teníamos que bajar, tapar la vía y bombear el agua que había entrado, y todo eso garantizando que el sistema eléctrico, que es el que suministra energía a las bombas, no se viera afectado. Por fin la escotilla ha cedido. He mirado hacia dentro. El agua estaba sólo a un palmo de cubierta. Pier se disponía a meterse en el interior cuando, de pronto, ha surgido de dentro de la recámara una silueta delgada y elástica. «¡Ya empezabais a tardar demasiado!», ha dicho mirándome. «¡Guillem, dame tu linterna impermeable y un salvavidas!». Los cinco segundos de sorpresa de Pier han sido suficientes para que Helena se quitase el vestido y los zapatos, se abrochase un chaleco de seguridad y se tirase al agua arrastrando el salvavidas. Durante un rato hemos visto la luz de la linterna alejándose lentamente de nosotros, río arriba, agarrándose a las rocas donde la corriente era más suave. «¡Ya me lo contarás luego, todo eso! ¡Conecta la bomba y reza!». He pensado que, si Pier tenía que recurrir a los rezos, era evidente que nuestra situación era mucho más desesperada de lo que parecía. Aquello no era el mar, no había tempestades, éramos un transporte único con un piano único navegando por un río domesticado por una compuerta. Pero nuestra casa se estaba hundiendo y las mujeres más importantes de mi vida estaban perdidas en la oscuridad. Hemos estado así durante media hora larga y el trabajo nos ha impedido pensar en nada más. Pier sumergía la cabeza en el agua y me pedía trozos de tela asfáltica, grapadora industrial y, sobre todo, más potencia de la bomba. Poco a poco, el agua del compartimento de proa ha ido bajando de nivel. A medida que la brecha iba quedando fuera del agua, ya podíamos trabajar con clavos y martillo. Hemos dejado la bomba conectada al fondo para que la bañera se acabara de vaciar y, como si lo hubiésemos acordado, hemos ido a babor y hemos horadado la oscuridad con las luces direccionales. «¿Has oído una voz?», me ha dicho Pier. Hemos vuelto a callar y hemos parado la bomba. El

agua era negra como el alquitrán y sólo se oían pequeñas olas que repicaban en el casco o, encima de nosotros, el ruido de los pájaros nocturnos que marcaban territorio en sus ramas. De pronto hemos oído una risa, seguramente el sonido menos oportuno después de todo lo que acababa de pasar. Pero era efectivamente una risa. Y otra. Y poco a poco una sensación de charla entre dos voces que hacía mucho tiempo que se conocían. Podían ser las ninfas del río, las hadas de las montañas de Transilvania, la radio de un pescador furtivo. Pero a ras de agua hemos visto la lucecita medio mustia de la linterna que se había llevado Helena, y la risa franca de Helena y la voz de mi madre diciendo que nos veían. Y el mismo río que nos las había arrebatado las iba devolviendo hacia nosotros. Y, al llegar, Pier ha dado la mano a mi madre para ayudarla a subir y yo le he dado la mano a Helena y, cuando han llegado a cubierta, había dos parejas que se abrazaban. Y me habría quedado así un buen rato si no fuera porque hemos notado la mirada suave de Pier y mi madre y el peso abrumador de tantas respuestas que deberíamos dar. Sin decirnos nada hemos ido hasta la mesa del comedor. Mi madre ha abierto un armario y nos ha dado una toalla a cada uno para que nos secásemos. Una vez secos, Pier ha ido a la nevera, nos ha dicho que nos sentásemos y ha dejado cuatro cervezas y cuatro vasos encima de la mesa. «Brindemos», ha dicho. Y mientras levantábamos los vasos me he puesto a llorar muy despacito y notaba que las lágrimas me calentaban las mejillas y, a pesar del llanto, sentía que podía mirar a todo el mundo a la cara.

Ahora sé que es mucho más fácil contar las cosas cuando ya han pasado que cuando están pasando. Esta mañana he visto a Pier otra vez al timón, poniendo en marcha los motores y saliendo lentamente del golfito donde ayer noche nos estrellamos. La única diferencia era que mientras yo me encontraba, como siempre, separando la proa de la orilla con la percha, ahora, en popa, era Helena quien cumplía las órdenes de Pier. El parche de la proa había funcionado perfectamente y, a pesar de haber dejado la bomba por simple precaución, prácticamente no entraba ni gota de agua. Todos los gestos volvían a la cotidianidad: la melodía en labios de Pier, las orejas levantadas de Spy, algún pato que remontaba el vuelo al paso de la barca, el aroma del café que mi madre iba sirviendo en las tazas. En las mañanas de verano, la vida va entrando de puntillas en la vida. Durante todo el día, Pier y mi madre han escuchado las historias de la historia de Helena. Ella tenía tantas ganas de hablar como ellos de preguntar, y la conversación iba y venía sin agujeros vacíos, como si lo hubiesen ensayado. Deslizándonos por el agua que ayer era tan oscura y hoy parece de plata, hemos vuelto a ver las luces de la pista del circo Gorodis, las evoluciones de los osos, la llegada de las bombas, la muerte a sangre fría de sus padres, el miedo en el sótano de una casa, las mantas de unas naciones que se llamaban unidas, los domingos de la escuela, cuando ella se quedaba sola porque ningún padre iba a buscarla, el día que conoció a los Van der Eycken y su intención de adoptarla, las largas sesiones de urbanidad, de comer bien, de comportarse como una señorita y la ternura de algodón de las chicas y de la señora Van der Eycken cuando la volvía a dejar en la escuela hasta el viernes siguiente. La noche anterior habíamos pasado, en sólo media hora, de la vida a la muerte y otra vez a la vida. Pero Helena se había obligado a buscarse muchas vidas en muy pocos años y ahora, navegando hacia la desembocadura, volvía a las fuentes.

A primera hora hemos pasado las esclusas dobles de Djerdap y su central eléctrica. A la velocidad prudencial a la que quiere ir Pier, por miedo a la vía de agua de proa, hemos llegado casi a las segundas esclusas dobles cuando

todavía lucía el sol. Hemos atracado en un embarcadero de la orilla rumana y Pier nos ha dicho que nos invitaba a todos a cenar sentados a una mesa de verdad. Ha bajado la Triumph y ha hecho tres viajes hasta Turnu-Severin. El tiempo se ha detenido unos instantes para Helena. La hemos esperado antes de entrar en la fonda. Ella ha hecho ademán de plancharse los pantalones con las manos, ha tragado saliva, ha dado tres pasos adelante y, por primera vez en seis años, se ha dirigido a alguien en su propia lengua. No puedo imaginarme qué significa darte cuenta de que, sin ningún esfuerzo, brotan las palabras de la cuna y delante de ti hay alguien que sabe recogerlas y hacer exactamente el buen uso que tú quieres que haga de ellas. Nos hemos sentado a la mesa y han empezado a traer comida y vino, y a mi madre le ha entrado la sospecha de no tener dinero rumano. Y entonces Pier ha sacado un fajo de dólares y ha dicho: «No temáis, que tengo muchos dólares y con esto podemos pagar el hotel». Helena le ha preguntado de dónde había sacado tantos dólares y Pier se ha ido liando, que si negocios, que si los ahorros, que si su habilidad en el juego. Entonces Helena se ha sacado del bolsillo los tres cubiletes y la bolita y, mirándole fijamente, le ha dicho imitando el inglés que él mismo había usado en la plaza de Budapest: «Quiero jugar». Hasta entonces el gran Pier, el indestructible Pier, el hombre que nunca pierde la calma, no había reconocido en Helena a la chica que lo había hecho rico días antes y le había proporcionado los dólares de los que se envanecía un momento antes. Pier tiene un gran corazón y grandes gestos y sabe cuándo tiene que admitir que las cosas tienen más de una versión. Su risa ha resonado en toda la sala y me ha parecido que Helena iba creciendo por momentos y que su aventura se estaba convirtiendo en la aventura de todos. Pier ha dejado de reír, nos ha hecho callar y, dirigiéndose a Helena, le ha dicho: «Este dinero es mío porque tú me lo quisiste dar. Ahora te lo devuelvo. Lo usaremos para estar en Bucarest todo el tiempo que haga falta hasta encontrar a tus abuelos». Cuando Pier ha visto que se acababa de poner solemne, le han subido los colores a la cara y, para salir de la situación, ha vuelto a decir: «¡Brindemos!». Nunca había levantado tantas veces la copa y tantas veces al día como desde que conoce a Helena.

Después de cuatro días sin cobertura telefónica, hoy hemos vuelto a conectar el ordenador. En la orilla derecha tenemos Bulgaria, en la izquierda, Rumania. El río es ahora un mar y cuesta ver lo que hay más allá del carrizal y las marismas. Desde las últimas esclusas de Djerdap, donde hemos cargado los

depósitos de combustible, hasta el puerto de Giurgiu, que es donde nos pararemos para descargar el último piano, hay todavía más de 250 kilómetros. Con la corriente a favor y sin pararnos para comer, dos días. Durante estos dos días, mi madre y yo nos hemos constituido en una especie de oficina recaudadora de datos. A golpe de teléfono, Helena ha ido buscando uno a uno todos los Dimitrescu que ha podido encontrar en Bucarest. A veces se acuerda del nombre de sus parientes, pero no sabe el apellido. Hemos llamado al antiguo sindicato de artistas de circo para que nos diesen los nombres de los que habían trabajado en el Gorodis. Muchos de ellos ya no viven en las direcciones y teléfonos que nos han proporcionado. Vamos anotando en un papel nombres de gente de oficios fascinantes: Christina Vuzoianu, la domadora de caballos; Sugranescu, el contable del circo que siempre tenía un caramelo para Helena; Antón Kilija, el gran *clown* que conseguía que los perros cantasen; Mircea Uscatescu, el hombre cañón que volaba bajo la lona con el cuerpo encendido en llamas; Irina Loghin, la acordeonista que amenizaba los bailes de los chimpancés y que siempre supo ocultar que le faltaban dos dedos de la mano derecha; Constantin Dorobanti, el mago que, por unos instantes, hacía desaparecer a los niños voluntarios que bajaban a la pista y los devolvía convertidos en ratoncillos blancos entre el espanto de sus padres y el aplauso del público. Toda esa gente había conocido a Nicolai y Miruna Dimitrescu, los abuelos paternos de Helena, y puede que supieran algo de ellos. Las llamadas de Helena se perdían en la niebla. Un artista de circo no es una tienda. Un artista de circo, en activo o retirado, es alguien que ha hecho del movimiento constante una manera de vivir. También es verdad que no se trata de una profesión corriente, y eso nos está dando una pequeña ventaja. La gente a la que llamamos no sabe dónde están aquellos a los que buscamos, pero muchas veces se acuerdan de ellos precisamente por sus historias o por sus habilidades y saben de alguien que a lo mejor sabe más. Así ha sido como nuestra lista se ha ido alargando con nuevas direcciones y nuevos nombres. Helena está contenta. Y comunica su alegría a toda la barca. Hoy, después de cenar, tenía ganas de hablar y nos ha recitado un largo poema en rumano no tanto por el placer de decírnoslo como por el placer de masticar las palabras y dejarlas fundir en la boca como si fuesen un caramelo de la infancia. Nos ha traducido los últimos versos:

*Así pues a mi madre
no le digas, querida,
que en mi boda
nos cayó una estrella;*

*que tuve por padrinos
hiedras, robles y cipreses;
que tuve por sacerdote
montañas llenas de niebla;
por músicos tuve pájaros
y como farolillos del baile
todas las estrellas de mi cielo.*

«Es un poema que se llama *Mioritza* y que habla de los orígenes de Rumania. Mi abuela siempre me lo cantaba. Ahora olvido lo que hice ayer, pero nunca se olvidan las primeras cosas que aprendemos». No es que Helena sea de un sitio. Es que está buscando ser de algún sitio. Y al atardecer del último día, de pie al frente de la *Katja et Margueritte*, parecía un mascarón de proa o un vigía al que no le hacía falta gritar «¡tierra!», como a los marineros del océano, sino murmurar en voz baja «¡mi tierra!», como deben de hacer los marineros de la Historia.

Hemos dejado el piano Cojo en un almacén del puerto de Giurgiu. Mientras lo íbamos descargando, se oía el paso del tren sobre un puente de más de dos kilómetros que va de Bulgaria a Rumania. «Es el puente de la amistad», ha dicho Helena leyendo la placa que hay en la entrada rumana. Los regímenes anteriores enseñaban este enorme puente a todo el mundo y decían que era el segundo de Europa después del que une las dos orillas del Tajo en Lisboa. Parece como si todo lo que hay en esta cola de Europa sea el sucedáneo de lo que hay en la cabeza. Bucarest, por ejemplo, es considerada el París de los Balcanes, pero difícilmente puede ser la ciudad de la luz. Desde la ventana del autobús de línea que nos lleva a la capital se ven enormes torres de alta tensión como árboles metálicos de muchos brazos. Pero de todas estas torres que van paralelas a la carretera sólo cuelga un único hilo. Una vez en Bucarest, el rastro de París se nota en la amplitud de las avenidas y en el derroche de adornos de algunas fachadas. A las torres les falta energía y a las calles les falta vitalidad. Pero hemos llegado hasta aquí para encontrar a una pareja de abuelos, y ahora sabemos que la ciudad no será explorada, estudiada ni paseada. La ciudad será andada, usada, reconocida por la gracilidad de las cúpulas o por los nombres de las estaciones de metro. Pasarán los días y habremos perdido la noción de las puertas que se nos habrán cerrado, de las miradas de perplejidad, de los gestos de negación enmarcados en ventanas desconfiadas. Alguna noche, antes de cerrar los ojos en la habitación del hotel

que nos acoge, echaremos de menos el ruido del río y el ligero movimiento de la gabarra, hoy sola y vigilada sólo por Spy, mientras la reparan fuera del agua, en la cala seca de las pequeñas atarazanas de Giurgiu. Al día siguiente volveremos a creer que no puede ser tan difícil encontrar a dos personas entre veinticuatro millones de rumanos y nos lanzaremos a comprobar nuevas direcciones y a llamar a nuevos timbres y a contar la misma historia: «Buscamos al señor Nicolai Dimitrescu y a la señora Miruna Dimitrescu. Deben de tener unos ochenta años y son mis abuelos. Se dedicaban al circo. ¿Sabe algo de ellos?». Pero los interpelados niegan, se encogen de hombros, sonríen con la resignación del pobre que niega la limosna a otro pobre. En todos esos rostros que interrumpen nuestra búsqueda y que nos obligan a volver atrás siempre hay una mezcla de fatalismo y resignación, como si, acostumbrados a las grandes riadas de los tiempos, prefiriesen dejarse llevar en lugar de oponerse a la fuerza de las aguas. «Una cabeza agachada quiere decir que al menos no es una cabeza cortada», dice el viejo proverbio rumano. Volvemos al hotel una vez más y allí simulamos que nos lo pasamos fantástico y que el tiempo no tiene importancia. Pero si el tiempo no tuviese importancia, Pier no estaría mirando el reloj todo el rato y preguntando qué día es. Pier sabe que el regreso a casa será duro y que tenemos por delante dos mil kilómetros de río a contracorriente y que los dólares de Budapest no son infinitos y que, en la otra punta de Europa, hay una casa y un canal y una escuela que nos esperan. En el tedio de la espera inútil, este París balcánico no es precisamente una fiesta.

Desayunábamos en silencio unos cruasanes que no tenían nada que ver con los de Viena. Pier había preguntado qué día era dos veces en una hora, y fuera chispeaba. En medio de la quietud y el desánimo, un camarero ha cruzado la sala y se ha acercado a nuestra mesa mirando a Helena. «¿Helena Dimitrescu? Teléfono». Es un pequeño y gran matiz comprobar que los teléfonos pueden ser de doble sentido. Hacía meses que llamábamos, y nadie nos había llamado todavía. Helena se ha levantado de inmediato. En todas partes dejábamos una tarjeta con el nombre del hotel por si los desmemoriados recuperaban la memoria. Una llamada significaba algo tangible. Alguien que estaba de nuestra parte. Un amigo inesperado que se sumaba a la causa.

Cerca de la plaza de la Universidad preguntamos por el teatro Tandarica. Esperábamos un teatro grandioso, con falsas columnas dóricas, pero el Tandarica Teatrul es una sala pequeña donde hacen teatro de marionetas. Ensayaban. Pequeñas siluetas de animales y objetos dialogaban en el pequeño escenario. Nos han oído llegar y, sin sacar la cabeza de detrás del tabique, han hecho preguntar a un lobo quiénes éramos y qué queríamos. Helena ha dicho su nombre y que la habían llamado por la mañana. Entonces ha salido a la luz un hombre de unos setenta años, gordo y calvo, con un bigote grandioso. Se ha acercado a Helena y ella ha dicho: «¡Pero si es el señor Ion!». Y se han abrazado con aquellas risas que son fronterizas con el llanto. Las manos del señor Ion estaban todavía cubiertas por un guante de lobo y un guante de princesa y parecía que se perseguían por la espalda de Helena y que todo era la yuxtaposición, en el pequeño territorio de aquellos dos cuerpos, del cuento de la vida y del cuento de la fantasía.

El señor Ion es ancho y confortable como la playa para el náufrago. Él era el director de la banda del circo. Hemos ido a un café y hemos conocido la otra cara de la destrucción, huida y dispersión del Gran —cada vez menos— Circo Gorodis. Hemos pasado de la algazara de los buenos recuerdos a las lágrimas por los ausentes, de la inseguridad de la guerra a la certidumbre de que la música no sólo calma a las fieras sino que ayuda a los músicos a sobrevivir. «¡Y cómo has crecido!». «Usted también está muy interesante, señor Ion». No era momento de coqueterías. «Helena busca a sus abuelos». Entonces el señor Ion ha puesto cara de manos a la obra, ha apoyado su mano de artista en la rodilla de Helena y le ha dicho que su abuelo, Nicolai, había muerto hacía años en el hospital, que la vida es así, que como llega se va, que no había sufrido y que una semana antes de morir se habían reunido para tocar juntos. Lo decía como si un exceso de vida antes de la muerte pudiese justificarla. Habría podido ser una noticia muy triste si se hubiese contado tristemente. Pero el señor Ion la había contado como quien cuenta un cuento y, mientras hablaba de la muerte del abuelo, casi envidiábamos sus últimos años de vida. «¿Y la abuela Miruna?». Como el joyero que no concibe que alguien le pregunte qué es una perla o como el pescador que tiene que explicar el mar a los que nunca lo han visto, el señor Ion se extrañó de que Helena le preguntase por alguien que formaba parte de su paisaje más cercano. «¿Tu

abuela, dices? Tu abuela, muy bien». Y ha añadido con un tono a caballo del misterio y la travesura, medio embarullándose: «Verás, tu abuela, Miruna, vive en mi casa. O a lo mejor soy yo quien vive en su casa, no lo sé. O a lo mejor es que vivimos juntos. A lo mejor hasta incluso nos queremos. Pero lo que es seguro La *mahalá* de Bucarest es el equivalente de lo que su hermana mayor, la ciudad de París, conoce como la *banlieu*». Después del metro, hemos tomado un autobús y hemos recorrido las calles de casas bajas. En Bucarest, el suelo parece blando y la gente anda despacio, como si hubiese nevado poco antes o la nieve se estuviese fundiendo y todavía quedase hielo escondido bajo los charcos. Helena y yo hemos intuido que nos acercábamos a medida que los peatones iban saludando al señor Ion. Nos hemos parado delante de una casa de pocos pisos. El señor Ion ha llevado a Helena hasta el patio. Alguien cantaba una canción en el interior:

*... que tuve por padrinos
hiedras, robles y cipreses;
que tuve por sacerdote
montañas llenas de niebla;
por músicos tuve pájaros
y como farolillos del baile
todas las estrellas de mi cielo.*

«Mioritza», ha dicho Helena. Y hemos subido las escaleras de cuatro en cuatro y Helena ha llamado a la puerta, su abuela ha abierto y se ha quedado mirándola un buen rato sin decir nada. Entonces la abuela Miruna la ha tomado de la mano, ha ido a un estante donde había fotografías enmarcadas de sus hijos, sus padres y tanta gente muerta. Y entre las fotografías había una de una niña de pocos años que era Helena. Con manos temblorosas, ha sacado la fotografía del marco, lo ha vuelto a dejar vacío sobre el estante y, como quien devuelve el billete a la entrada del teatro, le ha dado la foto y ha murmurado las primeras palabras: «Bienvenida a la vida, niña». Y se han abrazado casi sin tocarse, como las nubes que arañan las montañas viejas.

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital).